



San Bruno Primer Cartujo

Esta Vida de san Bruno ha sido escrita por Andrés Ravier, S. J. recopilando tres trabajos realizados por los Padres Cartujos de la Grande Chartreuse:

- Aux Sources de la Vie Cartusienne,
- La Grande Chartreuse par un Chartreux
- Lettres Des Premiers Chartreux.

Título del original: "SAINT BRUNO. Le premier des ermites de Chartreuse".

Traducción al español: PP. Cartujos de Miraflores.

SAINT BRUNO. Le premier des ermites de Chartreuse. Dessain et Tolra

Indice

Presentación	3
Una mañana de junio de 1084.....	6
Infancia de Bruno.....	9
Maestro Bruno	15
Bruno frente al arzobispo Manasés.....	30
Del jardín de la casa de Adam a Sèche-Fontaine	42
El desierto de Chartreuse	54
Soledad en la corte pontificia de Urbano II	72
Calabria, o la soledad reconquistada.....	88
La vida contemplativa según las cartas de Bruno	97
Calabria y Chartreuse	118
Muerte de Bruno	126
Una mañana de junio de 1084.....	133

Presentación

Hace unos cuarenta años, la vida de San Bruno, como la de tantos fundadores de Órdenes, estaba aún envuelta en las brumas de la leyenda y parecía difícil que algún día se librara de ellas. A nueve siglos de distancia, con escasos documentos ciertos, ¿cómo sacar a la luz viva de la historia tantas anécdotas edificantes que, al correr de los siglos, se habían ido transmitiendo los hagiógrafos. Y puestos a hurgar en la venerable «biografía», ¿no correríamos el riesgo de que todo se esfumara y nos quedáramos con unas cenizas en las manos?

Sin embargo, los Padres Cartujos se vienen dedicando desde hace unos treinta años a someter a una crítica implacable, casi diríamos a examinar al microscopio, cada hecho, cada fecha, cada afirmación relacionada con la biografía del fundador de la Orden Cartujana. Para emprender semejante trabajo se necesitaba no sólo valor, sino verdadera audacia; para llevarlo a feliz término se requería competencia, tenacidad, método, precisión, paciencia. Y el trabajo se hizo con éxito. Los resultados de estas investigaciones están expuestos en unas obras policopiadas, fuera de venta, cuyo título general es "*Aux sources de la vie cartusienne*". Al leer este estudio, quedamos sorprendidos. A medida que la crítica avanzaba y se desvanecían como por encanto las leyendas, el rostro de San Bruno, lejos de quedar empobrecido o mutilado, aparecía ante nuestros ojos mucho más original y auténtico, más espiritual y hermoso. El Bruno de la historia sobrepasaba con mucho al Bruno de la leyenda, presentándose ante nuestros ojos como el tipo ideal del hombre puramente contemplativo¹.

Tan maravillosa figura no debía quedar ignorada de los cristianos de hoy indudablemente, lo esencial de este minucioso estudio está expuesto brevemente en las páginas de "*La Grande Chartreuse par un Chartreux*"² dedicadas a San Bruno, o en la preciosa introducción de las *Lettres des Premiers Chartreux*³. Pero aún quedaba por hacer una biografía más narrativa, una especie de estudio de su alma, ciñéndose todo lo posible a poner de relieve en San Bruno el carisma de la contemplación, su auténtica vocación de contemplativo, lo que Pío XI llama en la

¹ Agradecemos aquí una vez más a los Padres de los Cartujos el haber tenido la amabilidad de prestarnos estos estudios sobre los orígenes de la vida cartujana. Sin ellos nunca hubiéramos emprendido este ensayo, y de hacerlo, no hubiéramos salido de las brumas de la leyenda.

² Arthaud, 11ª edición en 1968.

³ Col. **Sources Chrétiennes**, n° 88, Ediciones **du Cerf**, 1962.

Constitución *Umbratilem*⁴ “la vida contemplativa en el esplendor de su pureza original”. Indudablemente, San Bruno es ante todo el modelo de los hombres y mujeres llamados por Dios al ideal cartujano. Pero ¿no tiene también todo cristiano algo que aprender de Bruno en esa veta de su intimidad que a veces, en lo más agitado de la acción, tiende a buscar, a solas con Dios, un poco de reposo, una reparación de sus fuerzas y una renovación de su fe y de su caridad?

Con el fin de prestar este servicio, modesto pero útil, hemos escrito este ensayo. Nuestros deseos se verían colmados si a través de esta biografía se comunicase a las almas de hoy algo de la bondad, de la paz y del gozo que irradiaron en otro tiempo de la amable persona de San Bruno.

⁴ AAs, 1924, (XVI) 378 ss.

**Al Reverendo Padre Prior General y a los
Monjes de la Gran Cartuja**

“Bruno... hombre de corazón profundo”.
Dom Guigo I (Vita S. Hugonis)

Una mañana de junio de 1084

Una mañana de junio de 1084, hacia la fiesta de San Juan Bautista, un pequeño grupo de viajeros, con rostros graves y pobre vestimenta, salían de la residencia episcopal⁵ de Grenoble, guiados por el joven obispo Hugo. Se dirigían hacia el norte y tomaron la ruta del Sappey. Dejando atrás las últimas casas del pueblo, penetraron en el inmenso bosque. Pasaron la garganta de Palaquit, subieron el puerto de Portes de 1.325 metros de altura y volvieron a bajar a Saint-Pierre por un camino que seguía poco más o menos la carretera actual. Poco antes de entrar en Saint-Pierre, se desviaron hacia la izquierda, penetrando en el valle de Guiers-Mort. Este valle, muy estrecho, se iba angostando poco a poco hasta quedar estrangulado entre dos altos peñascos. Sólo el torrente y el sendero se abrían paso hacia el oeste.

Esta «puerta» que entonces se llamaba «la Cluse», era el único paso normal para quien viniese del sur. Un poco más lejos, a la derecha, se extiende en dirección norte-nordeste a lo largo de unos cinco kilómetros, un valle cuya parte más baja se sitúa a 780 metros de altitud y la más alta a 1.150 metros: el Desierto de Chartreuse. Valle prácticamente cerrado por todas partes, dominado por un caos de montañas, cuyo pico más alto, el Grand Som, sobrepasa los 2.000 metros. Para penetrar en él, fuera del puerto de «la Cluse», sólo había otro acceso situado al noroeste: la garganta de la Ruchère (1.418 metros). La misma aldea de la Ruchère sólo era accesible por el peligroso paso del Frou. Existían también otros dos malos senderos, largos, difíciles y muy expuestos: uno venía de Saint-Lauren-du-Desert, al Oeste (hoy Saint-Laurent-du-Pont), y el otro, de Saint-Pierre-d'Entremont, al norte, atravesando el bosque de Eparres, poblado de fieras, y franqueando el Col de Bovinant a 1.646 metros. En este desierto penetraron audazmente nuestros viajeros por la puerta de «la Cluse», y como si buscasen el punto más salvaje, subieron hasta el extremo norte, donde el desierto termina en una garganta cerrada por montañas tan altas que el sol apenas penetra allí durante la mayor parte del año. Todavía hoy los árboles se estiran

⁵ Esta residencia debía ser modesta. Grenoble contaba entonces con unos 5.000 habitantes, y San Hugo era tan amante de la pobreza que ni siquiera quería tener caballos para visitar sus diócesis.

hacia el cielo entre las hendidas rocas, como fantásticas lanzas, para conquistar al menos en sus copas el aire puro, la luz y el calor.

Allí se detuvo la pequeña caravana: habían llegado. El obispo Hugo indicó que precisamente en aquel lugar debían construir sus cabañas para realizar su ideal de vida eremítica. Luego, despidiéndose de sus compañeros, se volvió a Grenoble con su cortejo personal.

Quedaban en el desierto siete hombres: Maestro Bruno, antiguo canciller y canónigo de la iglesia de Reims; Maestro Landuino, toscano de Luca y renombrado teólogo; Esteban de Bourg y Esteban de Die, canónigos ambos de San Rufo; Hugo, «a quien llamaban el capellán por ser el único que entre ellos ejercía las funciones sacerdotales»⁶ y dos «laicos», Andrés y Guérin, que serían los conversos. Los siete estaban decididos a llevar juntos vida eremítica y desde hacía algún tiempo buscaban un lugar a propósito para realizar su proyecto. Bruno, movido por el Espíritu Santo, y sabiendo cuánto se prestaban a la vida solitaria los bosques del Delfinado, había venido a pedir ayuda y consejo al obispo Hugo de Grenoble. Este, inspirado por un sueño maravilloso, escogió para Bruno y sus compañeros el Desierto de Chartreuse.

Según la prudencia humana, tal elección era una locura. Todo desaconsejaba establecer cualquier residencia permanente en el desierto de Chartreuse, sobre todo tan arriba, en el extremo norte: el clima duro con abundantes nevadas; la pobreza del suelo, que exigiría mucho trabajo para alimentar malamente a su mundo; la falta de caminos, que hacía difícil la explotación de los bosques; la inaccesibilidad del lugar durante gran parte del año, que imposibilitaba toda ayuda rápida en casos de gran escasez, de incendio o de epidemia.

Los acontecimientos confirmarían varias veces la exactitud de tales temores: el sábado 30 de enero de 1132, un enorme alud sepultaría todas las celdas menos una, matando a seis ermitaños y a un novicio. Sería entonces necesario salir de aquel recodo extremo del desierto y replegarse dos kilómetros hacia el Sur, hasta el actual emplazamiento de la Gran Cartuja.

⁶ D. Guigo, Vita S. Hugonis, P.L. 153, 769.

Bruno es un hombre que pasa de los cincuenta. Entre sus compañeros algunos, sobre todo Landuino, tampoco son jóvenes. ¿Qué secreto impulso les mueve a afrontar esta soledad, cuya dureza evocará Guigo dos veces en sus *Costumbres*? ¿Qué descubrimiento, qué perla preciosa pudo inducirles a permanecer para siempre «entre tanta nieve y con un frío tan horroroso»?⁷.

Misterio de la llamada que Dios hace sentir en algunas almas hacia la vida puramente contemplativa y de absoluta entrega al amor. Misterio de esas vidas ocultas, humanamente anonadadas con Cristo anonadado. Misterio de esa oración de Cristo en el desierto, en el monte por la noche durante su vida pública, en Getsemaní. De esa oración de Cristo que se prolonga en cada etapa de la vida de la Iglesia, en algunas almas privilegiadas. Misterio de soledad y de presencia en el mundo, de silencio y de irradiación evangélica, de sencillez y de gloria de Dios...

Este es, precisamente, el misterio que ahora intentamos descubrir en el alma de Bruno...

⁷ **Consuetudines** XXVIII, 5; LVII, 4. -Guigo fue el quinto Prior de la G. Cartuja (1109 – 1136).- Las **Consuetudines** o **Costumbres**, escritas entre 1121 y 1127, fueron aprobadas por primera vez por Inocencio II en 1133.

Capítulo I

Infancia de Bruno

Los seis compañeros le llamaban «*Maestro Bruno*». No sólo porque era el mayor y había sido antes profesor en Reims, sino también por deferencia y respeto. Ejercía sobre ellos un ascendiente moral, tanto por su pasado como por la autoridad que en cada instante emanaba de su persona. Si habían venido a este Desierto de Chartreuse, si se habían lanzado a esta audaz empresa, era porque él los había llevado atrayéndolos tras de sí; porque les había hecho sentir a cada uno la llamada de Dios, y porque les inspiraba confianza. Tanta bondad, tanto equilibrio, tan gran deseo de buscar a Dios con un amor absoluto y total, les había fascinado y continuaba fascinándoles aún. Bruno había ideado el plan y ahora lo ponía por obra.

¿Quién era este hombre para ejercer sobre sus compañeros tal prestigio?

De sus primeros años no sabemos casi nada. Sólo tres hechos son ciertos. Nació en Colonia; era, pues, alemán. Sus padres no carecían de nobleza, o al menos de cierta notoriedad en la ciudad. A mediados del siglo XVI se afirmó que pertenecía a la familia de Hartenfaust, e incluso se llegó a precisar que descendía de la «*gens Aemilia*». Tal afirmación parece gratuita; apenas si se apoya en una tradición transmitida oralmente en Colonia. En una carta cuya autenticidad, por desgracia, es puesta en duda (2 de agosto de 1099), Bruno aparece rechazando una importante donación del conde de Sicilia y de Calabria. «*Rehusó, dice el texto, diciéndome que había abandonado la casa de su padre y la mía, en la que había ocupado el primer puesto, para servir a Dios con una alma completamente desasida de los bienes de la tierra*». Las cartas falsificadas ocultan a menudo su inautenticidad bajo detalles verdaderos. ¿Sucede eso aquí?

¿En qué fecha nació Bruno? Lo ignoramos; pero apoyándonos en un dato cierto, la fecha de su muerte (6 de octubre de 1101), y en los acontecimientos de su vida, podemos conjeturar sin gran peligro de error, que Bruno nació entre 1024 y 1031. Por lo que a nosotros toca, elegiríamos preferentemente el año 1030. Es el que mejor armoniza con los hechos que jalonaron la vida de Bruno.

En Colonia vivió Bruno sus primeros años, pero no conservamos ningún documento de este período.

¡Colonia! La antigua Colonia Claudia Ara Agrippinensis, que los Romanos levantaron entre el Rin y el Mosa, era desde Otón el Grande independiente de la organización condal. Otón había elevado a la sede episcopal a su propio hermano Bruno (953-965), otorgándole la alta justicia y los derechos condales, tanto a él como a los arzobispos que le sucedieran. Cuando nació Bruno (futuro fundador de la Cartuja), el arzobispo de Colonia se llamaba Pilgrim, y él fue quien coronó en 1028 a Enrique III en Aix-la-Chapelle, adquiriendo así para los arzobispos de Colonia el derecho de coronar al emperador. Entre la historia de Colonia y la Reims en la época que vivió Bruno, se da una coincidencia que quizá no carezca de interés notar aquí.

Cuando el arzobispo Manasés provocaba en Reims, por su elección simoníaca y su conducta, graves perturbaciones en las que Bruno se vio trágicamente envuelto, la Iglesia de Colonia pasaba por una situación análoga: el arzobispo Hildulfo (1076-1078) se ponía de parte del emperador Enrique IV de Alemania contra el Papa Gregorio VII, en la querrela de las investiduras. Y los sucesores de Hildulfo, Sigewin (1078-1089) y Herimann III (1089-1099), continuaron su política. Muy probablemente, sobre todo durante el período de 1072 a 1082, Bruno mantuvo relaciones con los suyos de Colonia. Estaría, pues, al corriente de lo que pasaba en su ciudad natal. Si es verdadera esta hipótesis, el gran conflicto de conciencia que le indujo a abandonar Reims y tomar el partido de la oposición al arzobispo Manasés le habría venido de las dos iglesias que le eran más queridas.

Pero volvamos a la infancia de Bruno. El arzobispo Bruno I, con su genio organizador, había hecho de Colonia, no sólo la primera ciudad de Alemania, sino una villa de importancia mundial. Este hombre de Estado estaba al mismo tiempo muy orientado hacia lo espiritual. Favoreció el eremitismo y el monaquismo, construyó iglesias y fundó cabildos, tanto que la ciudad recibió el nombre de «*Santa Colonia*» o de «*Roma alemana*». Cuando Bruno, el futuro cartujo, era niño, Colonia vivía todavía de ese resurgimiento religioso que le había dado el arzobispo Bruno I. No contaba con menos de 9 colegiatas, 4 abadías, 19 iglesias parroquiales.

En aquella época, sólo los monasterios y las iglesias tenían escuelas donde pudieran iniciarse los niños en las letras humanas. ¿A cuál de ellas asistió Bruno? Probablemente nunca se sabrá a ciencia cierta. Pero como un día fue nombrado

canónigo de la Colegiata de San Cuniberto, se puede deducir legítimamente que había estado vinculado de una manera especial con ella. ¿Y este vínculo no sería de orden familiar -hoy diríamos parroquial- y, en consecuencia escolar?

Un hecho, en cambio, parece innegable: desde sus primeros años reveló Bruno unas dotes intelectuales poco comunes; porque, joven aún *-tenerum alumnum*, dirán más tarde los canónigos de Reims- fue enviado de Colonia a la célebre escuela de la catedral de Reims. Allí vivirá en lo sucesivo; su estancia en París, Tours o Chartres pertenece a la leyenda. Reims dejará realmente su huella en Bruno, hasta el punto de que, olvidando su origen alemán, se le llamará más tarde Bruno el francés.

Las escuelas de Reims, sobre todo la escuela catedralicia que frecuentó Bruno, tenían mucha fama desde hacía siglos. Gerberto, que un día sería el Papa Silvestre II, había sido su rector, iluminándolas con su genio. A mediados del siglo IX, el arzobispo Guy de Chastillón dio a los estudios un nuevo impulso. Cuando Bruno llegó allí para estudiar, las escuelas de Reims estaban en una especie de apogeo. Afluían alumnos de Alemania, de Italia, de toda Europa. Y entre toda esta juventud, la personalidad de Bruno llamó la atención de sus maestros.

En esta época el saber era enciclopédico; las ciencias humanas servían, por así decirlo, de preámbulo a la teología. Después de haber aprendido la gramática, la retórica y la filosofía, es decir, después de haber cursado el *trivium*, el estudiante se dedicaba a la aritmética, música, geometría y astronomía, que constituían el *quadrivium*. Sólo después de esto venía la teología, como coronamiento de todo el saber humano. Cuando un mismo maestro, como sucedía con frecuencia, debía explicar a los mismos alumnos el ciclo entero de los estudios, podía permitirse cierta libertad en el reparto de las disciplinas. Y este fue precisamente el caso de Gerberto, que sobresalía lo mismo en matemáticas que en letras y teología.

El método de enseñanza era la lectio, la lectura comentada de autores antiguos, considerados como autoridad en la materia. En teología se seguía el mismo método, que consistía principalmente en la lectura de la Biblia, que el maestro comentaba apoyándose en los Padres de la Iglesia.

Estos fueron los estudios de Bruno. En aquel tiempo el maestros-escuela⁸ de Reims se llamaba Hérimann o Hermann. Si no tenía la amplitud de genio de un Gerberto, gozaba al menos de fama como gran teólogo.

A juzgar por los *Títulos Fúnebres*⁹, Bruno sobresalía como filósofo y teólogo. Las cartas que conservamos de él prueban que dominaba la retórica. La *Crónica Magister*¹⁰ declara por su parte: «Bruno... hombre sólidamente formado, tanto en las letras humanas como en las divinas». De este período de sus estudios data, si hemos de creer a una tradición que parece fundada, una breve elegía *Sobre el menosprecio del mundo*, que nos revelará en él por vez primera una tendencia muy digna de tenerse en cuenta. Este poema está escrito en dísticos elegantes y sobrios, bien ritmados. Cae dentro del estilo de los ejercicios poéticos que se practicaban entonces en los estudios de humanidades. Pero aquí más nos interesa el fondo que la forma. La elegía es ésta:

*«El Señor ha creado a todos los mortales en la luz,
ofreciendo a sus méritos los goces supremos del Cielo.*

*»Feliz quien se lanza directo hacia las cumbres,
guardándose de todo mal.*

*«Pero feliz también el que se arrepiente después de la caída,
y el que llora con frecuencia su falta.*

*¡Ay! Los hombres viven como si la muerte no siguiera a la vida,
como si el infierno no fuera más que una vana conseja.*

*La experiencia, sin embargo, nos muestra que toda vida termina en la muerte,
y la Escritura divina da fe de las penas del Erebo.*

⁸ Se llamaba así al responsable general de los estudios, una especie de inspector y director general.

⁹ Sobre los *Títulos Fúnebres*, cf. *Infra* p. 204.

¹⁰ La *Crónica Magister* es un documento de capital importancia para la historia de los orígenes de la Orden Cartujana. Es la crónica de los cinco primeros Piores de la Gran Cartuja. Parece que las cuatro primeras reseñas fueron redactadas por Guigo I y que la de éste se añadió después de su muerte. De todos modos, el documento es anterior al último cuarto del Siglo XII. -La *Crónica Magister* ha sido objeto de un excelente estudio por parte del benedictino Dom Wilmart, en la revista *Mabillon* 1926, t. XVI, pp. 77 – 142. El texto relativo a San Bruno está traducido en *Cartas de los Primeros Cartujos*, Ap. I, tomo 1, p. 243.-

*«Desgraciado, insensato, quien vive sin temer tales penas;
una vez muerto, se verá envuelto en sus llamas.*

*«Mortales, procurad vivir todos
de suerte que no tengáis que temer el lago del Infierno.»*

Cuando Bruno tenía unos veinte años, siendo aún estudiante en la escuela catedralicia, ocurrió un suceso que debió dejar honda huella en su sensibilidad religiosa: el Papa León IX vino a Reims y celebró allí un concilio. (Notemos de paso que el mismo año León IX visitó Colonia). El 30 de septiembre de 1049, el Papa llegaba a Reims. El 1 de octubre hizo la traslación de las reliquias de San Remigio que, durante las incursiones normandas, Hincmar había mandado trasladar a Epernay y que ahora volvían a la célebre abadía. El 2 de octubre León IX consagraba la nueva iglesia de la abadía de San Remigio. ¡San Remigio! ¡Qué devoción le tuvo siempre Bruno! Lo sabemos medio de casualidad por una frase de la carta a Raúl le Verd. Bruno escribía esto desde Calabria, al final de su vida, cuando ya hacía como unos 10 años que había dejado Francia y la Chartreuse. *«Te ruego me envíes -así termina la carta a su amigo- la Vida de San Remigio, que aquí no se encuentra por ninguna parte»¹¹.*

Apenas acabadas las fiestas de San Remigio, el 3 de octubre, León IX abrió el Concilio. Numerosos arzobispos, obispos y abades participaron en él; trataron, sobre todo, de la simonía que minaba entonces a la Iglesia y que urgía extirpar. Comparecieron varios obispos, convictos de haber comprado su obispado. El Papa y el Concilio los depusieron y excomulgaron. Después se tomaron las medidas disciplinarias para atajar el mal... Bruno asistió a dichas fiestas, y estuvo al corriente de las medidas y decisiones del Concilio, a las que la presencia del Papa confería una autoridad y solemnidad excepcionales.

Así, al despertar su vida de acción, los grandes problemas de la Iglesia gravitaban sobre la conciencia de Bruno. Profundamente religioso y recto, penetrado de la Sagrada Escritura y de los grandes principios de la fe, no podía por menos de reflexionar sobre la situación de la Iglesia, sobre la necesidad de reforma y sobre la orientación que él debía dar a su vida para que alcanzase la plenitud de su valor y su fidelidad. De momento le parece que el Señor le inclina hacia los estudios religiosos, aquí en Reims. Nada nos autoriza a pensar que

¹¹ Esta **Vida de San Remigio** es, sin duda ninguna, la escrita por Hincmar en 878; por tanto, tres siglos posterior a la muerte del santo. Su valor histórico es escaso. Cf. **Acta Sanctorum**, t. 1, octubre, col. 131 – 166.

desde entonces soñara con ser ermitaño. Por el contrario, se mete de lleno en la vida de la diócesis, al mismo tiempo que se entrega a la enseñanza sagrada. No se le ocurrió pensar que los acontecimientos le habrían de envolver durante casi treinta años en una crisis dramática, en la que cuanto había visto ejecutar a León IX y al Concilio le serviría de luz y orientación en sus decisiones.

Capítulo II

Maestro Bruno

Terminados sus estudios, ¿vivió Bruno algún tiempo en París? ¿Volvió por una temporada a Colonia? ¿Recibió las órdenes sagradas? ¿Predicó? ¿En qué lugares? Puntos oscuros, sobre los que nos faltan documentos auténticos. Sólo una alusión de un *Título Fúnebre*, de la que sería aventurado sacar conclusiones demasiado concretas: «*Multos sermones faciebat per regiones*». Un simple clérigo, con los estudios y títulos de la escuela de Reims, podía ser llamado a predicar al pueblo.

Sería interesante para el historiador conocer la fecha y las circunstancias en que Bruno fue nombrado canónigo de San Cuniberto en Colonia. Desgraciadamente sólo conocemos el hecho escueto. Nos lo transmite Manasés, el arzobispo simoniaco de Reims. En la Apología que éste dirigió a Hugo de Die y al Concilio de Lyon en febrero de 1080, dice: «*El tal Bruno no pertenece a mi clero; ni siquiera ha nacido ni ha sido bautizado en mi diócesis; es canónigo de San Cuniberto en Colonia, reino teutónico*». Sobre la fecha y circunstancias de este nombramiento, sólo se pueden formular hipótesis. La primera consiste en relacionarla con la reorganización que el arzobispo de Colonia Herimann II hizo de la Colegiata de San Cuniberto, dotándola nuevamente de 24 canónigos. ¿Quiso entonces Herimann honrar a la familia de Bruno y crear para Bruno mismo, cuyas dotes ya descollaban, un vínculo personal con la iglesia de Colonia? En esta hipótesis Bruno habría sido creado canónigo en su primera juventud. Pero ¿no habrá que esperar más bien a la época en que la fama de sus lecciones le hizo célebre? Colonia quiso participar entonces en el homenaje que se rendía a uno de sus hijos. Personalmente nos inclinamos por esta opinión.

Con frecuencia se ha formulado una tercera hipótesis: en 1077 o poco después, en tiempos de su lucha contra Manasés, Bruno se habría retirado a Colonia. Esta hipótesis no parece verosímil. Los documentos parecen indicar que Bruno permaneció en una residencia del conde Ebal de Roucy con el grupo de canónigos que hacían frente al arzobispo simoniaco. ¿Cómo se iba a refugiar en Colonia, donde se hubiera encontrado con una situación más grave aún que la de Reims? Desde marzo de 1076, el Emperador Enrique IV había impuesto en Colonia un intruso, Hildulfo, contra el que resistían en vano el clero y el pueblo, fieles a Gregorio VII...

En el estado actual de las investigaciones, tenemos que contentarnos con el hecho a secas, que en sí es cierto: Bruno era canónigo de San Cuniberto.

De todos modos -al menos si Bruno nació hacia el año 1030, como hemos indicado- se nos presenta un problema. Entre el fin de sus estudios personales y su nombramiento para el cargo de maestrescuela, es decir, de gran canciller de las escuelas de Reims, hasta 1056, ¿qué hizo Bruno? ¿Cómo fue su vida? ¿En qué se ocupó? Parece que la respuesta se impone. En Reims, menos que en ninguna otra parte, se puede pensar que confiaran el cargo tan pesado de «*summus didascalus*», de responsable supremo de todos los estudios, a ningún profesor que no hubiera dado pruebas de su capacidad. Si Bruno estuvo en París o en Colonia, sería por breve tiempo.

Tanto más cuanto que Bruno fue elevado, incluso antes de ser nombrado maestrescuela, o al menos casi al mismo tiempo, a otra dignidad: canónigo de la catedral de Reims. No era pequeña distinción pertenecer a este ilustre cabildo. «*Bruno, Ecclesiae Remensis quae nulli inter Gallicanas secunda est, canonicus...*». La iglesia de Reims no cedía entonces en dignidad a ninguna iglesia de Francia, dice la *Crónica Magister...*

Gloria bien merecida. Reims figuraba entonces como metrópoli. Su Cabildo, compuesto de 72 canónigos, era célebre y poderoso. Se regía por la Regla que, a instancias del Emperador Luis el Piadoso, había elaborado para los canónigos, en el año 816, el Concilio de Aix-la Chapelle. Regla bastante equilibrada, a medio camino entre la Regla monástica y la libertad del clero secular. El canónigo que seguía la Regla de Aix continuaba siendo secular, conservaba sus bienes, tenía casa propia, gozaba de rentas; las prescripciones relativas al ayuno eran precisas, pero bastante ligeras; se imponía cierto grado de vida de comunidad, sin ser absoluta ni demasiado estricta. Esta moderación podía degenerar quizá en mediocridad en algunos Cabildos, mas parece que no era este el caso de Reims. Hacia el 980, el Cabildo de Reims era propuesto como modelo «*en castidad, ciencia, disciplina, corrección y ejemplo de buenas obras*». En tiempos de San Bruno, seguía mereciendo este elogio.

Cuando el arzobispo Gervasio introdujo en dos colegiatas de su diócesis (San Timoteo en 1064 y San Dionisio en 1067) los canónigos regulares, que vivían bajo una observancia más estricta, sobre todo desde el punto de vista de vida comunitaria y pobreza, el Cabildo de la catedral no adoptó esta reforma. Bruno, por tanto, no fue canónigo regular, sino secular.

Al correr de los siglos, los arzobispos de Reims y otros bienhechores habían dotado ricamente al Cabildo de su catedral. El mismo San Remigio (muerto hacia el 533) .había dado el primer ejemplo: a los clérigos de su catedral -todavía no existía el canonicato- les había legado bienes considerables, aldeas enteras, grandes terrenos con los siervos anejos¹². Este legado tenía como fin el favorecer entre los clérigos cierta forma de vida común. Más tarde imitarían a San Remigio otros arzobispos y bienhechores. El Cabildo de Reims se hallaba, pues, provisto de grandes bienes. Sus dominios se extendían muy lejos. Tenía propiedades al Sur de Loire, y en Alemania hasta en Turingia. Cada obispo desde su entronización se comprometía a respetar este patrimonio del Cabildo. Todos los años se repartían entre los canónigos las rentas de estas propiedades. Así que Bruno, como todos los demás miembros del Cabildo, debió percibir su parte en tales riquezas. Estas rentas venían a engrosar su fortuna personal que, según todas las trazas, no era despreciable. Dos de los Títulos fúnebres de la catedral de Reims (52 y 53) cuentan que al partir de Reims gozaba de abundantes ingresos y era «*divitiis potens*».

A juzgar, pues, por lo que podemos conocer del Cabildo de Reims en esta época, la vida de Bruno como canónigo se desarrollaba así: vivía fuera del claustro de la catedral, en una casa que le pertenecía en propiedad; gozaba de rentas que le permitían llevar una vida confortable y acomodada; tenía criados y podía invitar a la mesa a sus amigos, ya que la costumbre no imponía a los canónigos la obligación de tomar todas sus comidas en común. Su principal deber era participar regularmente en el oficio canónico de la catedral, y podemos creer que Bruno apenas faltaría en el cumplimiento puntual de esta obligación.

¿Trató con los monjes de las abadías vecinas? Saint-Thierry estaba a pocos kilómetros de la ciudad y San Remigio a cuatro pasos de los muros. En todo caso, las conoció ciertamente, y a medida que maduraba su proyecto de vida monástica, se debió informar sobre sus observancias. Cuando partió de Reims para Séche-Fontaine, dos sentimientos le dominaban: una gran estima y amistad hacia los monjes negros de San Benito, y la convicción de que no le llamaba el Señor a ese género de vida.

¹² Flodoard. **Historia Remensis Ecclesiae**, Reims, 1854. (Texto del testamento de San Remigio en latín, con traducción francesa).

Es evidente que cada miembro del Cabildo, fuera de las Horas canónicas, podía ordenar su vida a su gusto. Pero si Bruno hubiera pretendido entonces entregarse a largas horas de contemplación, transformando su casa en un claustro solitario, no hubiera podido cumplir con las tareas que le había confiado el arzobispo. Porque en 1056 era maestrescuela, es decir, director general de los estudios en Reims.

Sería interesante para nosotros conocer la fecha exacta en que Herimann, maestrescuela de Reims, obtuvo la dimisión de su cargo, ya que Bruno le sucedió inmediatamente. Al parecer, esta dimisión tuvo lugar poco después de la elevación de Gervasio de Château-du-Loir a la sede de Reims en octubre de 1055. Sin gran peligro de error podemos situarla a fines de 1055 o principios de 1056. La promoción de Bruno a la dignidad de maestrescuela ocurriría, por consiguiente, durante el año 1056.

La elección era honrosísima para Bruno. El hecho de que se le designase tan joven para ocupar un puesto tan delicado, significaba que Herimann había descubierto en él, no sólo excepcionales dotes para la enseñanza, sino también cualidades de trato e, incluso, de gobierno. Porque Bruno sólo tenía 26 ó 28 años. Y Herimann no se hubiera decidido tan resueltamente por un hombre de esta edad, si no hubiera estado seguro de que al proponer su nombramiento al arzobispo Gervasio, contaba con la aprobación implícita del conjunto de Profesores y alumnos de las escuelas de Reims. Además, conocía mejor que nadie la gran fama de que gozaban en todo el mundo cristiano estas escuelas. Reims era entonces uno de los focos intelectuales más célebres de Europa, y había que mantener esta elevada reputación mediante una esmerada selección de sus profesores. Bruno debió de haber demostrado su competencia en los cargos secundarios que se le confiaron, para que, a pesar de su edad, le colocaran en el puesto más destacado de las Escuelas de Reims, en calidad de «*summus didascalus*».

La elección del arzobispo Gervasio fue buena. Durante unos veinte años Bruno fue un brillante director de la enseñanza en Reims. Tanto, que el legado del Papa Gregorio VII, Hugo de Die, le designaría más tarde con el honroso título de «*Remensis Ecclesiae magistrum*»¹³.

¹³ Guibert d Nogent. *De vita sua*, lib. I, cap. II

Al claustro de la catedral afluyeron multitud de discípulos. Algunos de ellos alcanzarían las más altas dignidades de la Iglesia: Eudes de Châtillon que fue, como Bruno, canónigo de Reims; luego entró en Cluny, llegando a Prior; enseguida fue creado Cardenal-Arzbispo de Ostia y, finalmente, elegido Papa con el nombre de Urbano II. Se podrían citar aún otros muchos prelados y abades, como Rangier, obispo de Lucca; Roberto, obispo de Langres; Lamberto, abad de Pouthières; Maynard, abad de Corméry; Pedro, abad de los canónigos de San Juan de las Viñas... Todos estos personajes reconocieron más tarde en los Títulos Fúnebres, que debían a Maestro Bruno lo mejor de su formación. Leamos algunos de sus testimonios:

«Yo, Rangier, antiguo discípulo del venerado Bruno, deseo ofrecer mis oraciones a Dios todopoderoso para que le dé la corona que merece su fe en aquél que le previno con tantos dones de gracia y piedad; le recordaré siempre de manera especial por lo mucho que le debo y por el gran afecto que le tuve»¹⁴.

«Yo, Lamberto, abad de Pouthières, desde los albores de mi vocación religiosa fui discípulo de Maestro Bruno, gran letrado; siempre conservaré el recuerdo de tan buen padre, a quien debo mi formación»¹⁵.

«Al conocer la muerte de vuestro santo padre Bruno, maestro mío, de cuyos labios aprendí la santa doctrina -dice Pedro, abad de San Juan de las Viñas, de Soissons- me llené de tristeza; pero al mismo tiempo me alegré también, pues ha obtenido ya su descanso y ahora vive con Dios, como se puede conjeturar por la pureza y perfección de su vida, que tan bien conocí»¹⁶.

El testimonio de Maynard, prior de Corméry, es realmente conmovedor, ya que le sorprendió la noticia de la muerte de Bruno cuando estaba preparando un viaje a Calabria. Quería ver de nuevo a Bruno y *«abrirle su alma»*. Esta decisión nos revela la profunda influencia que ejercía Bruno desde su estancia en Reims.

¹⁴ **Título** nº 3, P.L. 152, 556. No hay que confundir este Rangier, obispo de Lucca, con Rangier, obispo de Reggio, del que hablaremos más tarde. Este último no hizo sus estudios en Reims bajo la dirección de Bruno.

¹⁵ **Título** nº 15. P.L. 152, 568.

¹⁶ **Título** nº 79. P.L. 152, 567.

«El año 1102 de la Encarnación del Señor, en las calendas de noviembre, recibí este rollo, y leí que él que el alma, bienaventurada según espero, de mi carísimo maestro Bruno, había abandonado esta vida pasajera, perseverando en la verdadera caridad y alcanzando el cielo en alas de sus virtudes. Me alegro ciertamente del glorioso fin de tan gran hombre. Como tenía decidida intención de ir a visitarle dentro de poco, para verle y escucharle, para confiarle todos los movimientos de mi alma y consagrarme a la Santísima Trinidad con vosotros bajo su dirección, me ha impresionado indeciblemente la noticia de su inesperada muerte y no he podido menos de derramar abundantes lágrimas. Yo, Maynard, indigno prior de numerosos monjes en este monasterio de Corméry, soy natural de Reims. Seguí los cursos de este maestro Bruno durante varios años, obteniendo con la gracia de Dios gran fruto. Por todo ello le estoy muy agradecido, y ya que no pude mostrárselo mientras vivía, quiero hacerlo ahora orando por su alma. Conservaré su recuerdo con todos los que le han amado en Cristo, mientras viva...»¹⁷.

A estos hermosos testimonios de agradecimiento y fidelidad habría que añadir algunos actos o gestos de sus antiguos alumnos que revelan por sí mismos y sin necesidad de palabras o escritos, la influencia profundamente espiritual de Maestro Bruno. Por ejemplo, la designación de Bruno para la sede de Reims después de la deposición del arzobispo simoníaco Manasés, o el llamamiento de Bruno a Roma por el Papa Urbano II. A su debido tiempo hablaremos de estos importantes hechos.

Contentémonos ahora con espigar en los Títulos Fúnebres algunos de los elogios que tributaron a Bruno quienes le conocieron: «Superaba a los doctores y era su maestro...». «Filósofo incomparable, lumbrera en todas las ciencias...». «Espíritu enérgico, de convincente palabra, superior a los demás maestros; era un portento de sabiduría; no sólo lo digo yo a ciencia cierta, sino toda Francia conmigo...». «Maestro de gran penetración, luz y guía en el camino que conduce a las cumbres de la sabiduría...». «Sus lecciones se hicieron famosas en el mundo...». «Honor y gloria de nuestro tiempo».

Aun concediendo su parte a la retórica acostumbrada en tales elogios, Bruno se nos presenta como un hombre que innegablemente dejó su huella en la cristiandad de su tiempo. Los Títulos insisten en el valor de su doctrina: «Doctor de doctores», «fuente de doctrina», «manantial profundo de filosofía». Nos hablan también de la irradiación de su pensamiento espiritual, de su «sabiduría»: «Perla de sabiduría», «ejemplo de bondad», «modelo de verdadera justicia, ciencia y filosofía». Otra especialidad suya es el conocimiento de la Sagrada Escritura, sobre todo de

¹⁷ Título nº 176, Monasterio de Corméry. P.L. 152, 603.

los Salmos: «*Gran conocedor del Salterio y admirable filósofo*»; «*dominaba a fondo el Salterio y, como doctor, enseñó a muchos alumnos*»; «*antiguo Director general de las Escuelas de Reims, muy versado en el Salterio y en las demás ciencias, fue durante mucho tiempo columna de la archidiócesis*».

Aparte de tres textos capitales y ciertamente auténticos, de los que hablaremos más tarde (Carta a Raúl le Verd, Carta a la Comunidad de Chartreuse y Profesión de fe), nos han llegado otras dos obras atribuidas a Bruno: el "*Comentario de los Salmos*" y el "*Comentario a las Epístolas de San Pablo*"¹⁸. Si son auténticos, como parece cierto, pertenecen probablemente al tiempo en que Bruno se dedicó a la enseñanza. Pero uno y otro, sobre todo el Comentario de los Salmos, podrían muy bien haber sido simples apuntes de clase, de Bruno como profesor de teología. Y aunque estos apuntes no formasen parte del bagaje personal que Bruno conservó y llevó consigo al partir de Reims, ¿sería exagerado pensar que él no olvidaría sus lecciones cuando vivió en Chartreuse y en Calabria, y que indudablemente no cesó de mejorar sus conocimientos y perfeccionarlos para su propio uso y para provecho de sus hermanos solitarios? ¿Se puede considerar esto como simple hipótesis?

Estamos seguros de que, desde la época de su docencia en Reims, Bruno sobresalía a los ojos de sus discípulos en el conocimiento de los textos sagrados, sobre todo del Salterio. Y no estamos menos ciertos de que, tanto en Chartreuse como en Calabria, se gozó de tener compañeros «*sabios*», y de que orientó a sus ermitaños hacia el estudio de la Biblia. A los mismos conversos de la Gran Cartuja les escribirá al final de su vida esta admirable frase: «*Me lleno de gozo al ver que, aún sin ser letrados, Dios todopoderoso graba con su dedo en vuestros corazones, no sólo el amor, sino también el conocimiento de su santa ley*»... También los conversos, practicando la obediencia, la humildad, la paciencia, «*el casto amor del Señor*» y la «*auténtica caridad*», «*recogen con sabiduría el fruto suavísimo y vivificador de las divinas Escrituras*». Nada nos podía mostrar mejor hasta qué punto Bruno funda toda su espiritualidad y la santificación del alma en el conocimiento de la Biblia. Indudablemente, en Chartreuse y en Calabria este conocimiento estaría más directamente orientado a la contemplación. Pero ¿no sería también una continuación y profundización de su enseñanza en Reims?

¹⁸ **Expositio in omnes psalmos davidicos**. Paris, 1509; **Expositio in omnes epístolas B. Pauli Apostoli**. Paris, 1509; reeditadas en 1524 y más tarde en 1891. P.L. 152 y 153.

En esta perspectiva, se resolverían las dificultades que, después de ocho siglos de unanimidad, tal o cual crítico¹⁹ se ha creído obligado a levantar contra la autenticidad de los dos Comentarios. Así, por no citar más que un ejemplo, al confrontar ambas obras sería preciso tener en cuenta que Bruno había meditado, rumiado, estos textos durante unos cincuenta años, y que pudo introducir en sus apuntes una alusión de fecha cierta, sin que este dato decida la fecha del conjunto del Comentario, como la alusión a San Nicolás en el Comentario del Salterio... De todos modos, ambos Comentarios son actualmente objeto de un estudio crítico muy estricto por parte del V. P. Dom Anselmo Stoelen. Esperemos los resultados de este estudio. En el peor de los casos, es decir, si las conclusiones de este estudio fuesen contrarias a la autenticidad de ambos Comentarios, la semblanza del alma que aquí esbozamos no sufriría ninguna modificación importante. Bruno seguiría siendo, según la expresión de un Título Fúnebre²⁰ «*in Psalterio et coeteris scientiis luculentissimus: un notable comentador del Salterio y un sabio*».

El interés del Comentario de los Salmos para un lector moderno es discutible y de hecho ha sido discutido. El erudito Maurista, Dom Rivet, en *I'Histoire Littéraire de la France*, declaraba en el siglo XVIII: «*Quien se tome el trabajo de leer este comentario con mediana atención estará de acuerdo en que difícilmente se encontrará un escrito de este género que sea a la vez tan sólido y tan luminoso, tan conciso y tan claro*»²¹. Pero *Aux sources de la vie Cartusienne* se muestra más reservado: «*El comentario a los salmos es muy seco; su aridez lo hace difícil de leer; además está lleno de interpretaciones que no son del gusto de nuestra época*»²².

Quizá lo más prudente sea quedarse a medio camino entre aquel elogio y esta reserva. No se puede negar que hoy nadie leerá el *Comentario de los Salmos* por simple placer literario, ni tampoco por devoción personal. Pero quien tenga alientos para atravesar esta aridez podrá encontrar todavía en el comentario de Bruno «pensamientos» capaces de estimular su contemplación y su amor de Dios. Veamos algunos ejemplos:

¹⁹ El profesor Arthur Landgraf, luego obispo auxiliar de Bamberg, con respecto al Comentario de San Pablo, y el Padre Franciscano Damián van den Eynde, en lo tocante al Comentario del Salterio.

²⁰ **Título 173.** Canónigos de Nioeil, en la diócesis de la Rochelle. P.L. 152, 602.

²¹ T. IX, p. 245.

²² T. I, p. 395 n.

«*Beati qui scrutantur testimonia eius: in toto corde exquirunt eum-. buscan a Dios vacando a la contemplación con toda su alma aquellos que, dejando tras de sí toda preocupación por los bienes de este mundo, no tienen otra aspiración que contemplar a Dios, buscarle y amarle con todo el afecto de su corazón, penetrando en los arcanos divinos*»²³.

«*Et benedicam nomint tuo in sceculum et in sceculum sxculi: Te alabaré contemplando tu nombre, Señor te bendeciré eternamente con esa alabanza de la vida contemplativa que durará en este siglo y en el futuro, según la frase del Evangelio: "María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada. La vida activa, en cambio, sólo permanecerá en este mundo*»²⁴».

«*In meditatione mea exardescet ignis: En mi meditación, el amor que yo tenía ya, ha comenzado a crecer más y más, como una llama que se enciende*»²⁵».

Tampoco faltan comentarios de este estilo, que ensalzan la vida contemplativa y su profundo gozo. Veamos algunos más:

«*Oh justos, llenaos de alegría cantando a Dios, alabándole en la contemplación. Dedicados a la vida contemplativa que consiste en vacar a la oración y meditación de los misterios divinos, olvidando todo lo terreno*»²⁶».

«*Iubilaie Deo... Alabad a Dios con un júbilo interior del alma, que ni la lengua ni la pluma son capaces de explicar plenamente, es decir, alabadle con intensa devoción*»²⁷».

Bruno siempre sintió predilección por el Salterio. Aunque algunos de estos textos pueden datar del tiempo en que vivió en Chartreuse o en Calabria, ya desde su estancia en Reims tuvo entre sus alumnos fama de «especialista» en los Salmos. Y esta afición particular se basa, a juzgar por lo que dice en el prólogo mismo del Comentario, en el hecho de que el Salterio es el libro por excelencia de

²³ Ed. De Montreuil, **In Ps. CXVIII**, p. 528, col. 2.

²⁴ **In Ps. CXLIV**, p. 650, col. 1.

²⁵ **In Ps. XXXVIII**, p. 141, col. 2.

²⁶ **In Ps. LXVII**, p. 270. Col. 1.

²⁷ **In Ps. LXV**, p. 262, col. 2. **Item in Ps. XLVI**, p. 175, col. 1.

la Alabanza divina: «El Salterio vibra todo él en ideas de arriba, es decir, en alabanzas de Dios. Los temas de la obra son múltiples..., pero en todos se trata de alabar a Dios²⁸... Con razón lo llamaron los hebreos el libro de los Himnos, es decir, de las alabanzas de Dios». Ahora bien, para Bruno, el gran artífice de la Alabanza divina es Cristo, la Encarnación, la Vida, la Muerte y la Resurrección de Cristo:

«Título del Salmo LIV-. *In finem, in carminibus, intellectus ipsi David. Que puede explicarse así: el sentido de este salmo se ha de aplicar al mismo David, es decir, a Cristo que persevera in carminibus, en las alabanzas divinas. Cristo alaba a Dios con la intención, con las palabras y las obras, sin cesar en esta alabanza ni siquiera durante la Pasión, porque entonces Dios debe ser alabado de modo especial. « carminibus: persevera en la alabanza hasta la consumación de la eternidad, es decir, permanece alabando a Dios, tanto en la prosperidad como en la adversidad, hasta que le devuelva a la inmortalidad perfecta y consumada²⁹».*

Esta alabanza «crística» esencial, la prolonga en este mundo la Iglesia. Sobre ella pesa su responsabilidad y su carga, que llevan sobre todo las almas contemplativas. Comentado el Salmo CXL-VII, *Lauda Jerusalem Dominum*, Bruno escribe: «Tú, Iglesia, alaba al Padre, considerándolo como Señor, alaba y serán verdaderamente Jerusalem, es decir, pacificada;... esta paz constituye la mayor alabanza del Señor. Alábele también como a tu Dios y tu Creador; alabándole serás verdaderamente Sión, es decir, contemplativa de las cosas celestiales, y esta contemplación es una alabanza muy grata al Señor. Alaba, repito, al Señor³⁰». Toda la entraña de este *Comentario de los Salmos* lo forman Cristo -el Cristo histórico y el Cristo místico- y la Iglesia. Tiempos ha que esta referencia capital fue notada por quienes conocían la obra de Bruno. Dom Rivet en 1749 escribía: «En la exposición de San Bruno aparece siempre Jesucristo y sus miembros, Jesucristo y su Iglesia³¹».

Si, como esperamos, los trabajos críticos en curso concluyen en favor de la autenticidad del *Comentario de los Salmos*, tendremos una aportación, aunque no esencial según dijimos, sí muy interesante para el conocimiento exacto del alma de Bruno. Si estos textos datan de la época de Reims, indican en el alma de

²⁸ Ex prologo in Psalmis.

²⁹ In Ps. LIV. p. 208, col. 1.

³⁰ In Ps. CXLVII. p. 660, col. 1.

³¹ Hist. Lit. de la France, t. IX, p. 245.

Bruno profesor, maestrescuela, una tendencia a la contemplación, si no a la vida contemplativa. Si hay que colocarlos en el período cartujano o calabrés, añaden a las dos cartas de Bruno una nota cristológica y eclesial muy preciosa. Sitúan de manera clarísima la vida contemplativa en la misma existencia y acción de la Iglesia.

El 4 de julio de 1067, el arzobispo Gervasio moría dejando fama de virtud. Le sucedió Manases de Gournay con el título de Manases I. Fue consagrado en octubre de 1068 ó 1069- Aunque había obtenido la sede de Reims por simonía, en complicidad con el rey de Francia Felipe I. Manasés administró al principio su diócesis de una manera tranquila que permitía esperar de él un gobierno normal. Pero pronto se reveló su verdadero rostro: *«Era un hombre noble, escribirá veinticinco años más tarde el cronista Guiberto de Nogent, pero carecía del equilibrio necesario para proceder con rectitud; su elevación le hizo concebir gustos tan fastuosos, que parecía querer imitar la majestad de los reyes y la ferocidad de los príncipes bárbaros... Le gustaban las armas y se olvidaba del clero. Se le atribuía esta frase: Reims sería un buen obispado si no hubiera que cantar la misa³²»*.

Era falso y hacía doble juego. Para satisfacer su codicia sin perder por ello su sede episcopal, sabía mezclar hábilmente los gestos de sabia y caritativa administración con las rapiñas más audaces. En diciembre de 1071, con motivo de la sucesión de Hérimar, abad de la célebre abadía de San Remigio, empezaron las dificultades. Primero impidió Manases que los monjes eligieran un nuevo abad en el plazo previsto por la Regla. Luego, no perdió ocasión de causarles molestias y vejaciones, apoderándose de no pocos bienes de la rica abadía. Tanto, que los monjes, durante el año 1072, presentaron sus quejas contra el arzobispo ante el Papa Alejandro II. En los primeros meses de 1073 moría Alejandro II, sucediéndole en abril Gregorio VII, que el 30 de julio de 1073 escribía a Manasés una severa carta:

«Amadísimo hermano: Si consideraseis vuestra dignidad, vuestras obligaciones y los mandatos divinos, si tuvieseis el debido afecto y respeto hacia la Iglesia romana, seguramente que no permitiríais que los ruegos y avisos de la Santa Sede se repitan tantas veces sin resultado, tanto más cuanto que es vergonzoso el haberlos provocado... ¡Cuántas veces nuestro venerable predecesor y Nos mismo os hemos suplicado que no deis motivo a tantas reclamaciones como nos llegan de tantos hermanos empujados a la desesperación! Sabemos por muchos informes, que tratáis con mayor rigor cada día a este

³² **De vita sua**, lib. I, c. XI. P.L. 156, 853.

venerable monasterio. ¡Qué humillación nos produce el que la intervención de la autoridad apostólica no haya podido conseguir todavía la paz y tranquilidad para los que tenían derecho a esperar de vos una solicitud paternal! Sin embargo, queremos dar aún nuevas pruebas de dulzura para doblegar vuestra obstinación. Así os rogamos, en nombre de los bienaventurados apóstoles y en nombre nuestro, que si queréis seguir gozando de nuestro aprecio como hermano, debéis repararlo todo de modo que no oigamos más quejas sobre vuestra conducta. Y si despreciáis la autoridad de San Pedro y nuestra amistad, por modesta que sea, sentimos deciros que provocaréis la severidad y el rigor de la Sede Apostólica³³».

A través de esta carta del Papa se adivina la cínica actuación de Manasés, muestras de obediencia, promesas de sumisión, dilaciones, retrasos... y a la sombra de todo esto esconde su plan maquiavélico de acción... Los mensajeros de los monjes de San Remigio, al volver de Roma para Reims, llevaban además de esta carta destinada a Manasés, otro escrito de Gregorio VII dirigido a Hugo abad de Cluny. El Papa encargaba a Hugo que comunicara a Manasés la reprobación pontificia, mandándole dar cuenta a Roma de todo el asunto.

Manasés, previendo el golpe, se adelantó a pararlo. Antes de que llegara la orden pontificia impuso a los monjes de San Remigio un abad de buena reputación: Guillermo, abad ya de Saint-Arnould de Metz. La elección en sí misma era excelente. Pero en el verano de 1073, sintiéndose Guillermo impotente para contener las nuevas exacciones de Manasés, presentó su dimisión a Gregorio VII. Alegaba como motivo, que Manasés era «una bestia feroz de agudos dientes». El Papa esperó. A principios de 1074 Guillermo renovaba su petición³⁴; esta vez se le concedió volver al gobierno de su antigua abadía. El 14 de marzo Gregorio VII encargaba a Manasés que procediera a la elección regular de un nuevo abad. Fue nombrado Enrique, abad ya de Humblières, quien permanecerá en el cargo hasta 1095, asistiendo impotente a los dolorosos acontecimientos que caracterizarían el resto del gobierno de Manasés.

A pesar de todo, el arzobispo se mantuvo casi tranquilo hasta 1076. Incluso llegó a recobrar la confianza de Gregorio VII. Favoreció oficialmente la vida monástica en su diócesis: así, firmó el acta de erección en abadía del monasterio de Moiremont, fundado por los canónigos de Reims (21, oct. 1074); participó en

³³ Gregorio VII. Epistulae. L. I. Epit. LII y LIII; P.L. 148, 331 y 332, pp. 251 y 254, p. 260.

³⁴ Cf. Epistolae L1. Epit. Mabillon: **Venturum Analectorum I.**

la fundación de la abadía de canónigos de Saint-Jean-des-Vignes (1076), e hizo donaciones a diversos monasterios.

Fue, sin duda, durante este período cuando nombró a Bruno canciller de su Iglesia, para reemplazar a Odalrico que acababa de morir. ¿Hay que ver en esta elección una muestra de estima personal o sólo un gesto diplomático? Promover a Bruno era lisonjear a la opinión pública, sobre todo a la universitaria; era dar pruebas de buena voluntad, siendo tan viva y general la estima de que gozaba Bruno... Tres documentos permiten situar en el tiempo el corto período durante el cual ejerció Bruno su cargo de canciller. Todavía en octubre de 1074 firma Odalrico los documentos de la cancellería; en cambio, una carta de la abadía de Saint-Basle, fechada en 1076, está firmada por Bruno; pero en abril de 1078, el nombre de Godofredo ha reemplazado al de Bruno en los documentos oficiales del arzobispado. Se puede fijar en 1077 la dimisión de Bruno. Porque a principios de aquel año se desencadenó la lucha enconada que durante varios años desgarró a la diócesis de Reims. Por una parte estaban Gregorio VII, su legado en Francia Hugo de Die y varios canónigos de la catedral, y por la otra el arzobispo Manases, cuyas prevaricaciones habían sido por fin desenmascaradas.

Antes de abordar este triste período, detengámonos un momento en la persona de Bruno. Tenía entonces unos cincuenta años. Entre las brumas de la historia se perfilan algunos rasgos de su rostro, que cobran tanto mayor relieve, cuanto que el conjunto de su persona permanece envuelto en una sombra más densa.

Bruno, maestrescuela de Reims, se nos revela primero como un alma totalmente orientada a los estudios sagrados; luego, como un «*Maestro*» y un perfecto amigo, y, finalmente, como un hombre cuya autoridad moral se impone a todos.

Aunque un día la crítica histórica le privase de la paternidad de ambos Comentarios, el de las Epístolas de San Pablo y el de los Salmos, siempre quedará en pie el hecho de que Bruno apareció a los ojos de sus contemporáneos como un teólogo de gran talla y un especialista en el Salterio. El conjunto de los *Títulos Fúnebres* lo confirma. Ahora bien, esta atracción (que evidentemente puede ser simple curiosidad espiritual) hacia las ciencias sagradas, en especial esa predilección por el pensamiento de San Pablo y la interpretación de los Salmos, coinciden a menudo con una orientación del alma hacia los Misterios más profundos de la Salvación. Indican que esa alma está impulsada con todo el

peso de un amor secreto a concentrar su atención, los recursos de su inteligencia y el esfuerzo de su investigación, en la persona, tan próxima y al mismo tiempo tan misteriosa, de Cristo Jesús.

Cuando los Padres Cartujos del siglo XX quisieron resumir en una breve fórmula el sentido de su vocación para grabarlo en el centro del Museo de la Correría, tomaron este texto de la Epístola a los Colonenses: «*Vita vestra abscondita est cum Christo in Deo... Vuestra vida está oculta con Cristo en Dios*». Pero atengámonos a los datos de la historia, que en su sencillez nos bastan: Bruno había decidido consagrar su vida al estudio y a la enseñanza de la fe: las cosas de Dios habían cautivado su corazón y bastaban para llenar su alma.

En esta enseñanza sobresalía, no sólo como un Doctor eminente, sino como un Maestro, en el sentido plenamente humano que le da San Agustín. Su ciencia no consistía en mera erudición. Bruno no hubiera ejercido la influencia espiritual que los Títulos nos revelan, si su enseñanza no hubiera estado animada de un interés profundo por el hombre y hubiera tocado a sus oyentes en lo vivo de su sensibilidad religiosa, de su inquietud más profunda. De sus alumnos hacía discípulos y con frecuencia amigos. Hay en muchos *Títulos Fúnebres* un tono de sinceridad en el sentimiento y una emoción en el recuerdo, que trascienden el orden literario y brotan del corazón. Bruno no sólo suscitaba admiración, sino que conquistaba simpatías y amistades. A lo largo de esta Vida lo iremos viendo mejor. Eran tres amigos en el jardín de Adam, cuando se decidieron a entregarse a Dios por completo... Tres amigos unidos por un mismo deseo de las cosas eternas...

Bruno, pues, aparecía en esta primera y larga parte de su vida como un hombre de una rectitud y una elevación moral innegables. Ni el santo obispo Gervasio, ni el Maestro Herimann hubieran cedido a ocultos manejos para conferir a un joven que aún no tenía treinta años el cargo de Maestrescuela de Reims. Y durante los veinte años que ejerció este cargo, fue menester que Bruno adquiriera una reputación de integridad y una autoridad innegables para que Manasés I, en último apuro, le escogiera como canciller para tranquilizar a Gregorio VII sobre sus intenciones... La pronta dimisión de la cancellería por parte de Bruno, ¿no es también una nueva prueba de su integridad?

Bruno era un hombre justo en el sentido bíblico de la palabra. Lo mismo que el abad de Saint-Arnould, Guillermo, tuvo muy pronto que habérselas con el arzobispo abusivo, y parece que no tuvo paz hasta que se libró de todo

compromiso y recobró su libertad para juzgar, e incluso para luchar si fuere necesario.

En toda sociedad, sobre todo si está corrompida, el culto a la Palabra de Dios, el amor de la más elevada amistad y la integridad que vemos en Bruno, condenan al alma humana a cierta soledad. Un ser puro es, siempre y en todas partes, un solitario.

Bruno es también un «*Maestro*». No sólo porque da lecciones y produce honda huella en sus discípulos, sino sobre todo porque domina los acontecimientos y los hombres. Se coloca por encima de ellos y los sobrepasa, viéndolos y juzgándolos desde su altura. Esta poderosa personalidad se afirmará en los graves acontecimientos que van a zarandear a la iglesia de Reims, como veremos enseguida.

Capítulo III

Bruno frente al Arzobispo Manasés

Estamos en 1075. El poder espiritual del Papa y el temporal de los Príncipes se enzarzan en esa larga querrela conocida en la historia con el nombre de Lucha de las Investiduras.

Desde su elección, en marzo de 1074 Gregorio VII había insistido enérgicamente en la reforma de la Iglesia emprendida por su predecesor, confirmando sus condenas contra la simonía. En 1075 renovó estos decretos y los reforzó condenando la investidura de los Obispos por parte de los Príncipes temporales. En Francia, el legado encargado de aplicar el decreto pontificio es un hombre inflexible e incluso inexorable: se llama Hugo de Die. Su papel es ingrato, pero lo asume sin desmayos. Un día se escribirá de él que fue «*el hombre más detestado del siglo XI*», y se le motejará con el apodo de «*hacha de la Iglesia*» en Francia...

Hugo, por orden del Papa, debe reunir una serie de concilios regionales donde serán citados a comparecer los obispos sospechosos de simonía. En caso de que se les halle culpables, se les destituirá de sus cargos, reemplazándolos por obispos íntegros. El primero de estos concilios se tuvo en Anse, cerca de Lyon, en 1075. Desde entonces se desencadenó la lucha, en nombre del Papa, contra la terrible plaga de la simonía, y cada cual tomaba posición ante la reforma pontificia.

En el verano de 1076 se celebraba el Concilio de Clermont. El deán de Reims, que se llamaba Manasés como su arzobispo, vino a presentarse espontáneamente a Hugo de Die y le confesó que había comprado aquel cargo a principios de 1075, después de la muerte del deán Odalrico. Pedía humildemente perdón. Indudablemente, con ocasión de este encuentro el deán informó a Hugo de Die de la dramática situación en que había puesto el arzobispo Manasés a la diócesis de Reims con sus rapiñas y violencias: dilapidaciones de los bienes eclesiásticos, exacciones arbitrarias contra clérigos y monjes, tráfico de cargos y beneficios, excomuniones fulminadas contra los refractarios... Se imponía una intervención de la autoridad.

¿Fue por razón de esta protesta y para evitar la cólera del arzobispo? El caso es que en los últimos meses de 1076 varias personalidades importantes se exiliaron voluntariamente de Reims, exponiéndose a perder sus oficios y sus bienes. Ebal, conde de Roucy-sur-l'Aisne, les ofreció un refugio. Se conocen los nombres de algunos de estos miembros de la oposición: Manases el Deán, Bruno, Raúl le Verd y Fulcuyo le Borgne. Y no eran ciertamente los únicos.

La tensión entre el arzobispo y los exiliados llegó muy pronto a su punto crítico. Gregorio VII, informado de la situación, decidió intervenir. Y lo hizo con prudencia y moderación. Así, aunque el 25 de marzo de 1077 encargaba al obispo de París instruir un expediente sobre varias excomuniones aparentemente injustas, fulminadas por Manases, no por ello dejaba de considerar al arzobispo como legítimo pastor de la iglesia de Reims. El 12 de mayo de ese mismo año 1077, le escogía todavía, con Hugo, abad de Cluny, para presidir al lado de Hugo de Die el Concilio que se iba a celebrar en Langres.

Repentinamente, la situación cambió de arriba abajo. El proyecto de Langres quedó anulado. El Concilio se celebraría en Autun, el 10 de septiembre de 1077 y el arzobispo Manasés, en lugar de sentarse como juez, estaba citado como reo. Rehusó comparecer, pero los exiliados de Roucy, entre los que figuraban el deán Manasés y Bruno, se presentaron allí. Acusaron a su arzobispo de haber usurpado por simonía la sede de Reims, y de haber consagrado, a pesar de la prohibición formal del Papa, al Obispo de Senlis que había recibido su sede, por investidura laica, de manos del rey de Francia.

El obispo Manasés fue «suspendido» de su oficio por los Padres del Concilio, *«quia vocatus ad Concilium ut se purgaret, non venit... porque convocado por el Concilio para que se justificara, no vino»*.

Manasés contestó inmediatamente con severas represalias contra los clérigos de Reims que habían acudido a Autun. *«Durante el viaje de vuelta de los canónigos de Reims que le habían acusado en el Concilio, según cuenta Hugo de Flavigny en su Crónica, el arzobispo les tendió varias emboscadas. Luego, saqueó sus casas, vendió sus prebendas y se incautó de sus bienes»*.

A pesar de la suspensión³⁵ fulminada por los Padres del Concilio de Autun, las diferencias entre el obispo Manasés y sus canónigos no quedaron

³⁵ Pena canónica que consiste en privar a un clérigo del uso de sus funciones o de su beneficio.

totalmente apaciguadas. A juzgar por los hechos, el Cabildo de Reims y el legado Hugo de Die se vieron obligados a informar urgentemente a Gregorio VII. Si hemos de creer a Marlot en su *Histoire de l'église de Reims*, el Cabildo habría enviado entonces al mismo Bruno, y quizá también al deán Manases, a Roma para informar directamente al Papa sobre los excesos del arzobispo. Sea lo que fuere, un informe (o dos cartas, según ciertos autores) de Hugo de Die nos revelan el puesto que ocupaban el deán y Bruno en esta resistencia al obispo.

«Recomendamos a Su Santidad -escribe el legado a Gregorio VII- a nuestro amigo en Cristo Manases que, en el Concilio de Clermont, renunció en nuestras manos al cargo de deán de la iglesia de Reims, que había adquirido de mala manera. Es un sincero defensor de la fe católica. Os recomendamos también al señor Bruno, maestro de la iglesia de Reims, de una honradez a toda prueba. Ambos merecen ser confirmados en las cosas de Dios por vuestra autoridad, pues han sido juzgados dignos de sufrir persecución por el nombre de Jesús. No dudéis en emplearlos como vuestros consejeros y cooperadores para la causa de Dios en Francia».

Aquí tenemos un testimonio sólido y muy valioso de la estima en que tenían a Bruno el legado y todo el mundo en Reims, salvo el arzobispo simoníaco. Para que Hugo de Die dedicara a alguien un elogio tan explícito: *«su vida es irreprochable»* o *«maestro de una honradez a toda prueba en la iglesia de Reims»*, se necesitaba que ni la más leve sombra hubiera empañado nunca su conducta. La fe y la virtud de Bruno eran, pues, innegables, lo mismo que su integridad. En esta época turbulenta de la iglesia de Reims, Bruno aparece como un ser puro, que no admite componendas.

De hecho, Gregorio VII no confirmó inmediatamente el juicio del Concilio de Autun. La Iglesia romana, escribiría enseguida, tiene por costumbre obrar más *«por el justo medio de la discreción que según el rigor de los cánones»*. Por otra parte, el Papa conocía la tendencia de su legado a la severidad. ¿No habría juzgado éste con excesiva rapidez, apagando quizá la mecha cuya llama aún se hubiera podido reavivar? Por ello, decidió examinar él mismo la causa de Manases y la de otros seis obispos condenados por Hugo de Die. A este fin, les llamó a Roma, invitándoles a justificarse. El conde Ebal de Roucy y uno de los canónigos de Reims, Ponce, acudieron también por su parte para informar directamente a Gregorio VII sobre cuanto ocurría en Reims.

En Roma, la discusión fue difícil. El principal argumento que Manases se atrevió a proponer para su defensa, fue que su condenación amenazaba con crear

un cisma en el mismo reino³⁶. Luego, Manasés la emprendió con sus acusadores. Al precio de un juramento prestado «sobre la tumba de San Pedro», obtuvo el perdón de Gregorio VII El 9 de marzo de 1078, el Papa dirigía a su legado la siguiente carta:

«Como es costumbre de la Iglesia romana -a cuya cabeza nos ha colocado el Señor, por indigno que seamos- tolerar unas acciones y disimular otras, siguiendo una discreta moderación más que el rigor de los cánones, hemos revisado con gran cuidado las causas de los obispos de Francia suspendidos o condenados por nuestro legado, Hugo de Die. En cuanto a Manases, arzobispo de Reims, aunque tenga muchas acusaciones contra él y se haya negado a asistir al Concilio al que había sido citado por Hugo de Die, nos ha parecido que la sentencia fulminada contra él no estaba en consonancia con la madurez y dulzura habituales en la Iglesia Romana. Por lo que le hemos restablecido en las funciones de su dignidad, después de prestar sobre el cuerpo de San Pedro este juramento: Yo, Manases, arzobispo de Reims, declaro que no fue por soberbia por lo que no asistí al Concilio de Autun, al que me había sido citado por Hugo de Die. Si en adelante fuere llamado por un mensajero o por cartas de la Santa Sede, no excusaré mi ausencia con malas artes y engaños, sino que obedeceré, lealmente a la decisión y juicio de esta Iglesia. Y si pluguiere al Papa Gregorio o a su sucesor que responda ante su legado de los cargos que se me hacen, me someteré humildemente en todo. Administraré fielmente en honor de la iglesia de Reims todos sus tesoros, rentas y posesiones, a mí encomendados, y no los malgastaré injustamente³⁷». Así, Manasés quedó incluido en el juicio de indulgencia y misericordia que clausuró la revisión del proceso de los obispos.

Esta mansedumbre pontificia no se avenía bien con el proceder de Hugo de Die. ¿No quedaba así arruinada la autoridad del legado? Por ello escribió al Papa, no sin cierta amargura y dejando transparentar su desacuerdo: «Vele Su Santidad para que no seamos objeto de ignominia y afrenta por más tiempo. Los simoníacos o cualquiera de los culpables que habíamos suspendido, depuesto o incluso condenado, corren libremente a Roma, y en vez de sentir allí una justicia más rigurosa, como debían, obtienen el perdón a gusto suyo. Así, los que antes no se atrevían a faltar ni aun en las cosas más pequeñas, se entregan ahora a los más lucrativos negocios, tiranizando las iglesias que están a su cargo. Ruegue, Santísimo Padre, por mí, inútil siervo de Su Santidad³⁸».

³⁶ **Epist.** XII: P.L. 148, 556.

³⁷ **Epist.** Lib. V. Epist. XVII. P.L. 148, 502.

³⁸ **Chronicon.** Lib. II. P.L. 154, 287 D.

Es indudable que esta queja no se refiere solamente al caso del arzobispo de Reims; pero de todos modos está relacionada con él. Manasés, al volver a su diócesis, se hizo el arrepentido, a fin de ampliar y consolidar su victoria. Intentó reconciliarse con el deán, con Bruno y los demás canónigos refugiados en el castillo del conde Ebal, y obtener al mismo tiempo contra el conde una condenación pontificia en buena y debida forma. Para tener las manos más libres en sus intrigas, solicitó además del Papa no depender de la jurisdicción de Hugo de Die, sino sólo de la autoridad del Pontífice o de los legados venidos de Roma.

Entonces escribió una larga carta a Gregorio VII en la que el cinismo hace sus zalemas. Primero multiplica sus protestas de fidelidad y sumisión; luego acusa, arguye, evoca los privilegios concedidos a sus predecesores, y, por fin, llega a los exiliados y a su protector. *«A propósito del conde Ebal, que intentó acusarme en vuestra presencia, recomendándose a sí mismo y afirmando su fidelidad hacia Vos con palabras hipócritas, habéis podido comprobar hasta la evidencia de qué parte se encuentra la sinceridad y fidelidad para con Vos: de la mía, que estoy dispuesto a obedecer en todo a Dios y a Vos, o de la del conde Ebal, que en Roma atacó a la Iglesia de San Pedro y aquí persigue a la iglesia de Reims por medio del deán Manasés y sus partidarios, acogidos en su castillo. Dicho Manasés ha recibido seguridad de perdón por nuestra parte, como Vos nos habíais ordenado otorgarle si volvía a la Iglesia, su madre; mas paralizado por la conciencia de sus faltas, no quiere volver a nuestra sede, ni contribuir a la paz de la Iglesia. Antes al contrario, tanto él como sus adeptos, no cesan de atacarme a mí y a mi iglesia con palabras y amenazas, ya que no pueden con hechos. Así, pues, sin hablar del conde Ebal, que espero no escapará a vuestra justa y apostólica sentencia, ruego a Vuestra Santidad que ordene a Manasés volver a su casa y que no siga atacando a su iglesia; o si no, castigadlo juntamente con sus fautores y cooperadores, con una rigurosa sentencia apostólica. Dignaos también escribir a quienes le han recibido, para que no le sigan dando asilo, bajo pena de ser castigados con una sentencia análoga³⁹».*

La táctica es pérfida: da por cosa hecha la condenación del conde Ebal; insiste en primer lugar y casi exclusivamente sobre Manasés que tenía sus puntos flacos; guarda el silencio más absoluto sobre Bruno que, como sabe muy bien el arzobispo, está considerado por el Papa como un hombre puro e íntegro... Todo esto es hábil, demasiado hábil. Pero el Papa no se dejó sorprender de nuevo y descubrió todos sus enredos. El 22 de agosto de 1078, contestó a Manasés. Una

³⁹ Carta de Manasés. P.L. 148, 743.

carta admirable en la que el, Pontífice se esfuerza todavía por no chocar de frente con el arzobispo, facilitándole una salida honrosa a poca sinceridad y lealtad que tenga. Le asegura su fidelidad y la conservación de todos sus derechos de obispo y de metropolitano. Pero que renuncie a toda excepción; que no se ponga al margen de la legislación común; que reconozca la autoridad de los legados del Papa, aunque no vengan de Roma, y en concreto, la de Hugo de Die. Para prevenir cualquier exceso de severidad en éste, le asocia al abad de Cluny, conocido por su moderación. En cuanto al deán Manasés, que se someta también a una investigación justa y exacta por parte de los dos legados. *«Con respecto a Manasés el deán, que no cesa, según decís, de molestaros de palabra ya que no puede de obra, y para todas las demás reclamaciones que os ha parecido hacer, Nos enviamos instrucciones al obispo de Die y al abad de Cluny, amados hermanos nuestros, para que se esfuercen por realizar una diligente encuesta sobre los hechos, examinándolos cuidadosamente y juzgándolos con toda equidad y justicia, conforme a las leyes canónicas⁴⁰».*

No eran vanas palabras por parte del Papa. El mismo día enviaba sus instrucciones a Hugo de Die y a Hugo de Cluny. Directivas equilibradas, en las que se destaca el tacto de Gregorio VII y su perfecto conocimiento de cada una de las partes.

«Trabajad -ordena a sus legados- para atraer de nuevo a la paz al deán Manases, de quien se queja el arzobispo. Refugiado con los suyos en el castillo del conde Ebal y ayudado por éste, no cesa de inquietar al arzobispo y a su iglesia. Que cese en tales manejos. Si se obstina y no quiere obedecer, decidid lo que os parezca más justo». Estas consignas parecen duras para el deán, y lo son ciertamente: revelan la gravedad del conflicto que enfrenta todavía al arzobispo con los canónigos exiliados. Pero el Papa añade un corto inciso que tiene su miga y demuestra que conocía perfectamente la situación: ¿no sería legítima la resistencia del deán? «A menos que reconozcáis que tiene alguna razón justa para obrar así».

Todo debe desarrollarse dentro del orden y de la justicia, a cuyo servicio han de poner los legados toda su energía, movidos por la caridad. Y la caridad es la que debe prevalecer finalmente en este desagradable asunto: *«En cuanto a las demás peticiones del arzobispo, ayúdale como convenga, supuesto que obedezca, y defendad con la autoridad apostólica la iglesia que le está confiada. Por lo que respecta a él personalmente, hemos notado por las cartas que nos ha escrito y que os transmitimos, que*

⁴⁰ *Epistolae*: Lib. VI. Epist. II: P.L. 148, 510.

busca dilaciones y subterfugios. Le hemos notificado por carta en qué sentido le escribimos hoy. Así, pues, hermanos muy queridos, actuad varonil y prudentemente, obrando siempre con caridad; que los oprimidos encuentre en vosotros prudentes defensores y que los opresores reconozcan vuestro amor a la justicia. El Señor todopoderoso derrame su Espíritu en vuestros corazones⁴¹».

¿Qué ocurrió a fines de 1078 y principios de 1079? No lo sabemos claramente. Pero lo cierto es que a mediados del verano de 1079, el legado Hugo de Die, de acuerdo con el abad de Cluny juzgó oportuno reunir un Concilio en Troyes y convocar al arzobispo Manasés. Este acudió con numerosa escolta de partidarios, cuyo fausto y fuerza debían presionar sobre el Concilio. ¿Presentía que en tales condiciones el Concilio no podría deliberar ni juzgar con toda libertad? En el último momento el legado disolvió el Concilio.

Gregorio VII decidió entonces intervenir, y someter a nuevo examen la conducta del arzobispo: *«Como no habéis podido reunir oportunamente un concilio en el sitio previsto, decía a Hugo de Die, juzgamos conveniente que con vuestra acostumbrada diligencia encontréis ahora un lugar apto, reunáis un sínodo y examinéis cuidadosamente la causa del arzobispo de Reims. Si se encuentran acusadores y testigos capaces de probar lo que se le reprocha, queremos que sin titubear fulminéis la sentencia que la justicia dicte. En caso de que no puedan hallarse tales testigos idóneos, como la fama escandalosa de este arzobispo no sólo está difundida por Francia sino también por casi toda Italia, que busque si puede seis obispos de buena reputación que salgan fiadores de su inocencia, y así justificado, podrá permanecer en paz en su iglesia y su dignidades⁴²».*

Apreciemos el caso en sus juntas dimensiones. El conflicto en que Manasés el deán, Bruno y los canónigos de Reims se hallaban envueltos, no era un litigio privado de una diócesis, ni una banal *«disputa de sacristía»*. Dada la posición de Reims en Francia y el carácter fastuoso de los excesos del arzobispo, el asunto desbordaba los límites de la diócesis de Reims; el escándalo afectaba a toda Francia y a la mayor parte de Italia. De ahí el procedimiento excepcional que Gregorio VII impuso a los legados: si los testigos de cargo no llegan a probar clara e innegablemente la acusación, no por ello se declarará inocente al arzobispo; deberá dar una prueba positiva de la rectitud de su conducta y de sus

⁴¹ *Epistolae*: Lib. VI. Epist. III, P.L. 148, 512.

⁴² *Epistolae*: P.L. 148, 695.

intenciones: seis obispos «*de buena reputación*» deberán garantizar la moralidad de su conducta y su aptitud para permanecer al frente de la iglesia de Reims. Esta medida arroja una severa luz sobre la magnitud de las intrigas de Manasés.

Hugo de Die, según las órdenes del Papa, convocó un nuevo concilio. El lugar escogido para esta reunión fue Lyon, y la fecha se fijó para primeros de febrero de 1080. Manasés apeló de nuevo al Papa sobre el legado. Invocaba un antiguo privilegio de la iglesia de Reims, según el cual el arzobispo sólo podía ser juzgado por la Santa Sede. Gregorio VII respondió a Manasés el 5 de enero de 1080, negándole el derecho a rechazar la jurisdicción del legado Hugo de Die. Por lo demás, éste se vería asistido por el cardenal Pedro Ignée, obispo de Albano, y Hugo de Cluny. «*Nos admira -decía Gregorio VII- que un hombre tan sensato como vos busquéis tantos pretextos para permanecer en un estado de infamia, dejando a la opinión pública el cuidado de juzgaros; en realidad, deberíais estar interesado en limpiaros de tales sospechas y librar de ellas a vuestra iglesia... Si no acudís al concilio de Lyon y no obedecéis a la Iglesia Romana, que lleva tanto tiempo soportándoos, no modificaremos en nada la sentencia del obispo Hugo de Die, sino que la confirmaremos con nuestra autoridad apostólica*⁴³».

La amenaza era terminante. Manasés, ante la imposibilidad de engañar a Gregorio VII, intentó sobornar a Hugo, abad de Cluny; le envió mensajeros secretos que le ofrecieron trescientas onzas de oro puro y que iban cargados de regalos para sus familiares. Le prometía mayores dones aún si se le permitía justificarse solo... El abad de Cluny permaneció insensible a tales proposiciones.

El Concilio se reunió en Lyon a primeros de febrero de 1080, según estaba previsto. A pesar de la amenaza del Papa, Manasés no se presentó personalmente. Envío una *Apología*⁴⁴ en la que, sin refutar las acusaciones formuladas contra él, ataca las formas del proceso y las condiciones que se le imponían. Volvió a emplear un argumento que ya había utilizado con Gregorio VII no puede acudir a Lyon por la inseguridad de los caminos. ¿Y cómo iba a encontrar seis obispos que garanticen su inocencia, si sólo dispone de veinte días? ¿Y quién juzgará de la buena reputación de esos seis obispos?

Citaremos dos pasajes de esta orgullosa Apología relacionados con Bruno:

⁴³ *Epist.* P.L. 148, 556.

⁴⁴ La **Apología de Manasés** fue publicada por primera vez por Mabillon. *Musaeum italic.* T. 1, P. II, pp. 117 – 122.

«Me decís en primer lugar que vaya al Concilio para responder a mis acusadores, Manasés el deán y sus compañeros. Pero os respondo que ya he llegado a un acuerdo con Manases, que representa a todos sus partidarios, salvo a dos, uno de los cuales es Bruno. Pero este Bruno no es un clérigo de nuestra iglesia, ni ha nacido ni recibido el bautismo aquí. Es canónigo de San Cuniberto en Colonia, del reino teutónico. No estimo en mucho su compañía, ya que me encuentro en una total ignorancia de su vida y de sus antecedentes. Por otra parte, le colmé de beneficios mientras estuvo conmigo, y a cambio sólo he recibido de él malos e indignos tratos. En cuanto al otro, Ponce, mintió en mi presencia en el concilio romano. Por todo ello, ni quiero ni debo responder al uno ni al otro, en un juicio eclesiástico».

Poco después, el arzobispo vuelve al mismo tema: *«Como he dicho, no espero recibir ninguna acusación de parte de Manasés el deán y sus compañeros -a no ser que cambien de opinión con motivo del Concilio- porque han pactado conmigo un acuerdo de reconciliación, exceptuados -repito- Bruno y Ponce, a los que ni quiero ni debo responder, por la razón indicada. Si alguno de los que han hecho las paces conmigo por mediación del deán Manasés se presentase en el Concilio, quebrantando este pacto, e intentara decir algo contra mí, no sería válido su testimonio, porque en el momento del acuerdo no eran ni mis familiares ni mis canónigos; no podrían, por tanto, dar testimonio sobre mi vida».*

Estos textos son muy importantes para nosotros. Nos demuestran que Manasés el deán había cedido ante las instancias y proposiciones del arzobispo, y que, por el contrario, Bruno y Ponce no habían consentido en seguirle en esta capitulación. Si en sí misma esta negativa puede ser ambigua (lo mismo podría significar terquedad que lucidez y desinterés), sin embargo, el curso de los acontecimientos disipará toda ambigüedad y justificará la actitud de Bruno y Ponce.

Otro dato no menos importante: Bruno sólo aparece en primer plano después de la reconciliación del deán con el arzobispo. Hasta entonces el deán figura como cabeza del grupo de los exiliados. El arzobispo, una vez que lo conquistó para su causa, considera que la resistencia («sus acusadores») ya no existe. En esta diatriba, sin pretenderlo, el arzobispo hace la apología de Bruno, en lugar de la propia. Nos revela un rasgo que apreciaremos en Bruno a lo largo de su existencia: una admirable fuerza de carácter para proseguir hasta el fin, pase lo que pase, lo que juzga ser la voluntad de Dios con respecto a él. Ni las dificultades, ni las amenazas, ni los abandonos llegarán a apartarle de un proyecto cuando en su alma y en su conciencia juzga que es la voluntad de Dios.

La *Apología* no pudo salvar al arzobispo Manasés. Los Padres conciliares le depusieron del episcopado. En marzo de 1080, Hugo de Die fue a Roma para informar de viva voz a Gregorio VII sobre los acontecimientos. El 17 de abril de 1080, el Papa escribió a Manasés haciéndole saber que durante el sínodo de primavera en Roma había confirmado la sentencia de Lyon. Sin embargo, a pesar de estas medidas severas, el Papa, «*llevando su misericordia hasta el extremo*», ofreció todavía a Manasés la oportunidad de una salida honrosa, ya que no de permanecer en su situación. Manasés podía pedir «*antes de la fiesta de San Miguel*» a seis obispos de la confianza del Papa (Soissons, Laon, Cambrai, Châlons-sur-Marne, y otros dos) que depusieran en su favor. A este gesto de indulgencia, Gregorio VII sólo ponía algunas condiciones muy razonables: que el arzobispo restituyera íntegramente todos los bienes arrebatados a «*Manasés, Bruno y a los demás canónigos que al hablar contra él lo hicieron sólo por defender la justicia*»; que no se oponga a la vuelta de los que por tanto tiempo han sufrido el destierro por este motivo y les deje servir a Dios en la iglesia de Reims con plena libertad y seguridad; que antes de la Ascensión del año siguiente se retirara a Cluny o a Chaise-Dieu, para vivir a sus costas en el retiro con un clérigo y dos laicos, jurando delante del legado que no sustraería nada de los bienes de Reims, fuera de lo necesario para el sustento propio y de sus tres compañeros. Si se negaba a obedecer, Gregorio VII confirmaría definitivamente la sentencia del Concilio sin ninguna posibilidad de apelación para el futuro⁴⁵.

Lejos de aprovecharse de esta suprema indulgencia del Papa, Manasés multiplicó sus abusos, pretendiendo mantenerse a pesar de todo al frente de la iglesia de Reims. El 27 de diciembre de 1080, Gregorio VII, habiendo agotado todos los recursos de su paciencia y bondad, escribió cuatro cartas que ponían punto final a este doloroso conflicto⁴⁶. Deponía definitivamente a Manasés y, esta vez, sin esperanza de rehabilitación. Al clero y pueblo de Reims, el Papa les ordenaba resistir al arzobispo, expulsarlo y proceder a nuevas elecciones, de acuerdo con el legado. Al conde Ebal le pedía que apoyase a los que combatían a Manasés y ayudase al nuevo arzobispo electo. En cuanto a los obispos sufragáneos de Reims, les desligaba de toda obediencia al metropolitano excomulgado y les ordenaba que favoreciesen la elección de un nuevo arzobispo

⁴⁵ *Epistolae*. Lib. VII. Ep. XX. P.L. 148, 563.

⁴⁶ *Epistolae*. Lib. VIII. Ep. XVII – XX. P.L. 148, 590 – 596.

digno de la sede de Reims. Finalmente, el Papa dirigía al rey de Francia Felipe I una carta paternal, muy firme:

«San Pedro os manda y Gregorio os suplica -le decía- que no prestéis en adelante ninguna ayuda a Manases, destituido definitivamente por los delitos que ya conocéis; retiradle vuestra amistad y no lo toleréis más en vuestra corte. Mostrad vuestro amor al Señor, rompiendo con los enemigos de la Iglesia, obrando según las órdenes pontificias y haciéndoos merecedores de las bendiciones de San Pedro. En virtud de la autoridad apostólica de que estamos revestidos, prohibimos poner traba ninguna a la elección regular que el clero y el pueblo deben hacer del nuevo arzobispo. Os rogamos evitéis que nadie pueda obstaculizarla y protegáis al elegido por la parte fiel y religiosa del clero y del pueblo». «Ahora tenéis -se atreve a decir el Papa- la ocasión de probar que no en vano hemos usado de paciencia con las faltas de vuestra juventud, esperando vuestra conversión».

Felipe I, más preocupado de sus placeres que de la religión del reino, no tomó ninguna medida contra Manasés. El arzobispo se mantuvo aún algún tiempo en la sede de Reims; pero sus escándalos y atropellos sublevaron finalmente al pueblo contra él. Lo arrojaron de Reims. Según Guiberto de Nogent, Manasés halló refugio junto al excomulgado emperador de Alemania, Enrique IV, uniéndose así a uno de los mayores enemigos de la Iglesia y del Papado. No se oyó hablar más de él.

Al irse Manasés, los desterrados podían volver a Reims. Fueron recibidos con entusiasmo por el clero y el pueblo. Bruno, sobre todo, fue objeto de la veneración pública; a pesar de su modestia, los acontecimientos lo habían puesto en evidencia. Y aunque no volvió a ocupar su cátedra ni recobró el título de Maestrescuela, ni el cargo de canciller, los ojos de toda la iglesia de Reims se volvieron hacia él cuando tuvo que elegir un nuevo arzobispo. Un Título Fúnebre nos describe los sentimientos de la ciudad en aquella ocasión: *«Bruno gozaba entonces de todas las simpatías y era motivo de consuelo y honor para los suyos; todo le favorecía y lo preferíamos a cualquier otro. Y con razón, porque se distinguía por su bondad, su dominio de todas las ciencias, su facilidad de palabra y su gran fortuna. Pero lo dejó todo por seguir a Cristo desnudo, retirándose al desierto con otros discípulos⁴⁷».*

⁴⁷ Título n° 52. Metrópoli de Reims: P.L. 152, 570.

A los cincuenta años Bruno tenía ante sí un magnífico porvenir. Se le proponía la primera sede episcopal de Francia, llamada «*diadema del reino*». Bruno era la persona más indicada para este elevado cargo: su integridad, su ciencia, su lucidez ante situaciones delicadas, su coraje en los sufrimientos, su fidelidad a la Santa Sede, su profunda piedad, su exquisito sentido de la amistad, su desprendimiento de las riquezas y su caridad lo hacían el preferido de todos. Gregorio VII y Hugo de Die, su legado, habían podido comprobar su integridad en aquella época de simonía, y habían manifestado públicamente la estima que le profesaban.

¿Quién podría oponerse a esta elección tan anhelada de todos, tan deseada no sólo para el bien de la iglesia de Reims, sino para el bien de toda la iglesia de Francia?

¿Quien? Nadie, ciertamente.

Nadie, excepto Dios, que había dejado oír en el corazón de Bruno la llamada a una vida más perfecta... No habría de ser en la iglesia de Reims, ni en la iglesia de Francia, sino más profundamente, en el corazón mismo de la Iglesia, donde Bruno daría el testimonio de un puro amor de Dios.

Capítulo IV

Del jardín de la casa de Adam a Sèche-Fontaine

Allá por las calendas de 1099-1101, es decir, unos veinte años después de la época de que ahora tratamos, Bruno escribía a su amigo Raúl le Verd, deán del Cabildo de Reims, una carta que nos da preciosas luces sobre su vocación personal:

«¿Te acuerdas, amigo mío, del día en que estábamos juntos tú y yo con Fulcuyo le Borgne, en el jardincillo contiguo a la casa de Adam, donde entonces me hospedaba? Hablamos, según creo, un buen rato de los falsos atractivos del mundo y de sus riquezas perecederas, y también de las delicias inefables de la gloria eterna. Entonces, ardiendo en amor divino, hicimos una promesa, un voto, dispuestos a abandonar en breve las sombras fugaces del siglo para consagrarnos a la búsqueda de los bienes eternos, y recibir el hábito monástico. Lo hubiéramos cumplido en seguida si Fulcuyo no hubiera partido a Roma, para cuya vuelta aplazamos el cumplimiento de nuestras promesas. Mas, por prolongarse su estancia y por otros motivos, se resfriaron los ánimos y se desvaneció nuestro fervor».

El valor de este relato es tanto mayor, cuanto que los documentos ciertos sobre la vida de San Bruno son muy raros. Aquí tenemos un testimonio innegable sobre uno de los momentos más decisivos de la orientación espiritual de nuestro santo. Más adelante tendremos frecuentes ocasiones de apreciar lo que nos revela esta confidencia y, en general, la Carta¹ a Raúl le Verd. Pero antes reflexionemos sobre lo que no nos dice.

En primer lugar, Bruno no nos indica nada que permita fijar la fecha de esta conversación. «*El jardincillo contiguo a la casa de Adam*» nos evoca, sin duda, el ambiente de las casas de los canónigos de Reims. La conversación habría podido tenerse o antes del destierro de los canónigos en el castillo del conde Ebal, o después de su vuelta. ¿Antes? Es poco verosímil. ¿Qué le hubiera impedido entonces a Bruno realizar su plan? ¿Después? Nada decisivo descarta esta hipótesis.

El texto contiene una frase a la vez significativa y misteriosa. En aquella ocasión, Bruno era un «*huésped*» en casa de Adam, «*ubi tunc hospitabar*». Y un

huésped ya instalado, no de simple visita. En efecto, Adam no asiste a la conversión, y Bruno recibe libremente a sus dos amigos, uno de los cuales, Fulcuyo, podría ser el propio hermano de Adam⁴⁸. Todas estas circunstancias parecen indicar que la conversación no se tuvo en Reims, sino en un lugar donde, por motivos desconocidos -descanso, viaje o destierro-Bruno estaba hospedado.

Sería, pues, imprudente fijar con demasiada precisión la fecha de este subido coloquio espiritual entre Bruno, Raúl le Verd y Fulcuyo le Borgne. Lo único que podemos afirmar es que las circunstancias eran tales que, de no haber mediado el viaje de Fulcuyo a Roma, los tres amigos hubieran renunciado al mundo «in vicino», es decir, muy poco después de su encuentro en casa de Adam.

Esta incertidumbre de fechas, aunque no debilita en nada el valor intrínseco del documento, presenta, sin embargo, algunos inconvenientes para el biógrafo que quisiera captar en esta decisión la psicología profunda de Bruno, percibir sus motivaciones, y como registrar el movimiento de la gracia en él. Evidentemente, esta conversación de los tres amigos, y en especial de Bruno, que trata de «*los falsos atractivos del mundo, de sus riquezas perecederas, de los goces de la vida eterna, de las sombras fugaces del siglo y los bienes eternos*», con su promesa, su voto y su decisión de hacerse monjes, no tiene la misma importancia para nosotros, que intentamos medir las disposiciones de su alma a través de estas palabras, si los tres amigos gozaban todavía apaciblemente en Reims de sus fortunas y prebendas canonicas, que si estaban en el exilio, privados de sus cargos y de sus bienes, o si, finalmente, los habían recuperado ya después de la caída de Manasés.

En cuanto a Bruno, podemos precisar más la cuestión: ¿era entonces canciller y maestrescuela de Reims?; ¿o estaba en oposición declarada al arzobispo prevaricador, con el deán y algunos canónigos, o sólo con Ponce?; ¿o estaba ya en vísperas de ser elegido arzobispo? Según la respuesta que se dé a estas cuestiones, la conversación en el jardincillo de la casa de Adam cobra matices muy distintos. La conversación y también la historia. Pero desgraciadamente tenemos que contentarnos con los datos objetivos de nuestro texto, renunciando a fijar la fecha de la conversación⁴⁹.

⁴⁸ Sobre Fulcuyo ver *Lettres des premiers Chartreux*, 1 Ap. III, pp. 249 – 250.

⁴⁹ Muchos biógrafos de San Bruno relacionan su vocación con un suceso que habría ocurrido en París, en presencia del mismo Bruno, todavía estudiante: un Doctor de la Universidad, que algunos han dado en llamar Raimundo Diocrès, durante el oficio de su sepultura, se habría levantado de su féretro,

Por repentina que nos parezca esta triple vocación: «*Entonces, ardiendo en amor divino, prometimos, hicimos voto y decidimos abandonar en breve...*», no podemos pensar que tomaran una decisión tan grave, confirmada por un voto, sin haberlo pesado y madurado antes delante del Señor, al menos por lo que toca a Bruno, cuyo equilibrio, prudencia y moderación nos son bien conocidos. En ese caso, hubiera sido necesaria, tanto para él como para sus dos amigos, una moción verdaderamente excepcional de la gracia. Esto, evidentemente, no es imposible; pero de haber ocurrido así, el relato lo hubiera reflejado de algún modo.

Sea lo que fuere, la conversación narrada por Bruno es un momento cumbre en la historia de su vocación, uno de esos momentos de altura y plenitud, una de esas horas a partir de las cuales se puede contemplar el panorama interior del alma distinguiendo los distintos niveles.

Este momento para Bruno y sus dos compañeros es un momento de «fuego». «*Divino amore ferventes -ardiendo en amor divino*», los tres hombres se comprometen a dejarlo todo para «*tratar de conseguir los bienes eternos- aeterna captare*». Pero Bruno no responde a este fervor sin que su alma se haya preparado para ello bajo la acción de la gracia divina. Aun en el supuesto, muy poco probable, de que la conversación en el jardín de Adam se hubiera tenido antes de que el grupo de canónigos «inconformistas» se hubiera refugiado en el castillo del conde Ebal, no podríamos razonablemente pretender que su fecha se remontase más allá de 1076. Ahora bien, en esta época, toda la vida de Bruno aparecía claramente orientada hacia una búsqueda absoluta de Dios. Ante las distintas opciones graves de su vida, se había decidido plenamente por Dios, con una intransigencia e intensidad significativas. Había consagrado los años de su juventud y madurez al estudio personal y luego a la enseñanza de los Libros Santos. No sólo se hizo clérigo, sino que había aceptado el canonicato en la forma usual en la catedral de Reims entonces, y en este cargo había manifestado virtudes cuyo testimonio nos ha llegado a través de los Títulos Fúnebres, ya que muchos de estos Títulos proceden de personas o corporaciones que sólo habían conocido a Bruno antes de su partida para Sèche-Fontaine. De tales elogios se puede sacar, aun teniendo en cuenta las piadosas exageraciones de la hagiografía, un retrato con rasgos puros y bien marcados.

declarándose condenado. -Esta anécdota, a pesar de que la apoyan varios autores célebres (entre ellos Lesueur en su famosa galería de 22 cuadros sobre la vida de San Bruno) hay que considerarla como totalmente ajena a la vida del santo.

Toda su personalidad se manifiesta claramente en un contraste: Bruno era un «doctor» eminente y, sin embargo, era muy bueno, prudente, sencillo, honrado.

Del «Maestro» ya hemos hablado. Casi todos los Títulos lo celebran: «*doctor de doctores*» es una expresión varias veces repetida; también se le llama «*decus magistrorum*», gloria de los que enseñan. A veces el elogio adquiere una forma un tanto audaz: «*docto salmista y el más ilustre de los filósofos*». La gloria de Platón se esfuma cuando se habla de Bruno. No sólo aventajaba a todos los profesores, sino que «*formaba doctores, sin contentarse con medianías; fue maestro de maestros*». «*Era la luz y el camino que conduce a las cumbres de la sabiduría*», «*modelo de toda verdad*». Esta idea de verdad aparece repetidas veces: Bruno era la «*norma veri dogmatis*», de doctrina segura dentro de la verdad del dogma. Su palabra llegaba todavía más al corazón que a la mente; tenía brillantez en sus discursos, «*splendor sermonis*» y era «*la luz de la religión*». «*A tantas personas hizo sabias -dice uno de los Títulos- que mi espíritu se siente incapaz de enumerarlas y mi pluma se calla*».

Pero tanta ciencia, tanto éxito y tanta gloria contrasta con el carácter de Bruno. En primer lugar, por su extraordinaria bondad. La palabra «*bonus*» se repite como un estribillo en estos poemas dedicados a su memoria. «*Bonus*» es casi un sobrenombre: «*dictus Bruno bonus*». Su alegría se centra en la amistad; gusta de ser amado: «*se cupiebat amatum*». En otra parte hemos citado el magnífico testimonio de fidelidad de Maynard de Cormery.

A la bondad se añade la prudencia. «*Prudens*», «*prudentia*» son palabras que califican realmente a Bruno. Prudencia en las palabras confiriéndoles un acento que llena de admiración: «*Floruit in mundo vir prudens ore profundo*». Prudencia en los consejos, prudencia en su conducta, creando en torno suyo una especie de clima espiritual muy elevado: «*informatio morum*», «*decus et prudentia mundi*», «*integritas morum*». Todo ello le daba una especie de primacía en la ciudad de Reims: «*maior in urbe*». Y todo esto con una impresionante sencillez: «*hombre sencillo*», «*sencillo como una paloma*». Se podrían espigar muchas expresiones parecidas en los *Títulos Fúnebres*. Esta sencillez de alma se manifiesta en toda su vida, sobre todo en el momento de su partida de Reims. Entonces da especiales pruebas de desprendimiento y desinterés: «*calicator opum*»; así le consideran los que le conocieron en aquel momento, por haber pisoteado tantas

riquezas y honores. La admiración creó con este motivo expresiones poéticas intraducibles: «*Pauper Bruno factus iter, quorum fuit ante magister*».

El último rasgo que parece haber impresionado a los que conocieron a Bruno, tanto en Reims como en el castillo del conde Ebal, es su «*honradez*». La expresión latina tiene un significado más amplio y rico que la española. Bruno es «*vir egregiae probitatis*», hombre honrado a carta cabal. Jamás se le ha cogido en falta en este punto. Por ello Bruno ha adquirido una fama de integridad, rectitud y equilibrio, de fidelidad y lealtad, que ninguna prueba, ni siquiera su conflicto con Manases, ha logrado poner en duda. «*Ningún contratiempo perturbó su igualdad de ánimo; siempre se mantuvo a una altura digna de sí*». Era realmente «*el justo de Dios*».

Este equilibrio entre su celebridad de doctor y su vida moral es indudablemente el fruto de su fe. Una fe viva que le llena de amor de Dios, una piedad en el sentido más puro de esta palabra. «*Purae pietatis amator*». «*Ipse pius, simplex, plenus Deitatis amore, impiger et mundus fuit, omni dignus amore*». Domina a su tiempo; es el hombre según Dios, porque está por encima de las cosas del mundo, unido a su Creador: «*Exit ex mundo vir, mundi spector, ad illum qui mundum fecit*». Todo este sentimiento de admiración se resume en una frase: fue una gloria de todo el clero, «*totius clero decus*».

Evidentemente, hay que descontar en estos elogios lo que tengan de artificio literario y amplificación poética. Pero si leemos despacio una y otra vez los 178 Títulos Fúnebres no podremos menos de notar una tónica y sobre todo unas dominantes que se imponen. Tanto más, cuanto que los más conmovedores de estos Títulos son precisamente los que no han utilizado la forma poética y dicen simplemente en prosa lo que quieren decir.

Con estos testimonios, se comprende el influjo espiritual que ejercía Bruno sobre sus discípulos. No era sólo su erudición o la profundidad de su pensamiento lo que atraía a la juventud de Reims a su cátedra, o lo que le ganaba la amistad de tantos contemporáneos suyos, sino su vida y su persona. Lo que se esperaba de Bruno era esa «*ciencia que se convierte en amor*».

Con una frase muy sencilla, pero rica y significativa si se tiene en cuenta la sequedad de Hugo de Die, el legado expresaba las cualidades, el carisma, podríamos decir, o gracia particular de Bruno: «*Dominum Brunonem... in omni honestate magistrum*». Que se podría traducir: «*El señor Bruno es maestro en todo lo*

que honra al hombre en el hombre». O también: «es un maestro en todo lo que los hombres alaban en un hombre».

Estas cualidades de Bruno, que se habían ya revelado en toda su conducta durante el episcopado de Gervasio, adquirieron evidentemente mayor relieve, por contraste podríamos decir, cuando Manasés hubo ocupado la sede de Reims. Junto al prelado simoníaco y prevaricador, Bruno «*honrado a carta cabal*» resaltaba más, ya que el mismo deán de los canónigos, Manasés, no estaba limpio de simonía y se había acusado públicamente de ella. Bruno no podía menos de tener conciencia de la situación en que se encontraba, muy a pesar suyo, comprometido. Sufriría profundamente, tanto por su amor a la pobreza, por su caridad, justicia y honradez, como por su amor a la Iglesia.

La miseria moral de un Manasés I, esa carencia de espíritu evangélico en un arzobispo responsable de una de las iglesias más importantes de Francia, no podía menos de provocar en el puro e intransigente Bruno una de estas dos reacciones: la resistencia o la elevación hacia una vida más pura. Primero escogió la lucha; pero cuando se terminó la batalla y las cosas volvieron a su curso casi normal, ¿esta experiencia de la mediocridad humana no incitaría a Bruno a buscar en la soledad, con algunos amigos escogidos, la pureza del cristianismo? Si se coloca uno en las condiciones concretas de la Iglesia del siglo XI, la respuesta es clara: La soledad atraía entonces a las almas más exigentes. Digo «la soledad», sin precisar necesariamente la forma en que había que vivirla.

El verse obligado a salir de Reims y refugiarse en las tierras del conde Ebal, los nuevos abusos del arzobispo Manasés y sus astucias para retardar el golpe que le amenazaba, todo aquel juego de intrigas debió confirmar más y más a Bruno en sus sentimientos. A medida que se agravaba la situación, se sentía más obligado a continuar la lucha y más atraído a la soledad. Este desgarramiento íntimo alcanzó sin duda su paroxismo a fines de 1079, cuando el deán Manasés aceptó unas componendas con el arzobispo, arrastrando tras de sí a todos los canónigos desterrados, salvo a Bruno y a Ponce, según nos lo dice la Apología. ¡Seguir solo con Ponce en el destierro, resistiendo al arzobispo, cuando éste parecía reconciliado con Roma y por tanto, vencedor de sus contradictores...! ¡Qué caso de conciencia!

Pero Bruno es demasiado clarividente para caer en la trampa del arzobispo, y al mismo tiempo demasiado honrado para aceptar nada que se pareciera a un compromiso, menos aún a una componenda... Se negó. Y lo hizo

arriesgándose a perder definitivamente sus bienes, sus amigos, sus discípulos, su iglesia y quizá también la estima del Papa. Decisión radical, absoluta, que hemos de sopesar bien si queremos calibrar el corazón de Bruno. Atreverse a enfrentarse solo, con un prelado que había conseguido justificarse en Roma ante el Papa y que ahora le tendía una mano al parecer sincera, invitándole a la reconciliación, era demostrar un amor excepcional a la verdad, a la justicia, a la rectitud. Este es un hombre a quien *“sólo Dios basta”*. La soledad no será para él un destierro, sino la plenitud de la fe viva y de la caridad. *«De su desierto hará el Señor un vergel, y de su soledad un paraíso, donde habrá gozo y alegría, acción de gracias y cantos de alabanza»* (Is. 51, 3).

Conociendo el carácter y la virtud de Bruno, quizá no le costaría tanto renunciar un día a la sede de Reims, como romper con el arzobispo que salía vencedor. De todos modos, el problema se planteaba en su conciencia en otros términos. Había luchado por la justicia y la verdad. Una vez expulsado Manasés de Reims, la lucha había terminado para él. Ahora que las circunstancias eran favorables, tenía que cumplir el voto que había hecho en el jardín de Adam y partir para una nueva soledad, la soledad monástica, más exactamente, la soledad del desierto⁵⁰.

¿Cómo dejó Reims? La historia lo ignora. Algunos biógrafos dicen que para evitar el episcopado debió «huir» secretamente de la ciudad⁵¹. Otros (desgraciadamente su afirmación parece gratuita) le presentan distribuyendo todos sus bienes a los pobres antes de partir, y le hacen despedirse del clero y del pueblo de Reims con un magnífico sermón. *«Comentó el lema que había adoptado: Tensando en la eternidad, huí lejos y permanecí en la soledad»*. Habló con tanta fuerza, unción y autoridad, y la impresión que produjo fue tan viva y profunda que algunos de sus oyentes se mostraron dispuestos a seguirle. La historia cita entre otros a Pedro de Béthune y a Lamberto de Bourgogne, que reemplazarían así a Fulcuyo y a Raúl le Verd⁵².

⁵⁰ Desgraciadamente, ante la negativa del santo, la sede de Reims habría de ser de nuevo “comprada” por dinero al rey de Francia por Hélinand, obispo de Laon, que tuvo que volver a su antiguo obispado. Le sucedió Renaud de Belley, tesorero de San Martín de Torus, que tuvo por sucesor al antiguo deán Manasés.

⁵¹ Guibert de Nogent. *De vita sua*. L. 1, cap. X.

⁵² Berseaux. *La Chartreuse de Bosserville*, p. 57. -El texto citado se encuentra en el salmo 55, “Llamadas de un perseguido”. Si la anécdota es auténtica, la elección de este texto por parte de Bruno sería muy significativa, porque se le pueden aplicar varios pasajes del salmo. “¡Quién me diera alas como de

Sí es cierto que al renunciar a la sede arzobispal de Reims que le ofrecían y al escoger la soledad y «*los bienes eternos*», Bruno obraba con pleno conocimiento de causa. Tenía experiencia de lo que dejaba, ¡y qué experiencia! Indudablemente, esta grave crisis de Reims se perfilará más tarde en el trasfondo de aquellas advertencias, en apariencia demasiado severas, que dirigirá a Raúl le Verd: «*No te detengan las falsas riquezas, que no pueden remediar nuestra miseria, ni tampoco tu dignidad de deán, que no puede ejercerse sin gran peligro para el alma, Porque, permíteme que te lo diga, sería una acción tan odiosa como injusta convertir en tu propio uso bienes ajenos, de los que eres simple administrador, no propietario. Y si el deseo de brillo y gloria te lleva a mantener un gran tren de vida, ¿no te verás obligado a robar de algún modo a unos lo que pagues a otros, cuando no te basten los bienes propios?*» Toda la historia del episcopado de Manasés I se trasluce aún en estos consejos, y en cierto sentido, la historia de una gran parte de la Iglesia de aquel tiempo.

¿Cuál era exactamente la intención de Bruno, cuando con sus dos compañeros hizo su voto en el jardín de la casa de Adam, o cuando más tarde abandonó Reims? ¿Qué forma de vida había decidido adoptar? ¿Tenía ya un plan concreto? Para aclarar esta cuestión sólo tenemos la Carta a Raúl le Verd, escrita más de diez años después de la fundación de «Chartreuse»: «*Nos dispusimos -dice- a abandonar las sombras fugaces del siglo para tratar de conseguir los bienes eternos, vistiendo el hábito monástico*». Si tenemos en cuenta que esta última expresión sólo significaba entonces «*abrazar la vida monástica*», sin precisar si había de ser en su forma cenobítica o eremítica, la Carta a Raúl le Verd sólo nos señala dos puntos claros en la intención de Bruno y de sus compañeros: su determinación de huir de las vanidades del mundo consagrándose a la conquista de lo eterno, y su voluntad de apartarse de toda ocupación y relación secular para darse únicamente a la vida divina de la gracia.

Hubiéramos deseado conocer, ciertamente, si ya desde su partida de Reims, o mejor todavía, desde su conversación en el jardín de Adam, Bruno había precisado el estilo de vida que después seguiría en «Chartreuse». Esta certeza nos daría muchas luces sobre la etapa «Sèche-Fontaine» en su camino hacia «Chartreuse», de la que hablaremos enseguida. Pero hemos de contentarnos con lo que tenemos: los documentos de Sèche-Fontaine nos darán

paloma! Volaría a un lugar de reposo, huiría lejos y moraría en el desierto...” Pero la autenticidad del texto parece muy dudosa.

luz sobre su plan. Sin embargo, estamos ciertos de un hecho: Bruno no escogerá una forma de vida que le deje en contacto con «*las sombras fugaces del siglo*» y cuyas obligaciones le aparten de la «*consecución de los bienes eternos*». En la sobriedad de estas dos expresiones hay una intransigencia, un deseo de lo absoluto, que elimina de su plan todo cuanto pudiera comprometer la pureza de la vida monástica.

Es una fecha que no podemos precisar exactamente, pero que se sitúa entre 1081 y 1083, Bruno abandonó Reims en compañía de Pedro y Lamberto. Bajaron hacia el Sur, en dirección de Troyes. Allí, a unos 150 kilómetros de Reims y unos cuarenta al Sudeste de Troyes, en Molesmes, existía desde 1075 una abadía cuyo abad, Roberto, tenía gran reputación de sabiduría y santidad. Roberto había reagrupado a su alrededor a algunos eremitas del bosque Collan, cerca de Tonnerre, y los había formado en la vida benedictina. La abadía era pobre. En 1083 fue necesario que el obispo y señor de Langres hiciera un llamamiento a sus vasallos para salvar a Molesmes de su miseria. Esta pobreza favorecía el fervor de los monjes.

Cuando Bruno, Pedro y Lamberto acudieron a Roberto, acababan de regalar a la abadía de Molesmes la finca de Sèche-Fontaine, que no utilizaban. Estaba a unos ocho kilómetros de Molesmes. Lo suficientemente lejos para que sus habitantes se consideraran muy distintos de los benedictinos de Molesmes, y lo suficientemente cerca para que las relaciones fueran fáciles con la abadía y sobre todo con su santo abad. Además, ¿no era a propósito para la vida eremítica el bosque que rodeaba a Sèche-Fontaine? Ya en muchos rincones de él se habían establecido ermitaños solos o en grupos. Sèche-Fontaine, pues, fue el lugar donde, con la aprobación de Roberto, se instaló Bruno con sus compañeros. Allí vivieron vida eremítica, «*heremitice vixerant*», dice una de las dos cartas de Molesmes que relatan los comienzos de Sèche-Fontaine⁵³.

¿Cuánto tiempo duró esta fase de la vida de Bruno? Un año como mínimo y tres como máximo, según la fecha de la salida de Reims. Suficiente tiempo en

⁵³ Existen dos cartas antiguas que se refieren a la estancia de Bruno en Sèche – Fontaine. Una fue descubierta por Mabillon, la otra se debe a un hallazgo del P. de Tracy. Todavía hoy se conservan en los archivos de la Côte d'Or de Dijon. La primera es de comienzos del siglo XII. La segunda, que es más una crónica original que una carta propiamente dicha, data de fines del siglo XI. Nuestros conocimientos ciertos sobre la estancia de Bruno en Sèche-Fontaine, como ermitaño y no como simple monje benedictino, se basan en un examen detallado de estos documentos.

cualquier caso para que otros discípulos se les reuniesen, y también para que las relaciones espirituales y temporales con la abadía de Molesmes se les presentaran bajo una nueva modalidad. En efecto, Molesmes iba en aumento, ya porque la abadía, magníficamente regida por Roberto, fascinaba a los ermitaños establecidos en los bosques de los alrededores y acababa por absorberlos, ya porque fundaba nuevos prioratos en sus cercanías para dar cabida a sus abundantes vocaciones.

Inevitablemente tenía que llegar el día en que Molesmes, por la expansión de su crecimiento, pondría a los ermitaños de Sèche-Fontaine ante la alternativa de elegir entre la vida cenobítica uniéndose a la abadía, o la vida eremítica. La opción no tardó en presentarse; los ermitaños, a los que se habían unido algunos discípulos, se dividieron según sus distintas vocaciones. Pedro y Lamberto escogieron Molesmes, siguiendo en Sèche-Fontaine. Allí construyeron, según el plan de los prioratos benedictinos, una iglesia que sería consagrada solemnemente por el obispo de Langres en 1086, y otros edificios para la vida de la comunidad⁵⁴. Decisión libre, prudente, tomada bajo el impulso del Espíritu Santo y conforme a un proceso de evolución corriente en aquella época. Este tránsito del eremitismo al cenobitismo, y viceversa, no era entonces raro.

Pero Bruno lleva en sí otro ideal de vida religiosa: se siente impulsado por el Espíritu de Dios al «desierto», y escoge el eremitismo. Así vemos cómo, acompañado indudablemente de algunos compañeros, deja Sèche-Fontaine y va en busca de un lugar apropiado para la realización de su proyecto. Esta separación se hizo en un clima de sinceridad y caridad. Roberto y Bruno no dejaron nunca de profesarse una profunda estima mutua⁵⁵. Cuando muera Bruno en Calabria, el «*rollero*» o encargado de pedir sufragios y recoger datos entre los conocidos del difunto, pasará por Molesmes, donde tributarán al antiguo

⁵⁴ ¿Qué fue de Pedro y Lamberto? Se han sostenido dos hipótesis. Según la primera, los dos discípulos se reunieron más tarde con Bruno: Pedro sería ese Pierre de Béthune que fue el tercer Prior de Chartreuse (1100-1101), Lamberto llegaría a ser en Calabria el tercer “Magister eremi” (+ 1124). -Según la segunda hipótesis, Pedro habría llegado a ser abad de los canónigos regulares de Saint-Jean-de-Vignes, cerca de Soissons; Lamberto, abad de Pouthières, en la diócesis de Langres. En el estado actual de las investigaciones, no se puede decidir nada sobre estas dos hipótesis, ni, con mayor razón, quedarse con una eliminando la otra.

⁵⁵ Algunos **títulos fúnebres** declaran que Bruno fue primero “monje” y después “ermitaño”. De esta primera expresión se ha querido concluir que primero fue Benedictino en Molesmes y luego eremita en Chartreuse y Calabria. Semejante interpretación es errónea. La palabra “monje” lo mismo podía significar entonces eremita que cenobita. Los títulos indican solamente que Bruno permaneció algún tiempo en Sèche-Fontaine y que luego se fue a Chartreuse para lograr allí una soledad más apartada y profunda.

ermitaño de Sèche-Fontaine un cálido elogio. En el Título Fúnebre (n.º 40) que le dedicaron, los monjes negros llamaron a Bruno «*familiarissimus noster*», «*nuestro muy íntimo amigo*». Quizá no sea temerario ver a través de ese superlativo la mano del mismo Roberto. Es verdad que éste había salido de Molesmes en 1098 para fundar Citeaux, pero había vuelto a Molesmes en 1099, y allí permanecería hasta su muerte en 1110 ó 1111⁵⁶. Como Bruno murió en 1101, Roberto estaba allí cuando se consignó en el rollo fúnebre el testimonio de la gran amistad de Molesmes con nuestro santo.

Sea como fuere, la nueva partida de Bruno, su salida de Sèche-Fontaine, nos da una luz especial sobre su vocación. Como monje, no se siente llamado a la vida cenobítica. Quiere la soledad, a solas con el Solo, a solas con Dios. Este es el auténtico llamamiento del Espíritu Santo en su alma y en su vida.

De nuevo emprendió la ruta del Sur y se dirigió hacia Grenoble y los Alpes, a más de 300 kilómetros. Se ignora el porqué de esta elección⁵⁷. Lo único que podríamos proponer con alguna probabilidad es que el obispo Hugo de Grenoble y Bruno, sin haberse tratado nunca personalmente, se conocían y estimaban. Hugo se encontraba al lado de Hugo de Die, el legado del Papa, en el concilio de Lyon, donde fue juzgado y depuesto el arzobispo Manases de Reims, a principios de 1080, y el nombre de Bruno debió de ser pronunciado muy a menudo delante del joven obispo de Grenoble. Por otra parte, Bruno, que seguía muy atentamente todo lo que se refería a la acción del legado Hugo de Die, tuvo

⁵⁶ La vida de San Roberto en Molesmes es un símbolo del fervor y de las dificultades del monaquismo del siglo XI. Nacido en 1028 ó 1029, Roberto entro a los quince años en la abadía benedictina de Moutier-la-Celle, cerca de Troyes. Después de 1068 fue elegido abad de Saint-Michel-de-Tonnerre, diócesis de Langres. En 1071, cuando más tarde, volvió a Moutier-la-Celle. En seguida fue nombrado prior de Sanint-Ayoul-de-Provins. Pero los ermitaños del bosque de Collan, queriendo pasarse al cenobitismo, le eligieron por abad, con la aprobación del Papa. Con ellos Roberto fundó Molesmes, el 20 de diciembre de 1075. Después de 1084, Roberto, inquieto por las crecientes riquezas de Molesmes, se retiró con algunos religiosos a una soledad cercana; después de algún tiempo, Molesmes le llamó. Finalmente en 1098, veintiún monjes deseosos, como Roberto, de vivir más estrictamente la Regla de San Benito, se separaron de nuevo de Molesmes y fundaron Citeaux. En 1099, Roberto es reclamado por Molesmes, muriendo allí en 1111.

⁵⁷ Algunos autores han atribuido a la influencia de Seguin, abad de Chaise-Dieu, la decisión de Bruno de ir a Grenoble. Hace mucho tiempo que esta hipótesis está reconocida como errónea. -Queda por rechazar otra leyenda según la cual Hugo habría sido discípulo de Bruno en Reims. Cuando Bruno estudiaba en Reims, Hugo no había nacido aún; y cuando Bruno fue nombrado maestrescuela de Reims, Hugo solo tenía cinco años (había nacido en 1052). En rigor, habría podido ser su discípulo hacia en fin de su profesorado. Pero si fue así, ¿Cómo explicar que Guigo en su **Vida de Hugo** no dijera nada? Por otra parte, la manera como se ha extendido esa hipótesis la hace muy sospechosa.

que oír hablar de Hugo de Grenoble y de la valiente lucha entablada por el joven obispo en su diócesis para reformarla según las directrices de Gregorio VII y de su legado. Guigo, con su habitual concisión, nos da indudablemente el motivo que impulsó a Bruno a buscar un lugar solitario en los bosques del Delfinado: «*Suavi sanctae conversationis eius odore trahente (ad virum sanctum Hugonem) venerunt (Bruno et socii eius)... Bajo el suave impulso que ejercía sobre ellos el deseo de vivir junto al santo obispo Hugo de Grenoble, Bruno y sus compañeros acudieron a él*».

A primeros de junio de 1084, Bruno y sus seis compañeros llegaban a Grenoble, comenzando así una maravillosa y misteriosa aventura...

Capítulo V

El desierto de Chartreuse

«Este yermo, cuyos límites acabamos de consignar, comenzaron a habitarlo maestro Bruno y sus compañeros, y a construir sus edificios, el año 1084 de la Encarnación del Señor, 4º del episcopado de Mons. Hugo de Grenoble⁵⁸». El estudio crítico de los documentos sitúa esta toma de posesión hacia la fiesta de San Juan Bautista, es decir, en la segunda mitad del mes de junio. Es, por lo demás, la época que imponían las condiciones del clima.

Guigo, en su *Vida de San Hugo de Grenoble*, cuenta la llegada de Bruno y sus compañeros en un relato demasiado sobrio para nuestro gusto, peor muy preciso: «Encabezaba el grupo Maestro Bruno, célebre por su fervor religioso y su ciencia, modelo perfecto de honradez, de gravedad y de plena madurez. Le acompañaban Maestro Landuino (que sucedió a Bruno como Prior de Chartreuse), Esteban de Bourg y Esteban de Die (antiguos canónigos de San Rufo que, por amor a la vida solitaria y con el consentimiento de su abad, se habían unido a Bruno) juntamente con Hugo, llamado el capellán, porque sólo él desempeñaba las funciones sacerdotales⁵⁹; también iban dos laicos, hoy diríamos conversos, Andrés y Guerin. Andaban en busca de un lugar a propósito para la vida eremítica y no lo habían encontrado aún. Con la esperanza de hallarlo y deseosos también de gustar de la santa intimidad de Hugo, le vinieron a ver. Este los recibió no sólo con gozo, sino con verdadera veneración, ocupándose de ellos y ayudándolos a cumplir su voto. Y gracias a sus consejos personales, a su apoyo y a su dirección entraron en la soledad de Chartreuse y se instalaron allí. Por

⁵⁸ Carta de la fundación de la Grande Chartreuse, promulgada oficialmente por el obispo Hugo en el sínodo del 9 de diciembre de 1085, en Grenoble. Cf. Bernard Bigny: **Recueil des plus anciens actes de la Grande Chartreuse** (1086 - 1196). Grenoble, Allier. 1958.

⁵⁹ Estas palabras “eo quod solus ex eis sacerdotis fungeretur officio” han hecho correr mucha tinta. ¿Significan que Hugo era el único sacerdote del grupo, o simplemente que estaba encargado de desempeñar para la Comunidad las funciones sacerdotales? No es posible dar una solución tajante a la cuestión. En lo que respecta a Bruno, destaquemos que aunque no hubiera sido sacerdote en junio de 1084, pudo serlo después. Absteniéndose de juzgar este problema tan oscuro, señalemos un hecho cierto: en el capítulo XV de las **Costumbres** se lee este párrafo sobre la elección de un nuevo Prior: “El cuarto día... los monjes se reunirán en Capítulo y, con el consejo de los más dignos y antiguos, elegirán a uno de ellos que sea sacerdote o haya de ser promovido al sacerdocio.”

aquellos días había visto Hugo en sueños que el Señor se construía en esa soledad una casa para su gloria y que siete estrellas le mostraban el camino. Y siete eran precisamente Bruno y sus compañeros⁶⁰. Así, acogió con benevolencia no sólo los proyectos de este primer grupo de fundadores, sino también los de los que les sucedieron, favoreciendo siempre, mientras vivió, a los eremitaños de Chartreuse con sus consejos y generosos favores».

Este texto, confesémoslo, no satisface plenamente nuestra curiosidad; nos deja en la incertidumbre sobre varios puntos que nos interesan. En especial, no nos dice nada sobre si los compañeros de Bruno venían con él de Sèche-Fontaine, hipótesis que nos parece la más probable, pues la idea de un eremitorio estrictamente solitario es totalmente ajena al ideal religioso de Bruno. Sin embargo, quizá se juntara alguno que otro al grupo durante el camino. Es posible, por ejemplo, que los dos canónigos de San Rufo no conocieran a Bruno hasta el día en que éste hizo una parada en el priorato sanrufiano de la cuesta Saint-André, camino de Sèche-Fontaine a Grenoble. Pero, a pesar de estos silencios, el texto de Guigo nos resulta de un valor extraordinario.

En él vemos confirmado que Bruno, cuando llegó a Grenoble, no tenía ninguna idea preconcebida sobre el lugar donde implantaría su eremitorio. Sólo *«andaba en busca de un sitio a propósito para la vida eremítica»*. Anda en busca; su idea de la vida eremítica es clara, pero no sabe dónde realizarla. *«Espera»* encontrar ese sitio en la diócesis de Hugo, donde abundan las montañas, pero no está seguro de ello. En cambio, está convencido de que encontrará en Hugo a un hombre verdaderamente de Dios, que comprenderá su proyecto y cuyo trato y conversación, como los de Roberto de Molesmes, estimularán su fervor.

Si, finalmente, Bruno y sus compañeros se instalan en el desierto de Chartreuse, no es porque ellos mismos hayan escogido tal lugar: Dios mismo se lo señaló por mediación de su intérprete, el obispo Hugo. En efecto, el sueño profético de Hugo resiste los análisis críticos más exigentes. Guigo es aquí un testigo de primera mano, ya que fue durante veintiséis años el amigo y confidente de Hugo de Grenoble. Su fuente de información fue el obispo mismo, sin

⁶⁰ En los comienzos de la Orden (Cartujana), solo se empleaba una Cruz como emblema en los sellos de la Gran Cartuja. El globo coronado por la Cruz apareció en el siglo XIII. Las estrellas no empezaron a aparecer en los sellos o esculturas, encima del globo con la Cruz, hasta el siglo XVII no se generalizaron, ni tampoco fueron muy frecuentes antes del siglo XVIII. En cuanto a la divisa: **Stat Crux volvitur orbis**, la hallamos por primera vez hacia 1600..., siendo poco empleada antes del siglo XIX. **La Grande Chartreuse par un Chartreux**, 10 ed. P. 36.

intermediarios. Por otra parte, Guigo se presenta al historiador como el tipo acabado del testigo crítico y sincero. Su franqueza está fuera de duda. Siempre se muestra mesurado y prudente. Ante los milagros mantiene una rigurosa reserva. Esta *Vida de S. Hugo*, que compuso a petición expresa del Papa Inocencio II, está precisamente escrita como una santa vida sin milagros. Si relata el sueño de las siete estrellas, es que no pudo menos de creerlo. Los únicos que pueden rechazarlo son los que a priori declaran imposible todo fenómeno de la mística excepcional. El curso de los acontecimientos y toda la historia espiritual de la Orden de los Cartujos, dan fe del importante papel que ha desempeñado el emplazamiento de Chartreuse sobre el estilo mismo de la vida cartujana. Entre este paraje y esta vida se estableció una correlación profunda y decisiva.

Hemos seguido ya al pequeño grupo que, una mañana de junio de 1084, salió de la residencia del obispo de Grenoble y se dirigió por el camino del Sappey y del Col de Portes hacia Saint-Pierre de Chartreuse. Le hemos visto franquear «la Cluse» a la entrada del desierto y penetrar hasta lo más profundo del estrecho valle de Chartreuse⁶¹. ¿Fue la presencia de una o varias fuentes lo que incitó a Bruno y a sus compañeros a ir hasta el fondo de la garganta? ¿Hizo Bruno brotar la fuente, como han pretendido algunos, allí donde pensaba instalarse? Ni lo uno ni lo otro, probablemente. Fuentes había muchas otras y más abundantes en el valle, por ejemplo, la abundantísima de Mauvernay, que determinó a Guigo para el emplazamiento de la Gran Cartuja actual. En cuanto al milagro de la fuente, forma parte del folklore de la santidad; ningún documento lo refrenda. Que Bruno haya buscado y elegido este marco, este clima, esta atmósfera, este régimen de estaciones y temperaturas es, por el contrario, muy importante: nos revela claramente su intención.

¿Su intención? Sí; aquí podemos leerla con impresionante relieve en el mismo suelo, en toda su decoración, en el bosque y en las nieves. Este fondo del valle en el corazón del macizo de Chartreuse, de accesos difíciles incluso para los pueblos más cercanos, de largos inviernos con grandes nevadas, de tierras pobres, sólo podía presentar una ventaja: la separación casi total del mundo, la soledad llevada al límite extremo. Era la vida estrictamente eremítica lo que buscaba Bruno. Pero una vida eremítica en grupo: un hombre absolutamente solo no hubiera podido subsistir en tales condiciones de vida.

⁶¹ Chartreuse (Cartuja) era el nombre propio del desierto antes de que Bruno y sus seis compañeros vinieran a habitarlo. La fama misma del eremitorio ha ampliado el sentido primitivo de la palabra hasta hacerle designar a todo el macizo de los contornos; en adelante se hablará del “macizo de Chartreuse”.

Para que Bruno se decidiera a establecerse allí, era preciso que interiormente se hubiera formado un plan en el que los intercambios espirituales y humanos de un grupo contrapesaran los riesgos no pequeños de la soledad. Por eso, a Chartreuse, Bruno no llega solo. Lleva seis compañeros con quienes forma un grupo de homogeneidad y armonía muy notables: dos “Maestros”, Bruno y Landuino, aseguraban al espíritu de aquellos hombres consagrados a la vida contemplativa un alimento doctrinal sólido, seguro y sustancioso, bien fundado en las Sagradas Escrituras; dos laicos, Andrés y Guérin, les aliviarían de mil cuidados temporales y terrenos, dejándoles libres para dedicarse puramente a la oración. Estos laicos, a su vez, participarían cuanto fuera posible en la vida de soledad y oración de los ermitaños. Finalmente, por lo menos uno de los solitarios es sacerdote y está encargado de ejercer las funciones sacerdotales del grupo, por lo que le llaman «el capellán», sobrenombre que en sí mismo tiene sentido comunitario.

Si nos fijamos en el rigor del yermo por una parte, y por otra, en la armonía íntima y en la compenetración del pequeño grupo de ermitaños, podremos apreciar un contraste que nos introduce plenamente en los planes de Bruno. Si éste no hubiera reconocido que podría realizar semejante tipo de vida eremítica en el desierto de Chartreuse, indudablemente no se hubiera establecido en él. Pero este sitio respondía demasiado bien a su única intención para que dudara. Tanto él como sus seis compañeros podían esperar llevar allí juntos la vida eremítica con todas sus exigencias y toda su riqueza espiritual, al menos en cuanto es soportable a las fuerzas humanas.

En contrapartida, el desierto de Chartreuse marcaría su impronta fuerte y duradera en la realización concreta del proyecto de Bruno.

Los límites del terreno cedido a los ermitaños por sus donantes los conocemos por la carta de donación de 1086. «*Los términos de la soledad que hemos donado pasan por debajo de «la Cluse», siguen por el roquedal que cierra el valle al Este, continúan por la cresta que cierra y divide «Combe-Chaude» y se extienden hasta la mitad del peñascal que está encima del «Bachais»⁶²; prosiguen luego por otra cresta pelada que desciende hasta el roquedal de «Bovinant» y después por la que baja, siguiendo el lindero del bosque, de Bovinant hacia la roca que está sobre «la Follie»; continúa por un peñascal hasta la montaña de Alliénard para descender hacia la «Morte», por el Oeste,*

⁶² Palabra derivada de “bac”, que en el antiguo **patois** significaba **abrevadero**.

hasta el roquedal de Cordes, que se prolonga hacia «Perthuis». Siguen después los términos por una cresta rocosa hasta el río Guiers-Mort, que les sirve de límite hasta «la Cluse».

Esta descripción, por sí sola, nos da una idea de lo que eran los terrenos de Chartreuse: unas tierras rodeadas de montañas, con un punto de paso obligado: la Cluse. El suelo es de roca calcárea, recubierta en algunas zonas, sobre todo en la hondonada del valle, por una delgada capa de humus. En esta tierra sin profundidad arraigan los árboles formando inmensos bosques. Entre estas espesuras, hay algunos prados que pueden alimentar algo de ganado. Del cultivo de la viña, el trigo o árboles frutales, ni hablar; la altura y el clima no lo permiten. Trabajando el suelo con tesón, se conseguirían algunas pobres legumbres.

Así, pues, colocar en este desierto algunos contemplativos, era consagrarlos a la austeridad. Tendrían que vivir frugalmente. ¿Explotar los bosques? Imposible. ¿Cómo transportar la madera? ¿Por qué caminos? Hasta el siglo XVII no podrán los Cartujos explotar rentablemente los bosques. Sólo les quedaba para vivir una agricultura muy pobre y la cría de algunos rebaños. Más tarde se descubrirá hierro en estas montañas. Pero durante muchos años se consideró ilusoria la pretensión de mantener más de treinta personas en este desierto. Incluso convenía que los Hermanos fueran más numerosos que los Padres, los trabajadores más numerosos que los contemplativos. Guigo, cuando redactó las *Costumbres*, fijó el efectivo de la Comunidad en trece Padres y dieciséis Hermanos. El día en que quiso aumentar el número de los Cartujos de Chartreuse, hubo de adquirir tierras más abajo, hacia la llanura.

Aquí tenemos, pues, un primer rasgo importante de la Cartuja primitiva. Su fundación no tenía nada de común con el tipo de vida eremítica sostenida por un monasterio cenobítico suficientemente robusto, como el que se propagaba en aquella época bajo el impulso de los Camaldulenses. Bruno quería la vida eremítica pura, con soledad estricta, atemperada solamente por algunos actos de vida comunitaria. La misma comunidad será poco numerosa, e incluso en sus actos comunes los cartujos conservarán el sentimiento de ser el «parvus numerus».

El clima, sobre todo la nieve muy abundante en Chartreuse, y el frío riguroso impondrían a Bruno una decisión sobre un punto importante del medio de vida. Para armonizar las exigencias de la soledad y la regularidad de la vida comunitaria se le ofrecían dos soluciones: separar lo más posible unas celdas de

otras para favorecer la soledad, o agruparlas para facilitar la vida común. El clima inclinó a Bruno a optar por una solución intermedia: las celdas estarían realmente separadas, pero cerca unas de otras, comunicándose entre sí y con los locales comunes mediante un claustro cubierto; así se podría pasar por él al abrigo de la lluvia y de la nieve.

Según el plan de Bruno, los monjes deberían reunirse con bastante frecuencia -varias veces al día- para el rezo del Oficio, celebrar Capítulo o asistir al refectorio común. Si estas condiciones del clima y terreno no hubieran correspondido a su plan de vida contemplativa, Bruno hubiera podido cambiar el emplazamiento de las celdas sin abandonar el desierto de Chartreuse. No dudará, por ejemplo en instalar a los conversos a más de tres kilómetros de las celdas de los ermitaños, en un lugar 300 metros más bajo, donde da más el sol y duran menos las nevadas.

Todo indica que entre el proyecto de Bruno y la fundación de la primera Cartuja hubo, si no una perfecta conformidad en los detalles, al menos una feliz coincidencia, una grandísima afinidad.

En dos pasajes al menos de su *Costumbres*, Guigo aludirá al carácter atrevido de la implantación del primer monasterio. Así rogará que «*nadie critique la organización material de los Cartujos antes de haber llevado durante un tiempo bastante largo la vida de celda, entre tan grandes nevadas y fríos tan rigurosos*». Sólo la búsqueda de la vida puramente contemplativa podía a sus ojos justificar y explicar la audaz fundación de Bruno y de los primeros cartujos. Para comprender y gustar el eremitismo, tal como lo concibió y realizó Bruno, se necesita la gracia de una vocación especial. La carta a Raúl le Verd nos manifestará algunos de los motivos que impulsaron a Bruno a instalarse en Chartreuse.

Pero no nos adelantemos. Contemplemos a Bruno y a sus compañeros construyendo las primeras cabañas. Una tradición de la comarca cuenta que durante los primeros días de su presencia en Chartreuse los solitarios se hospedaron en algunas casas de Saint-Pierre de Chartreuse. Bruno fue recibido por la familia Brun⁶³, que además le proporcionó la madera necesaria para construir su celda. No fue un rasgo de generosidad aislado. Aun hoy, después de novecientos años, se citan los nombres de dos habitantes de la Ruchère. Molard y

⁶³ F. de Saint-Andeól. *L'archéologie au monastère de la G. Chartreuse*. Grenoble. Allier, 1869, p. 6.

Savignon, que se encargaron de cocer el pan de los primeros cartujos y, lo que no era poco, de llevárselo.

Sea de ello lo que fuere, los trabajos comenzaron desde la llegada de los ermitaños y se terminaron rápidamente. Era imprescindible que lo esencial estuviera ejecutado antes de las primeras nevadas y del frío. Sólo se disponía de tres meses. Mientras se preparaban algunas tierras para el cultivo, se iban construyendo las celdas alrededor de la fuente. Indudablemente, serían parecidas a las cabañas de los leñadores y pastores que, con el aspecto de pequeños chalets, se ven aún hoy día en las regiones alpinas. Construcciones toscas, pero sólidas, hechas de troncos ensamblados y cubiertos de gruesas tablas, puestas de modo que a ser posible resistan de un año para otro el peso de las nevadas. Estas chozas cobijaban al principio, por economía de tiempo y quizá también de dinero, a dos religiosos. Más tarde, cada ermitaño tuvo su celda personal⁶⁴. El agua de la fuente llegaba a cada celda por canalizaciones que, al principio, eran troncos o ramas de árboles ahuecados.

Únicamente la iglesia fue construida de piedra. El dos de septiembre de 1085, Hugo, obispo de Grenoble, la consagraba bajo la advocación de la Santísima Virgen y de San Juan Bautista⁶⁵. Algunos sitúan este conjunto en los alrededores de la actual capilla de San Bruno.

Las celdas se abrían a una galería cubierta, de unos 35 metros, que «llegaba casi hasta el pie del peñasal» y permitía ir bajo techo al Capítulo, al refectorio y, sobre todo, a la iglesia. En ésta celebraban los monjes la misa conventual y recitaban en común Maitines y Vísperas los días ordinarios. Los domingos y días de fiesta recitaban en la iglesia casi todo el Oficio. En la celda rezaban el resto del Oficio y vivían entregados a la oración, a la lectura y al trabajo manual, que entonces consistía principalmente en cotejar o transcribir manuscritos, sobre todo

⁶⁴ En la vida de San Hugo, Guigo nos relata incidentalmente esta costumbre de los primeros Cartujos. Se ha querido ver en ella un vestigio de la influencia de San Pedro Damiano y de San Romualdo, atribuyéndose a Guigo la responsabilidad del cambio de la celda para dos a la celda individual. Un estudio atento de los hechos inclina, por el contrario, a creer que el motivo de las celdas para dos fue la falta de local, y que este uso no duró mucho tiempo: menos de 25 años.

⁶⁵ Cuenta una tradición que Bruno hizo construir a cierta distancia del monasterio, no lejos del cenobio, un pequeño oratorio al que iba a orar. Este sería el origen de la capilla hoy llamada de San Bruno. Encaramada en una alta escarpadura, se libró de ser sepultada por el alud de 1132. Restaurada en el siglo XV, fue reedificada casi por completo en 1610 por Jacques Danes de Marly, obispo de Toulon. De nuevo fue restaurada en 1816.

de la Biblia y Padres de la Iglesia. Cada ermitaño tomaba su comida en su celda; únicamente acudía al refectorio común los domingos y grandes fiestas. Entonces, mientras la Comunidad tomaba su refección, uno de los ermitaños leía algún trozo de la Biblia o de los santos Padres.

También los conversos vivían dentro de los límites del desierto, pero sus celdas estaban situadas más abajo que las ermitas. Hacían los trabajos exteriores, sobre todo los más rústicos, necesarios en la vida de comunidad. Se encargaban de cultivar las tierras, de cuidar el ganado, cortar leña y ejecutar los mil trabajos que exige la difícil conservación de los edificios. En una palabra, protegían la oración y soledad de los ermitaños, entregándose también ellos, en cuanto era posible, a la vida contemplativa.

Admirable solidaridad espiritual de un grupo de hombres, enamorados de Dios, que se organizan entre sí para que de sus vidas unidas brotara la contemplación pura.

Sobre la vida de los primeros cartujos nos han llegado dos testimonios importantísimos. Uno de Guiberto de Nogent, y el otro, de Pedro el Venerable, abad de Cluny. Guiberto de Nogent jamás visitó la Gran Cartuja, pero estaba informado por testigos directos y su testimonio es verídico. La Cartuja que describe es la de 1114, que cuenta 38 años de existencia. Pedro el Venerable escribía hacia 1150, pero conocía la Gran Cartuja desde 1120. Entonces era prior de Domène, priorato benedictino no muy apartado de Grenoble. Posteriormente mantuvo una correspondencia muy amistosa con los Priors de Chartreuse. Incluso después de salir de Domène hizo varias visitas a sus amigos del desierto, cuya vida admiraba. Su testimonio es algo posterior al de Guiberto de Nogent, pero es directo y más personal. Escuchemos a estos dos testigos.

Guiberto de Nogent comienza describiendo el lugar escogido por Bruno para su eremitorio *«como un promontorio elevado y formidable, al que conducía un camino difícilísimo y muy poco frecuentado»*. Después continúa: *«La iglesia de los ermitaños está levantada casi al borde del roquedal. Se prolonga por un cuerpo de edificio ligeramente curvado en el que viven trece monjes. Tiene un claustro bastante cómodo para los ejercicios de la vida cenobítica, pero no hacen vida de comunidad en el claustro, como los demás monjes, sino que cada uno dispone de una celda particular contigua al claustro, en la que trabaja, duerme y toma su refección. El domingo recibe del despensero el pan y las legumbres necesarias para la semana... El agua, para beber y para lo demás usos, es*

traída de la fuente por una canalización que rodea a todas las celdas y desemboca en cada una de ellas por una abertura fija. Los domingos y solemnidades comen queso y pescado cuando las buenas gentes se lo regalan, pues ellos nunca lo compran... Cuando beben vino, está tan aguado que casi no tiene fuerza, ni apenas es mejor que el agua... Sus hábitos son muy pobres. Se reúnen en la iglesia a unas horas especiales, distintas de las nuestras...».

«...Los gobierna un prior; el obispo de Grenoble, varón muy religioso, les sirve de abad... Cultivan algunas parcelas de trigo, pero sobre todo crían ganado, con cuya venta aseguran su subsistencia. Este lugar se llama Chartreuse... En la falta del monte hay un grupo de edificios donde vive una veintena de laicos muy fieles, que trabajan bajo la responsabilidad de los eremitas. Estos viven tan entregados al fervor de la contemplación que no se han desviado de su fin primitivo con el correr de los años y a pesar de su austeridad de vida el tiempo no ha menguado su fervor... Aunque son pobres, poseen una magnífica biblioteca. Se diría que trabajan con tanto mayor ardor por adquirir el alimento eterno, cuanto menos se preocupan del terreno»⁶⁶.

El testimonio de Pedro el Venerable confirma, en lo esencial, el de Guiberto de Nogent: *«En una región de Borgoña se practica una forma monástica que aventaja con mucho a todas las demás europeas en santidad y valor espiritual. Ha sido fundada en nuestra época por algunos Padres de gran mérito, sabiduría y santidad, como Maestro Bruno de Colonia, Maestro Landuino de Italia y algunos otros, hombres de gran valía y temerosos de Dios... A la manera de los antiguos monjes de Egipto, vive cada uno en su celda en perpetua soledad. Allí se entregan sin interrupción al silencio, a la lectura, a la oración y también al trabajo manual, sobre todo, a la copia de libros. A toque de campana recitan en sus celdas parte del Oficio canónico, o sea Prima, Tercia, Sexta, Nona y Completas. Para Vísperas y Maitines, se reúnen todos en la iglesia... De este ritmo de vida se apartan en algunas fiestas; entonces toman dos comidas y, como los monjes cenobitas, cantan en la iglesia todas las horas regulares⁶⁷; los que*

⁶⁶ Guiberto de Nogent relata una anécdota que, si es cierta, revela el espíritu de pobreza de los primeros Cartujos. Visitando un día a los ermitaños de Chartreuse el conde de Nevers, se conmovió ante su estado de pobreza. Les envió valiosos objetos de plata; pero los ermitaños, agradeciéndoselo, rehusaron tal presente y sólo aceptaron hojas de pergamino para transcribir sus libros.

⁶⁷ Aquí hay una inexactitud: “Siempre decimos en la celda las Completas”, escribe Guigo en sus **Costumbres**. Lo mismo se sigue haciendo hoy en las Cartujas.

están sanos comen en el refectorio común, una vez después de Sexta y otra, después de Vísperas... Guardan gran recogimiento; recitan el Oficio con los ojos bajos y el corazón en las alturas, mostrando por la gravedad de su compostura, el sonido de su voz y la expresión de su rostro, que todo en ellos, tanto el hombre exterior como el interior, está absorto en Dios... Los Cartujos muestran un gran desinterés, no queriendo poseer nada fuera de los límites que se han fijado»⁶⁸.

Según una tradición recogida por Mabillon, a Bruno le gustaba retirarse a un rincón solitario del bosque cercano y meditar delante de una roca en la que todavía hoy se vislumbra una cruz tallada en la piedra...

Todos estos datos producen el profundo convencimiento de que existe una admirable coincidencia entre la fórmula de vida monástica que Dios inspiró a Bruno y el lugar de Chartreuse, elegido por él para su realización. Para quien crea en el valor de la inspiración, esta coincidencia resulta claramente providencial. Si la experiencia de Bruno como canónigo de Reims aparece en determinadas costumbres, si su estancia en Sèche-Fontaine y la influencia del obispo Hugo de Grenoble le inclinaron a tomar algunos usos benedictinos, y si algunas particularidades de la observancia o de la liturgia provienen de la Orden de San Rufo o de otras Reglas⁶⁹, no por ello el proyecto de Bruno, tal como aparece en los primeros tiempos de Chartreuse, es menos original, nuevo y único.

En la *Mystica Theologia*, escrita a principios del siglo XIII por el Cartujo Hugo de Balma, este proyecto aparece claramente dibujado en sus líneas más principales:

Bruno y sus compañeros quieren vida eremítica.

⁶⁸ Pedro el Venerable, De miraculis, L. II, cap. XXVIII, P.L. 189, 943 y 945.

⁶⁹ El estudio de los orígenes de la liturgia Cartujana es una fuente de admiración para el espíritu y de profundo gozo para el alma. No es éste el momento de tratarlo. Sin embargo, sería interesante saber lo que significó la Misa y el Oficio para los primeros Cartujos. "Nuestros primeros Padres -escriben los autores de **Aux sources**...- no partiendo de la nada. Necesitaban desde los comienzos un Oficio y no había libros Cartujanos. Al principio tuvieron que utilizar otros libros, pero ciertamente no utilizaron todo su contenido: hubiera sido demasiado pesado para aquel reducido grupo de solitarios". A esta primera fase, sucedió sin duda un periodo de elaboración más sistemática, y luego, con Guigo, una etapa de síntesis poderosa y prudente. "Esta liturgia sobria, escueta, sencilla, en profunda armonía con la vocación contemplativa de las pequeñas comunidades de solitarios, y que ha permanecido tan pura, sigue siendo una joya entre los ritos de la Iglesia".

Una vida eremítica cuyos peligros e inconvenientes se vean contrarrestados por elementos de la vida cenobítica.

Esta parte de vida comunitaria no es una simple concesión a la fragilidad de la naturaleza humana, sino que constituye un verdadero intercambio espiritual y humano. Una amistad santa une entre sí a los miembros del grupo. Amistad que se entabla entre fuertes personalidades «*de gran mérito, doctrina y santidad*», cuyo prototipo es Bruno⁷⁰. Estos tres rasgos parecen caracterizar al cartujo, tal como lo quiere San Bruno: la contemplación debe nutrirse en la fuente de la Sagrada Escritura y los Santos Padres; a su vez, este conocimiento de la Escritura y los Padres debe encontrar un estímulo en la contemplación. Conocimiento lleno de amor y amor que lleva al conocimiento. El cartujo vive, en su espíritu y en su corazón, el misterio de Dios. Y lo vive con grandeza de alma. Nada hay de mezquino en esta vocación. Todo está marcado con ese carácter de absoluto, de exigencia, de totalidad, de plenitud, que da su verdadera talla al hombre de Dios.

De ahí la importancia del lugar escogido; porque semejante forma de vida no se puede realizar en cualquier parte. Se necesitan unas condiciones especiales: un desierto, una separación del mundo, un número reducido de ermitaños, una proporción razonable entre «Padres» y «Hermanos». La Chartreuse ofrecía una ocasión excepcional, quizá única, para realizar sin ningún obstáculo semejante ideal.

En estas circunstancias es difícil imaginar que Bruno y sus compañeros hubieran tenido ni la más remota idea de fundar una Orden. No; sólo formaron un grupo de solitarios, reducido, con unas exigencias concretas y en unas condiciones únicas, y que podían esperar que continuara mucho tiempo después. Tenían una conciencia demasiado viva de la originalidad de su estilo de vida, y, sobre todo, un amor al silencio, a la humildad, al olvido y a la abnegación para soñar en extenderlo a otras partes y a otras personas. La idea de multiplicar su experiencia en el espacio y sobre todo en el tiempo, les era totalmente extraña. Convenía que la primera generación de cartujos, y el mismo Bruno, vivieran y murieran sin otra

⁷⁰ Dom Rivet, en su discurso sobre el *Etat des Lettres en France au XII s.*, dice que los primeros compañeros de San Bruno “eran todos de los más sabios de su siglo”. **Hist. Lit.** t. IX, p. 119.

intención que la de vivir como perfectos ermitaños contemplativos, a fin de que su ideal llevara la impronta de una pureza absoluta. Más tarde, el Señor dispondría las cosas de modo distinto al que habían pensado, pero esto sería obra de Dios. *«Habían venido a buscar puramente a Dios en el desierto de Chartreuse, dicen los historiadores modernos de los orígenes de la Orden Cartujana. No adivinaban la obra que Dios preparaba a través de ellos y, sin darse cuenta, personas, acontecimientos y cosas modelarían la organización de sus vidas de tal modo que la Orden de los Cartujos nacería luego de este primer germen, con su carácter específico».* *«No preveían, escribirá un día Dom Le Masson, que su humilde género de vida -vile suum propositum, según la expresión de Guigo- era el débil hilillo de agua destinado a convertirse en un gran río; más aún, ni siquiera se les ocurría pensar en ello».*

¿Se ligaron mediante una «profesión» formal, con unos votos? No está claro si se hizo así desde el principio. En el capítulo XXIII de las Costumbres definirá Guigo la profesión del novicio. Tanto la fórmula de los votos como la misma ceremonia, son de una sobriedad y sencillez impresionantes.

La fórmula de los votos es ésta: *«Yo, fray N., prometo estabilidad, obediencia y la conversión de mis costumbres, ante Dios y sus santos y las reliquias de este yermo, que ha sido construido en honor de Dios, de la bienaventurada siempre Virgen María y de San Juan Bautista: en presencia de Dom N, Prior».*

Es la fórmula monástica que se usaba en todas partes. Sólo se ha suprimido la mención de la Regla de San Benito y la palabra «yermo» reemplaza a «monasterio».

Luego, en la ceremonia, el Prior bendice al nuevo Profeso postrado a sus pies. Esta fórmula de bendición se remonta a varios siglos antes de los primeros Cartujos y estaba en uso entre todos los monjes. Pero su elección es muy interesante. Entre las cuatro o cinco fórmulas de bendición que había para el nuevo profeso, los Cartujos se quedaron con ésta, por ser la más escrituraria y espiritual: otro signo de su devoción por la Biblia, como ya hemos indicado. He aquí la fórmula, de un admirable tono evangélico:

«Señor nuestro Jesucristo, Camino fuera del cual nadie llega al Padre: imploramos tu clemencia benignísima para que guíes por la senda de la disciplina regular a este siervo tuyo, alejado ya de los falsos atractivos del mundo. Y ya que te dignaste llamar a los pecadores diciendo: «Venid a mí los que estáis agobiados con trabajos y yo os aliviaré», haz que de tal modo resuene en sus oídos la voz de esta invitación que, viéndose libre del peso de sus pecados, sienta el atractivo de tu dulzura y merezca sentarse a tu mesa; dignate también admitirlo entre tus ovejas para que él te reconozca a ti y no siga a otros pastores, ni escuche su voz, sino la tuya que dice: "Si alguno me quiere servir, que me siga". Que vives y reinas»...

Aunque esta liturgia no existiera en tiempos de Bruno, podemos al menos estar seguros, por lo que sabemos de Guigo y su *Costumbres*⁷¹, que refleja el espíritu del santo Fundador y de los primeros cartujos.

Otro detalle de la fórmula de los votos: el yermo cartujano ha sido construido «en honor de Dios, de la bienaventurada siempre Virgen María y de San Juan Bautista». Estas sencillas palabras dicen mucho sobre la orientación profunda de la espiritualidad cartujana: Dios..., la Santísima Virgen, modelo perfecto del alma unida a Dios..., Juan Bautista, el precursor, el hombre del desierto por excelencia⁷². Estas orientaciones procedían directamente del alma de San Bruno.

Todas las *Costumbres* están esmaltadas de textos bíblicos, sobre todo del Evangelio de Nuestro Señor. Aun cuando no se les cita literalmente, se percibe en sus páginas su espíritu, su aliento. Y como Guigo no pretende aquí más que poner por escrito las costumbres de la Gran Cartuja, podemos ver en ellas un signo palpable del atractivo que la Sagrada Escritura ejerció desde los comienzos en Bruno y en los primeros cartujos⁷³. Recordemos el Comentario de los Salmos y sus frecuentes alusiones a la vida contemplativa. Aquí el proceso es inverso: la vida contemplativa alude sin cesar a los textos sagrados. Pero el movimiento es

⁷¹ Guigo redactó sus **Costumbres** entre 1121 y 1127 a instancias de algunos priores y por mandato de Hugo de Grenoble. Por humildad no quiso presentarse como legislador, sino como simple recopilador.

⁷² San Juan Bautista es el Patrono secundario de la Orden Cartujana.

⁷³ Esta atracción por la Biblia es, por lo demás, común a muchos fundadores monásticos de los siglos XI y XII. Baste recordar a San Bernardo. Pero en el caso de Bruno y de los primeros Cartujos, la nota resalta más por razón de la sobriedad y laconismo de las **Costumbres**.

fundamentalmente el mismo: el primer cartujo vive, respira, obra, se entrega en un clima bíblico. Allí está el alma en su elemento.

Ya expusimos más arriba la hipótesis que nos parecía más verosímil sobre el *Comentario de los Salmos*: si no fue redactado en Chartreuse, indudablemente lo retocó allí, corrigiéndolo y completándolo. Cuando uno piensa en la fundación de Bruno y sus compañeros, no puede menos de evocar ciertos pasajes de este Comentario, como la paráfrasis, sobria a pesar de su extensión, del Salmo 118. Esa descripción de los «fieles perfectos», de esos «*hombres que buscan a Dios de todo corazón*», «*que purifican su camino siguiendo sus palabras*», esas llamadas apasionadas a Aquél que es «*la única fuente de vida*», ese sentimiento vivo de no ser más que «un peregrino sobre la tierra», ese gozo de «*haber elegido el camino de la verdad*» ese deseo de «*correr por el camino de los mandamientos, de guardarlos hasta el fin*», esas ardientes plegarias «*para obtener la gracia de Yavé*», esa plenitud de entrega a solo Dios, y tantos otros sentimientos: «*¡Cuánto amo tu Ley! La medito todo el día*», ¿no constituye esto la atmósfera de la Cartuja primitiva?

El 9 de diciembre de 1086⁷⁴ proporcionó una gran satisfacción a Bruno y a sus compañeros. Ese día, en un sínodo celebrado en Grenoble, el obispo Hugo ratificó solemnemente las donaciones que habían hecho dos años antes los propietarios de las tierras de Chartreuse. Los cartujos quedaban dueños definitivamente de aquellas posesiones y además en la carta se definía, no sin solemnidad, el fin y la razón de ser del eremitorio:

«Por la gracia de la santísima e indivisible Trinidad, estamos advertidos misericordiosamente de las condiciones de nuestra salvación. Recordando la fragilidad de nuestra condición humana y cuan inevitable es el pecado en esta vida mortal, hemos decidido librarnos de las garras de la muerte eterna, cambiando los bienes de este mundo por los del cielo y adquiriendo una herencia eterna por bienes temporales. No queremos exponernos a la doble desgracia de sufrir a la vez las miserias y trabajos de esta vida y las penas eternas de la otra.»

«Por ello regalamos para siempre un vasto desierto a Maestro Bruno y a los compañeros que vinieron con él buscando una soledad para vivir en ella y vacar a Dios. Yo, Humberto de Miribel, con mi hermano Odón y los demás que tenían algún derecho

⁷⁴ La Carta de donación no lleva año. Fueron los Bolandistas quienes lo precisaron, al notar que el cinco de los idus de diciembre caía aquel año en miércoles, 2^a. Semana de Adviento, como lo indica la carta al final.

sobre ese lugar, a saber: Hugo de Tolvon, Anselmo Garcin; después, Lucía y sus hijos, Rostaing, Guigo y Anselmo, Ponce y Boson, que obran por la intervención y ruegos de su madre; igualmente, ; Bernard Lombard y sus hijos, lo mismo que el señor Abad de Chaise-Dieu, Seguin, con su comunidad, cedemos a dichos ermitaños cualquier derecho que podamos tener sobre estas tierras».

Después de haber descrito con precisión notarial los límites del terreno, la carta continúa así:

«Si algún señor poderoso o cualquier otro se esfuerza por anular en todo o en parte esta donación, será considerado como sacrilego, excomulgado y digno del fuego eterno, a menos que se arrepienta y repare el daño causado.

«Dichas tierras comenzaron a ser habitadas por Maestro Bruno y sus compañeros el año 1084 de la Encarnación, cuarto del episcopado del señor Hugo de Grenoble, quien, con todo su clero, aprueba y confirma la donación hecha por las personas arriba citadas y, por lo que a él se refiere, cede todos los derechos que pudiera tener sobre este territorio».

Después de haber enumerado los «testigos» del acta, termina la carta con esta fecha: «La presente carta ha sido leída en Grenoble, en la iglesia de la bienaventurada y gloriosa siempre Virgen María, el miércoles de la 2.a semana de Adviento, en presencia de dicho señor Hugo, obispo de Grenoble, de sus canónigos y de muchas otras personas, tanto sacerdotes como clérigos, reunidos para el santo sínodo, el cinco de los idus de diciembre»⁷⁵.

Esta carta de donación de 1086 manifiesta la benevolencia y generosidad del obispo Hugo con respecto a los primeros cartujos. Tal amistad no se desmintió nunca. La influencia de Hugo, no sólo al instalarse los ermitaños en Chartreuse, sino durante los cuarenta y ocho primeros años de la Orden, fue considerable. Influencia eminentemente humana, fundada en la admiración y el afecto más que en la autoridad canónica...

Hugo tenía 32 años de edad y cuatro de episcopado cuando Bruno y sus compañeros llegaron a Grenoble. Había hecho lo imposible por librarse del episcopado al recibir esta distinción y designación del legado Hugo de Die. Pero

⁷⁵ Bernard Bligny, op. Cit. Acta I, p. 3 -El Obispo Hugo pidió solamente un pequeño canon anual como recuerdo de los beneficios de la Iglesia de Grenoble a la Orden Cartujana. Este canon consistía en quince raciones de mantequilla y un quintal de queso blanco. La mantequilla era para el Obispo, el deán y los canónigos más antiguos; el queso se distribuía al resto del clero de la catedral. Los Cartujos cumplieron esta obligación hasta 1792. (Barthelemy, Histoire de Grenoble, ms citado por M. A. du Boys, **Vie de saint Hugues**, p. 75). (**La G. Chartreuse par un Chartreux**, nota p. 18).

al fin tuvo que someterse. Hugo de Die le confirió todas las órdenes, salvo el episcopado. En abril o mayo de 1080 el joven obispo de Grenoble fue consagrado en Roma por el Papa Gregorio VII. Inmediatamente inició, según las directrices de Hugo de Die, la lucha contra los abusos que corroían la diócesis y el clero de Grenoble. Lucha dura, abrumadora, que hace brotar en el corazón de Hugo su antiguo deseo de ingresar en el claustro. Hasta tal extremo que un día huyó a Chaise-Dieu, de donde sólo una orden formal de Gregorio VII le pudo arrancar.

Aun después de su vuelta a Grenoble conservaba su afición a la vida monástica. Aunque él sólo había vivido el cenobitismo benedictino de Chaise-Dieu, reconoció inmediatamente en Bruno un fervor, un ideal, un amor de Dios, una gracia, que sedujeron su alma y la vincularon sólidamente a su empresa. La diferencia de veinte años de edad que separaban a Hugo de Bruno no fue obstáculo para que entre ambos se entablara esa amistad profunda que sólo conocen los verdaderos hombres de Dios.

En su *Vida de S. Hugo*, escribirá Guigo: «Bruno y sus compañeros entraron en la soledad de Chartreuse y se instalaron allí con el consejo, ayuda y compañía del mismo Hugo...». Hay que sopesar cada una de estas palabras: para los primeros cartujos Hugo hizo de consejero, de ayuda que socorre y procura satisfacer, de compañero que une su suerte a los que acompaña. Y este papel lo desempeñó no sólo en el momento de la llegada a Chartreuse, sino durante la fundación, organización y puesta en marcha de las instituciones: «*extruxerunt*».

A Hugo le gustaba visitar a Bruno en Chartreuse, conversar con él, dejándose formar por él y gozando de su compañía. Y no era raro, refiere Guigo, que el mismo Bruno le tuviera que invitar a que Hugo se fuera del desierto: «*Id, le decía, id a vuestras ovejas, y cumplid vuestras obligaciones para con ellas*⁷⁶». Durante unos cincuenta años de episcopado, Hugo fue igualmente fiel a los cartujos. A instancias suyas, entre 1121 y 1128, Guigo, quinto Prior de Chartreuse, redactó las *Costumbres*. En este trabajo, la presencia de Hugo, que había conocido a Bruno, Landuino, Pedro de Béthune y Juan de Toscana⁷⁷, creó una especie de lazo de continuidad sumamente valioso, garantizando, por así decirlo, la

⁷⁶ En ocasiones con el obispo Hugo subía a hacer un retiro Guillermo, prior de Saint-Laurent de Grenoble. Cuando este fue nombrado abad de Saint-Chaffre, en la diócesis de Puy, tuvo que renunciar a sus visitas a Bruno, pero siempre conservó una profunda amistad hacia él.

⁷⁷ Es decir, los cuatro primeros Priores de Chartreuse, que habían precedido a Guigo I.

fidelidad de la Orden al pensamiento original de Bruno. «Hasta su muerte, escribirá Guigo, Hugo no cesó de favorecer con sus consejos y beneficios a los cartujos».

Un manuscrito anónimo de Mont-Dieu, que refleja la tradición del siglo siguiente a la muerte de Hugo (†1132), lo presentará así: «*Vere dici potest et domus Ordinis Cartusiensis patronus atque fundator, et quamvis non primus, tamen quodammodo institutor... Se puede decir realmente que fue el patrono y fundador de la Gran Cartuja y de la Orden cartujana, y aunque no tuviera la primera iniciativa, en alguna manera fue su creador*».

Guiberto de Nogent (†1124) llegó a emplear una expresión más ambigua: «*Vices autem abbatis ac provisoris Gratianopolitanus episcopus... exsequitur. Hace las veces de abad y de provisor el obispo de Grenoble*»⁷⁸. Esta función de abad no debe tomarse en sentido jurídico o canónico. Como los cartujos no tienen abades sino Priors, la imagen se la sugeriría a Guiberto el desvelo extraordinario de Hugo por los cartujos. Para expresar bien su pensamiento habría que traducir: «*era para ellos como un abad y provisor*». Estos términos sólo son impropios porque pretenden expresar una realidad que en el lenguaje ordinario no encuentra una expresión exacta: Hugo se portó con los cartujos como si fuera su patrón, su fundador, su creador, su abad, su provisor...

Todo esto indica en qué clima espiritual y humano vivieron Bruno y sus compañeros los primeros años de Cartuja. Indudablemente, aquello era un acierto en el sentido providencial de la palabra: la intención de Bruno, las vocaciones personales de sus compañeros y hasta los deseos íntimos de Hugo de Grenoble, todo parecía converger para realizarse en perfecta armonía. Bruno podía creer por fin que había alcanzado el puerto por el que suspiraba su alma. Durante seis años siguió esta vida que consideraba como la forma de vida más pura, más santa, más consagrada a Dios y también la más eficaz en un mundo en el que la misma Iglesia institucional, demasiado comprometida en intereses políticos y temporales, se corrompía. En la Cartuja creía haber encontrado definitivamente ese estar a solas con Dios, que consideraba como el preludio del cara a cara eterno.

La gente del Delfinado no se equivocó al valorar la importancia espiritual de lo que pasaba en Chartreuse. «*Desde el principio, escribe un historiador del siglo XVII, a estos santos extranjeros se les llamó ermitaños, y a su jefe, el ermitaño por*

⁷⁸ *De vita sua*. P.L. 156, 854.

excelencia. Su llegada al país inició una nueva era; las actas de aquel año sólo llevan una fecha: el año en que llegó el ermitaño”⁷⁹.

Dios iba a enseñarle, y a enseñarnos por medio de su vida, que existe una soledad aún más profunda que la soledad del desierto... La soledad de la obediencia y el don de sí a aquellos que uno no ha escogido, sino que se los ha elegido el Señor: «*Otro te ceñirá y te llevará adonde tú no querías ir*» (Jn. 21, 18). La frase de Jesús a San Pedro se realizará en Bruno.

⁷⁹ Chorier, **Histoire généralé du Dauphiné**, Lyon 1672. T. II, p. 16. -Citado por **La Grande Chartreuse par un Chartreux**, 1964, p. 24, n 26.

Capítulo VI

Soledad en la corte pontifica de Urbano II

El 25 de mayo de 1085 moría el Papa Gregorio VII. A pesar de todos sus esfuerzos y luchas, dejaba a la Iglesia en una situación lamentable y angustiada. Guiberto, arzobispo depuesto de Ravena, había sido entronizado ilegítimamente en la sede de San Pedro, con el nombre de Clemente III, por el emperador de Alemania Enrique IV. Contra el Papa legítimo, Guiberto disponía del poderío militar del imperio. Antes de morir, Gregorio VII había reunido a los cardenales y a cierto número de obispos que le permanecían fieles y les había suplicado que eligieran como sucesor suyo a un hombre que por su carácter y virtud continuara la necesaria reforma interior de la Iglesia y resistiera a las presiones del antipapa. Les sugirió incluso tres nombres: Didier, abad de Monte Casino, Othon, obispo de Ostia y Hugo, arzobispo de Lyon.

Fue elegido Didier, abad del Monte Casino, el 24 de mayo de 1086. Rehusó la tiara durante un año, mas al fin fue consagrado el 9 de mayo de 1087, tomando el nombre de Víctor III. Pero el 16 de septiembre de 1087, Víctor III moría en Monte Casino, donde los triunfos de Enrique IV y Guiberto le habían obligado a refugiarse.

Debido a las perturbaciones provocadas por los partidarios del antipapa, el Sacro Colegio se reunió en Terracina de Campania y eligió como sucesor de Víctor III a Eudes (u Odón) de Chatillon-sur-Marne en Champagne, de familia de los Lagerii. Era el 12 de marzo de 1088. Eudes tomó el nombre de Urbano II. Esta elección tocaba de cerca a Bruno personalmente. Urbano II nació hacia 1040; hizo sus estudios en Reims y después decidió quedarse allí. En 1064 fue nombrado arcediano de la iglesia de Reims, y muy pronto canónigo de la catedral. Entre 1073 y 1077, dejó Reims para ingresar en Cluny. Por tanto, fueron unos veinte los años que pasó en Reims. Veinte años durante los cuales fue primero discípulo de Maestro Bruno y luego su compañero en el cabildo de la catedral, antes de consagrarse a Dios, como él, en la vida monástica. Este encuentro y esta afinidad de alma entre Eudes y Bruno tendrán, como veremos enseguida, consecuencias importantísimas sobre el destino de Bruno, si no sobre el de la Cartuja.

Desde su elección, Urbano II se propuso rodearse de hombres íntegros, cuya absoluta fidelidad a la Iglesia y á la obra emprendida por Gregorio VII

conocía, para asociarlos al gobierno de la Iglesia. Al primero que invitó a visitarle fue a Hugo, abad de Cluny. La carta es impresionante. Ningún documento oficial podría informarnos mejor sobre el estado de la Iglesia que esta confidencia de Urbano II a su padre en la vida monástica: *«Si he aceptado mi elección -dice- no ha sido por ambición, ni por deseo de dignidades... En las actuales circunstancias, hubiera temido ofender a Dios de no haber aportado toda mi ayuda a la Iglesia, en peligro (periclitanti Ecclesiae)... Tengo infinitas ganas de veros. Por eso os ruego que, si conserváis hacia mí algún afecto, si os acordáis de vuestro hijo, de vuestro niño, vengáis a consolarme con vuestra presencia, porque siento gran necesidad de ello. Venid y visitad a vuestra santa Madre la Iglesia romana, si os es posible, pues deseamos vivamente vuestra llegada. Si no podéis hacerlo, envid al menos como delegados a algunos de vuestros hijos, mis hermanos, a través de los cuales os vea, os reciba y, en la situación extremadamente revuelta en que me encuentro, escuche la voz de vuestros consuelos, que me den pruebas de vuestra caridad y del fervor de vuestro afecto, mostrándome vuestras disposiciones para conmigo y las de todos los hermanos de nuestra congregación. Pedid a todos nuestros hermanos que rueguen incesantemente al Dios todopoderoso y clementísimo que se digne restaurar en su estado primitivo a nosotros y a su Iglesia santa, que está amenazada de tan graves peligros».*

Hugo de Cluny acudió a la llamada de su hijo. Urbano II no lo sacó del monasterio, pero muy pronto mandó venir de Monte Casino al monje Juan, a quien hará cardenal-obispo de Tusculum y canciller de la Santa Iglesia. Durante todo su pontificado irá llamando junto a sí a una quincena de monjes, confiriéndoles la púrpura cardenalicia con todas sus prerrogativas. Así lo hizo en 1096 con un tal Alberto, monje de Saint-Aubin de Piacenza, y también con Milon, monje de Saint-Savin de Angers, por citar dos ejemplos.

Sin embargo, en estos nombramientos Urbano II parece haberse fijado una regla de prudencia: no quitar en general a las Órdenes religiosas el abad o superior que las mantiene en el fervor y en la Regla. Así, cuando por una carta fechada en Capua el 1 de agosto de 1089 llamó a su lado a Anselmo, abad de Bec, le pide traiga consigo *«a un religioso de su abadía, si encuentra alguno que pueda ser útil al Soberano Pontífice»*; además le indica que, de momento, un alumno de Roma, que se ha hecho monje en Bec⁸⁰, deberá ser enviado de nuevo a Roma *«antes de la Cuaresma del próximo año»*. Anselmo volverá a Bec. Esta actitud quizá

⁸⁰ Sin embargo, después de 1097 obligará bajo pena de incurrir en censuras eclesiásticas, a Bernardo, abad General de Valleumbrosa, a acudir a Roma y le creará cardenal presbítero inmediatamente.

pueda explicar, en parte al menos, la conducta posterior de Urbano II con respecto a Bruno.

Sea como fuere, Bruno recibió un día la inesperada noticia de que el Papa le llamaba a Roma, y no para pasar una temporada, sino para quedarse allí. En su sobriedad, la *Crónica Magister* narra el suceso de manera muy clara: «*Maestro Bruno, dejando el mundo, fundó el desierto de Chartreuse y lo gobernó durante seis años. Por orden formal del Papa Urbano II, antiguo discípulo suyo, tuvo que acudir a la curia romana para ayudar al Papa con sus luces espirituales y sus consejos en los asuntos de la Iglesia*».

¿Cuándo y cómo llegó a Bruno la orden de Urbano II? Para fijar la fecha sólo tenemos dos puntos de referencia en la *Crónica Magister*: Bruno permaneció «*seis años en Chartreuse*». A pesar de estas dos precisiones, la fecha que deseáramos conocer queda un poco borrosa: en cualquiera de los últimos meses de 1089 o primeros de 1090, se pueden encajar los datos «*seis años después de la llegada de Bruno a Chartreuse*» y «*once años antes de su muerte*».

Evidentemente, los historiadores han procurado precisar. Se ha lanzado una hipótesis muy interesante, por estar en perfecto acuerdo con un conjunto de hechos ciertos; a ella nos adherimos con sumo gusto.

Urbano II, como hemos visto, llamó junto a sí varias veces a personajes importantes para aconsejarse de ellos. Así, en mayo de 1089, Renaud du Bellay arzobispo de Reims, partió para Roma invitado por el Papa. Ahora bien, Renaud había sido nombrado para la sede de Reims después de la renuncia de Bruno⁸¹. Renaud permaneció algún tiempo con el Papa; asistió al Concilio de Menfi en 1089, y, el 25 de diciembre del mismo año, se le concedieron importantes privilegios que le atribuían el palio, el primado de la provincia eclesiástica de la segunda Bélgica y ratificaban el derecho de la sede de Reims a consagrar a los reyes de Francia.

Después de las fiestas navideñas, Renaud volvió a su diócesis. ¿No sería quizá él quien se encargase de transmitir a Bruno la orden de trasladarse a Roma? No pudo menos de hablar de Bruno con Urbano II. Aquellos dos hombres, que discutían del estado de la Iglesia en Francia, de las reformas que se

⁸¹ Entre Manasés y Renaud du Bellay hubo un breve intermedio de Helinad, obispo de Laon, que había **comprado** la sede de Reims.

debían introducir y, sobre todo, de los hombres santos y enérgicos que había que descubrir y poner a disposición del Papa legítimo, ¿cómo iban a dejar de evocar el caso de Bruno y su fundación de la Cartuja, que representaba un papel cada día mayor como foco de espiritualidad? Tanto más cuanto que ambos habían sido discípulos de Bruno y tenían muy presente el recuerdo de los sucesos de Reims...

Por otra parte, el Papa y el obispo medían bien la gravedad de la decisión: arrancar a Bruno de esta experiencia espiritual ¿no era condenar a muerte a la naciente empresa, tan cargada de promesas? Pero al fin el Papa se decidió a correr este riesgo... Podemos suponer que en lugar de enviar su orden por un mensajero anónimo, preferiría, por deferencia a su antiguo maestro, mandársela por medio de un amigo común que, además, asumía en el reino de Francia, según el privilegio confirmado por el Papa el 25 de diciembre, uno de los más altos cargos eclesiásticos.

Si se admite esta hipótesis, podríamos establecer el orden de los sucesos de una manera bastante verosímil: Renaud salió de Roma después de Navidades, llevando la orden, todavía secreta, de Urbano II a Bruno. Este viaje en pleno invierno, a través de regiones infestadas por los partidarios del antipapa Guiberto, duraría unas cuatro semanas. Renaud llegaría a Grenoble a fines de enero de 1090 y al poco tiempo transmitiría a Bruno la orden de partir para Roma. Es una simple hipótesis, pero su coherencia con los hechos la hace al menos verosímil.

Ateniéndonos a las frases escuetas de la *Crónica Magister*, se podría suponer que la salida de Bruno fue la cosa más sencilla del mundo. En realidad, si su obediencia fue absoluta e incondicional en cuanto conoció la orden de Urbano II, la noticia provocó entre los ermitaños que vivían con Bruno una gran desmoralización. ¿Cómo imaginar el desierto de Chartreuse sin la presencia de quien era su alma? Así, pues, decidieron dispersarse.

En aquellos tiempos en que proliferaba el eremitismo, no faltaban ejemplos de ermitaños que abandonaban su vida solitaria, bien para volver cada cual a su estado anterior, bien para afiliarse en grupo a alguna abadía vecina. Bruno se esforzó en vano por evitar este gesto de desaliento. Pero la decisión estaba tomada: se separarían. De esta dispersión tenemos una prueba innegable en la carta de Urbano II y en el acta jurídica de Seguin, de la que hablaremos

enseguida. Incluso estamos ciertos de que se llegó hasta el abandono de la Cartuja.

El tiempo urgía. Como sus compañeros estaban decididos a no continuar sin él su experiencia de Chartreuse, Bruno tenía que solucionar, antes de partir, la cuestión de la propiedad. De acuerdo con el obispo de Grenoble, Hugo, que tenía jurisdicción sobre las tierras de Chartreuse, se decidió que el dominio pasase a la Abadía de Chaise-Dieu, representaba, por su abad Seguin. ¿No figuraba este Seguin entre los donantes en la carta de 1086, siendo el único «*eclesiástico*»? Era, pues, normal que aquellas tierras monacales pasaran de nuevo a un monasterio. Además, a las puertas del macizo de Chartreuse estaba el priorato de Mont Cornillon, dependiente de Chaise-Dieu. Parecía lo más natural que este priorato se quedara con las tierras del eremitorio.

Así, pues, Bruno redactó el acta de cesión. Precisamente Renaud, al partir de Grenoble tenía que ir a Chaise-Dieu, a unos treinta kilómetros al Norte de Puy, para pedir a la célebre y fervorosa abadía que enviara algunos monjes a la Abadía de San Nicasio de Reims, muy necesitada de reforma. Hugo de Grenoble acompañó a Renaud para presidir él mismo la comisión que ratificaría la donación que Bruno hacía de la Chartreuse a Seguin. Es posible que Bruno participara en el viaje, y quizá también Guillermo, abad de Saint-Chaffre⁸².

Quizá sea este el momento en que Bruno mostró mayor grandeza de alma. Porque, en fin de cuentas, ¿de qué se trataba? De renunciar a aquello por lo cual lo había sacrificado todo, y de volver a encontrarse con lo que había abandonado. Aquella soledad conquistada al precio de tanta tenacidad, de tanta paciencia y tan conscientes renunciadas, aquella soledad en la que al fin había hallado respuesta a las más profundas aspiraciones de su alma, aquel puro amor de Dios, aquella experiencia espiritual que a todas luces parecía favorecida por el Señor y

⁸² Muy oportunamente, el estudio de los Padres Cartujos que seguimos hace notar que se podrían formular otras hipótesis igualmente satisfactorias dentro del conjunto de hechos ciertos que conocemos por documentos históricos. Por ejemplo: Urbano II habría discutido la oportunidad de llamar a Bruno, no con Renaud de Reims, sino con Guillermo, abad de Saint-Chaffre y amigo de Hugo de Grenoble y de Bruno. Guillermo estuvo de hecho en Roma en abril de 1090. La orden llegaría a Chartreuse en mayo de 1090 y Bruno partiría en junio. También en este caso “se cumplirían los **seis años** rigurosamente”. La carta en la que el Papa manda a Seguin restituir las tierras de Chartreuse a los compañeros de Bruno (y de la que hablaremos enseguida) habría sido escrita en julio, recibida en agosto y ejecutada dentro de los 30 días, según el deseo de Urbano II, el 17 de septiembre de 1090. Sin embargo, preferimos la hipótesis primera, por juzgarla más satisfactoria en algunos detalles. De todos modos, entre ambas hipótesis la diferencia sólo es de seis meses...

que prometía tan maravillosos frutos de santidad, todo aquello quedaba de pronto reducido a la nada por una orden del Papa. Y él, Bruno, tenía que partir hacia la corte romana donde volvería a encontrar en grado superlativo todas aquellas preocupaciones, peligros e intrigas que había tratado de evitar al huir de Reims.

Si al menos sus amigos, sus compañeros, estuvieran decididos a proseguir la experiencia cartujana o intentaran continuarla... Pero no; él se iba y ellos querían irse también. En el fondo de su sacrificio personal, el comprobar ahora de repente el vivo afecto que le tenía aquel pequeño grupo, pese a su magnífico esfuerzo de renuncia al mundo, debía de ser para Bruno una ocasión de humillación más que de consuelo. Así se encontraba ante un sacrificio total de su proyecto primitivo, por el que tanto había luchado. Y esto a los sesenta años corridos...

El eremitorio de Chartreuse, ese fruto de su amor divino, esa realidad que él había concebido, formado, construido y organizado para ofrecérsela a Dios en sacrificio de alabanza, quedaba ahora de pronto aniquilada por un mandato de la Iglesia, por una orden de un antiguo discípulo suyo, hoy convertido en Papa.

En la vida de muchos santos, sobre todo si han de hacer algo grande por Dios, suena a menudo la hora de un acto heroico de obediencia o de fe (que en el fondo es la misma cosa, el mismo movimiento del corazón): Dios exige que le sacrifiquen su obra. Hora trágica y dolorosa, pero decisiva, en la que el alma, si acepta, se ve forzada a escalar las cumbres más altas de la fe, la esperanza y la caridad. Para ella ya sólo cuenta Dios, comprendido en su trascendencia, en su independencia absoluta, amado puramente porque es Dios. Ante tales inmolaciones se suele recordar a Abraham sacrificado con sus propias manos al hijo de la promesa, Isaac. La imagen es justa. No cabe duda que, en el momento de obedecer, Bruno tenía conciencia de haber creado algo grande para Dios, un género de vida rico en promesas para la reforma de la Iglesia; al mismo tiempo veía que su salida de Chartreuse lo aniquilaba.

Pero he aquí que sus compañeros dispersos vuelven sobre sus pasos y, reflexionando mejor sobre los consejos de Bruno, empiezan a dudar de la sensatez de su decisión. Esto pudo haberse quedado en los alrededores de Chartreuse esperando a que volviera de Chaise-Dieu Hugo de Grenoble, o también estar de vuelta con él después de haberle acompañado para hablar con Seguin en Chaise-Dieu. De todos modos, Bruno y sus hijos vuelven a examinar

su situación. Bruno no ha cambiado de parecer: aconseja a sus hijos que permanezcan en la Cartuja y continúen aquella común experiencia espiritual. El, desde Roma, les seguirá siendo fiel y les ayudará con sus consejos y su amistad. Y después, ¿quién sabe si algún día las circunstancias, entonces tan mudables, le permitirían volver?...

Ahora la situación cambia por completo. Se acepta el consejo de Bruno y se reagrupa la comunidad. Bruno les da un nuevo Prior en la persona de Landuino. Pero entonces surge un problema muy grave: aquel grupo de ermitaños ya no es propietario de Chartreuse. Y este derecho de propiedad, que les asegura su subsistencia e independencia, es indispensable para vivir de nuevo su vocación. Bruno solicitó de Seguin la retrocesión de las tierras, paso que no dejaba de ser humillante para él: aunque fuera segura su estabilidad personal en el plan trazado, el hecho de que los del grupo se volvieran atrás podía parecer a los ojos de quienes conocían mal la vida de los ermitaños un signo de inconstancia y una prueba de inseguridad con respecto al futuro de la fundación.

Según nuestra hipótesis, Bruno partió para Roma en febrero de 1090, acompañado probablemente de su amigo Guillermo, abad de Saint-Chaffre, que también iba a Roma por asuntos de su abadía. En este viaje, Bruno llevaba el alma embargada de graves preocupaciones. ¿Perseveraría el grupo que con sus ruegos y alientos se había vuelto a reunir? ¿Estaría Landuino a la altura de su cargo de Prior? ¿Cómo recibirían en Chaise-Dieu la demanda de retrocesión?

Por su parte, la incertidumbre de su propia suerte no era menos dolorosa. Estaba decidido, ciertamente, a solicitar de Urbano II la autorización de volver, en cuanto pudiera, a la Chartreuse, o al menos a la soledad. Y había resuelto también, cualquiera que fuese su destino, crearse otra soledad en su nueva vida, viviendo como un ermitaño en medio de la corte pontificia, en cuanto fuera posible. Pero ¿y si el Papa le imponía, como había hecho con otros, un obispado o un cardenalato? En las dificultades por las que atravesaba la Iglesia, ¿hubiera tenido derecho a negarse? En una palabra: tras de sí dejaba algo maravilloso pero frágil; y ante él, el horizonte no aparecía muy claro. Estas incertidumbres después de seis años de paz, de silencio y de amistad en la Cartuja, debían de pesar como una losa en el corazón de Bruno.

Indudablemente, llegó a Roma en marzo de 1090. El hecho es igualmente cierto, aun suponiendo que viajara con Guillermo de Saint-Chaffre, porque el privilegio que venía a solicitar Guillermo fue otorgado con fecha de uno de abril

de 1090. Y, curiosa coincidencia, un amplio privilegio que confirmaba todos los derechos y prerrogativas de la iglesia de Grenoble está fechado en el mismo día. ¿No habrían sido Bruno y Guillermo los embajadores de Hugo de Grenoble en este asunto?

Tenemos, pues, a Bruno en la curia romana en la primavera de 1090.

Antes de seguirle en estos nuevos acontecimientos, digamos algo de lo ocurrido con la retrocesión de las tierras de Chartreuse, pedida al abad Seguin. Parece que las cosas fueron más despacio de lo que esperaba Bruno⁸³. ¿Querían Seguin, y quizá el mismo Hugo de Grenoble, dejar correr el tiempo antes de redactar una nueva acta jurídica de transferencia del dominio de Chartreuse? Un hecho es cierto: Bruno juzgó prudente que Urbano II interviniera en este asunto. En una fecha que desgraciadamente ignoramos, pero que se sitúa entre marzo y agosto de 1090, el Papa escribió a Seguin la carta siguiente:

«Urbano, obispo, siervo de los siervos de Dios, a nuestro queridísimo hijo Seguin, abad de Chaise-Dieu, y a todo su monasterio, salud y bendición apostólica.

«Digno es de la Iglesia romana aliviar en sus preocupaciones a los que se fatigan trabajando por obediencia a la misma Iglesia. Ahora bien, Nos hemos llamado al servicio de la Sede Apostólica a nuestro amadísimo hijo Bruno, y no queremos ni debemos tolerar que por haber venido a nuestro lado sufra ningún perjuicio su eremitorio. Rogamos, pues, y ordenamos a vuestra caridad que devolváis a dicho eremitorio sus antiguas exenciones. En cuanto al acta de donación que nuestro hijo Bruno redactó de su propia mano en favor vuestro, restituidla por amor a Nos, para que recuperen plenamente su antigua libertad. Pues los que se habían dispersado se han vuelto a reunir ahora por inspiración de Dios, y sólo así se avienen a perseverar en el mismo lugar. Una vez recibidas estas letras, no difiráis más de treinta días la restitución del citado documento según el respeto que debéis a nuestros mandatos».

⁸³ En este estudio no haremos caso de una bula de Urbano II citada por Bligny (**Recueil des Actes ...** Acte I, p. 3 - 11), en la cual el Papa ruega al arzobispo de Lyon y al obispo Hugo de Grenoble que hagan las consiguientes diligencias para que Seguin restituya al grupo de Bruno el desierto de Chartreuse. Según esta bula, los hijos de Seguin habrían ocupado ya el eremitorio. Seguimos a los que rechazan la autenticidad del documento: su vocabulario es el de Renacimiento.

La carta de Urbano II rebasaba en su alcance la simple transferencia de un derecho de propiedad. En realidad constituía la primera aprobación pontificia de los Cartujos y afirmaba algo que siempre había parecido a Bruno esencial en su proyecto: la total independencia de sus ermitaños de cualquier patronazgo, fuera el que fuera, obispo, abadía o príncipe.

¿Qué hizo Seguin? Un pasaje de la *Crónica Laudemus*, documento de la Orden cartujana, afirma su pronta y diligente obediencia: «*El abad Seguin, recibida la orden de Roma obedeció gustosa y prontamente, devolviendo a Maestro Landuino y a sus compañeros las tierras de Chartreuse con todo derecho y propiedad*».

Todavía se conserva en los archivos de Isère el original del acta de retrocesión. Está fechado el 15 de septiembre de 1090 y dice así:

«Yo, fray Seguin, abad de Chaise-Dieu, hago saber a todos los presentes y venideros que, al ser llamado Bruno a Roma por el Papa Urbano II, viendo que el lugar de Chartreuse quedaba abandonado porque se dispersaban los demás hermanos al irse él, nos lo donó a nosotros y a nuestro Monasterio. Pero más tarde, a petición del Santo Padre Urbano II, y advertidos por Bruno de que sus hermanos habían cobrado nuevos ánimos y estaban dispuestos a perseverar en aquel lugar, yo, fray Seguin, abad de Chaise-Dieu, con el consentimiento de mis religiosos, he devuelto a fray Landuino, nombrado Prior de los demás por Bruno, y a todos cuantos viven bajo su autoridad y a sus sucesores, la donación que nos había hecho Bruno ante la asamblea capitular del monasterio, en presencia de Hugo, obispo de Grenoble. Así, pues, hice entrega total, para ellos y para sus sucesores, de las tierras de Chartreuse, dejándolas a su voluntad completamente libres de toda servidumbre y con pleno derecho sobre ellas. En cuanto al acta de cesión que Bruno había hecho en favor nuestro, no se la hemos devuelto, porque nuestros hermanos reunidos en Capítulo no la han podido encontrar; pero si alguna vez apareciere, dicha acta les pertenece con todo derecho.

«Dado en el año 1090 de la Encarnación del Señor, el 15 de las calendas de octubre. Yo, fray Seguin, abad de Chaise-Dieu, firmo y sello esta carta en presencia del arzobispo de Lyon»⁸⁴.

⁸⁴ El hecho de que Hugo de Lyon estuviera presente y presidiera esta asamblea capitular pudiera extrañar. Evidentemente, el arzobispo de Lyon reemplaza a Hugo de Grenoble, que debería haber asistido... Como este no pudo acudir, pidió que le sustituyese, no su metropolitano el arzobispo de Vienne, con quien entonces no estaba en buenas relaciones, sino el arzobispo de Lyon que, siendo el primado de las Galias, tenía cierta precedencia de honor en las cuatro provincias eclesiásticas llamadas "Provincias lionesas".

Había que citar esta carta de Urbano II y el acta de Seguin, porque aun teniendo en cuenta el estilo oficial o jurídico, estereotipado, ¿no revelan cierto malestar? En otras palabras, la cesión de las tierras de Chartreuse por Bruno al dispersarse los hermanos ¿no fue juzgada como demasiado precipitada y radical, e, incluso, un tanto imprudente, por sus amigos? Y Seguin ¿no obró con afectada lentitud al restituir lo que se le acababa de dar? (Lo cual no indica necesariamente el mal humor de un propietario frustrado, sino la simple reacción de un administrador paciente).

Urbano II, para justificar su intervención, invoca el llamamiento que había dirigido a Bruno, y de algún modo carga con la responsabilidad del acta de cesión y excusa la prisa con que se procedió. Seguin insiste con energía, y por dos veces, en que la donación se la había hecho Bruno en toda regla, cómo queriendo tomar medidas para el futuro, en caso de que el eremitorio volviera a desaparecer algún día.

¿Y el acta de cesión que, a pesar de ser tan reciente, ninguno de los monjes capitulares consigue encontrar?...

Todo este conjunto da la impresión de recelo, de reserva... Se ve que Seguin obedece menos a la petición de Bruno que a la orden formal del Papa, y, aun obedeciendo, mira el porvenir: ¿ese grupo de ermitaños, si su Maestro no volviera, no se extinguirá por sí mismo, o no pedirá, como tantos otros, el afiliarse a la poderosa abadía vecina?

En este mes de septiembre de 1090 vemos, pues, restablecido en su primer estado al eremitorio de Chartreuse. Bruno está lejos, pero no ausente... Dentro de unos diez años podremos comprobar, por el contrario, el fervor, la unidad del grupo, la fidelidad de Landuino y la intensidad de la presencia invisible de Bruno entre sus hijos de Chartreuse.

¿Qué había sido de Bruno en las pocas semanas transcurridas desde su llegada a Roma?

Había encontrado a Urbano enfrentado con una situación política muy embrollada y precaria. El Papa había hecho su entrada solemne en Roma el 30 de junio de 1089, pero los partidarios del Emperador de Alemania, Enrique IV, y del antipapa Guiberto habían vuelto a la ofensiva contra Roma en la primavera de 1090, y Urbano había tenido que abandonar la Ciudad Eterna a fines de julio de

1090. ¿Dónde refugiarse? El Papa legítimo no contaba en Italia más que con dos baluartes fieles: en Toscana, con la valerosa condesa Matilde, «*habitus quidem feminae, sed animi per cuncta virilis: con faldas de mujer, pero con arrestos de varón*⁸⁵», y en el sur de la península, con los príncipes normandos que habían fundado allí un reino. El Papa prefirió retirarse al sur, donde permanecería tres años. Así, pues, en septiembre de 1090 se vio Bruno en el sur de Italia, en tierras gobernadas por los príncipes normandos.

¿Cuáles eran sus sentimientos? La *Crónica Magister* nos da en pocas palabras, demasiado breves según su costumbre, datos muy interesantes: «*Bruno se fue a la corte romana... Pero no pudiendo soportar todo el bullicio y la manera de vivir de aquella corte, se sintió más atraído hacia la soledad y la paz perdidas; por lo que abandonó la curia después de haber renunciado al arzobispado de Reggio para el que había sido elegido por deseo expreso del Papa, y se retiró a un desierto de Calabria llamado La Torre*». La *Crónica Laudemus* precisa que esta retirada de Bruno sucedió «*poco después de su llegada*⁸⁶».

El esfuerzo de Bruno por adaptarse al ritmo de vida de la corte pontificia parece haber sido leal. Es verdad que las circunstancias no eran muy favorables para tal adaptación: la difícil diplomacia de aquel tiempo, la guerra, el cisma, las intrigas, creaban un clima, un mundo en el que Bruno no llegaba a encajar. Y en el fondo de su corazón se dejaba sentir, tanto más vivo cuanto más lo contradecía la situación, el deseo de soledad y sosiego. ¿Cómo hubiera podido adaptarse al tumulto de la corte romana desterrada en aquel otoño de 1090, quien había gustado la paz, la oración, la amistad y la intimidad divina del eremitorio de Chartreuse?

Bruno expuso a Urbano II su desasosiego y solicitó el permiso de abandonar de nuevo la corte para volver a su desierto.

Pero Urbano II tenía entonces un delicado puesto que cubrir: el arzobispado de Reggio. Tanto en esta sede como en bastantes otras de la península, la política común de Urbano II y de los príncipes normandos tendía a sustituir poco a poco los obispos griegos por obispos latinos, a fin de mermar la influencia griega en Italia. A Basilio, archimandrita griego que ocupaba la sede

⁸⁵ Guigo, *Vita S. Hugonis*. P.L. 153, 767.

⁸⁶ La *Crónica Laudemus* se sitúa entre 1250 y 1300.

de Reggio, le había sustituido un latino, Guillermo. Pero Basilio vivía aún y pretendía recuperar su cargo al morir Guillermo. La sucesión se presentaba muy delicada, porque Basilio gozaba de la confianza del Basileus de Constantinopla, Alejo I Comneno, con quien precisamente entonces Urbano II procuraba estrechar sus relaciones. En 1090 la sede seguía aún vacante. Si Urbano quería proveer de un obispo latino a la sede de Reggio, tendría que escoger un hombre de tal personalidad que Basilio no pudiera darse por ofendido. ¿No era Bruno ese hombre indiscutible? Ya había demostrado que en asuntos difíciles sabía unir la firmeza con la prudencia, el celo por la verdad con la modestia. Por otra parte, su reputación se había extendido desde hacía mucho tiempo por toda la Iglesia; podía uno retirarse ante él sin sentirse humillado...

Urbano II decidió que se eligiera a Bruno para la sede de Reggio. ¿En qué fecha? Para precisarla disponemos de una referencia cierta. Rangier, el monje benedictino del monasterio de "La Cava⁸⁷", que finalmente fue elegido arzobispo de Reggio, firmaba ya una carta de confirmación en diciembre de 1091. Por consiguiente, hay que situar la propuesta del arzobispado de Reggio a Bruno y su negativa, entre el verano de 1090 (llegada de Bruno a la corte pontificia) y noviembre de 1091. No tiene nada de extraño esta prisa. Varias veces Urbano II nombró casi inmediatamente obispos, e incluso cardenales, a personalidades que llamaba junto a sí y que quería vincular al servicio de Santa Sede. Adelantaba el curso de las elecciones, manifestado su deseo; los electores que apenas conocían a los candidatos, se fiaban de la elección del Papa. Este fue claramente el caso de Bruno: de hecho fue elegido «*ipso Papa volente*», por deseo expreso del Papa.

El derecho autorizaba al elegido a rehusar la sede para la que había sido designado. Decididamente, Bruno usó de este derecho. Tal como le conocemos, debió de ser para él una grave crisis de conciencia. Toda su fe y su fidelidad a la Iglesia le impulsaban a servir a Urbano II, asumiendo la responsabilidad de la carga que juzgaba conveniente confiarle. Pero aceptar el arzobispado de Reggio era comprometerse definitivamente en una vida cuyo bullicio y estilo cortesano despertaba en él una repugnancia invencible. La soledad y el reposo interior constituían su vocación más profunda, como lo sabía muy bien después de seis años de Cartuja. Obispo, y sin duda muy pronto cardenal, hubiera tenido que

⁸⁷ Este Rangier no debe confundirse con otro Rangier, obispo de Lucca, que fue discípulo de Bruno en Reims y dedicó a su memoria uno de los Títulos Fúnebres que se han conservado (nº 3). Rangier de Reggio había hecho sus estudios en Marmoutiers. La elección de Rangier debió de ser asunto delicado, porque todavía en calidad de electus, y no de arzobispo consagrado, firmó las actas del Concilio de Clermont en noviembre de 1095.

acompañar al Papa en sus desplazamientos, tomar parte en todos los asuntos y grandes asambleas de la Iglesia, viéndose mezclado de cerca en la diplomacia pontificia⁸⁸... Y todo esto, sin esperanza de volver jamás a la soledad. ¡Qué importancia tiene este momento en la vida de San Bruno! Debió de tener conversaciones francas e íntimas con el Papa, abriéndole su alma y exponiendo sus deseos, sus aspiraciones, su camino, a aquel que tenía la misión de orientar su vida. Y Urbano, que podía mantener y confirmar su orden imponiendo a Bruno el episcopado bajo censuras eclesiásticas, reconoció al fin en su antiguo Maestro una vocación excepcional, un llamamiento particular... Rangier fue elegido para la sede de Reggio.

La decisión honraba tanto a Urbano II como a Bruno. Los dos se inclinaron ante esa realidad misteriosa, pero clara y real e imperiosa, que se llama vocación de Dios. Bruno, para tener el valor de contrariar un deseo del Papa; Urbano II, para renunciar a los servicios de un hombre a quien juzgaba muy apto para ayudarle y aconsejarle en sus dificultades. En ese nivel de inspiración divina, superior a la sabiduría humana y a la más santa amistad, parece que hemos de situar la decisión del Papa al dejar en libertad a Bruno.

Urbano II, no lo olvidemos, había sido monje; además se había formado en la escuela de San Benito, iniciándose en esa mística que hace al alma tan atenta al misterio de Dios y da un sentido profundamente eclesial a una vida consagrada por entero a la adoración y alabanza de Dios, en unión con Cristo, muerto y resucitado.

Pues bien, Bruno descubre ahora esa vocación contemplativa con toda su pureza e intransigencia, con todas sus exigencias y su sed de absoluto. Dios estaba allí evidentemente, imponiendo sus designios y sus caminos. ¿Cómo no

⁸⁸ Como consecuencia de un error de Dom Enrique Kalkar en su **De ortu progressu...** (MS 1438), aceptado y explotado por Dom Francisco du Puy en su *Vita Sancti Brunonis* (1515), algunos historiadores hicieron participar a Bruno en los concilios de Melfi, de Troia en la Pouille, de Benevento, de Piacenza e incluso en el Clermont. Hay que renunciar a esta leyenda, tan seductora para los que lamentan que Bruno no desempeñara ningún papel en los grandes asuntos de la Iglesia. Nunca se ha visto en los documentos la menor traza de la presencia de Bruno en algún concilio de la época. Ni siquiera en el Concilio de Benevento, al que hubiera podido asistir, ya que se celebró del 28 al 31 de marzo de 1091. Renunciemos también definitivamente a esa otra leyenda que pretende que Bruno compuso el prefacio de la Santísima Virgen y lo hizo adoptar en el Concilio de Piacenza. Ese prefacio se compuso varios siglos antes de Urbano II. -Recordemos aquí la existencia de un bellissimo cuadro de Zurbarán, que representa a Urbano II y a Bruno, solos, sentados frente a frente. Esta obra maestra del pintor monástico por excelencia se conserva hoy en Sevilla.

iba a comprender el antiguo hijo de San Benito que, en el plano del verdadero bien de la Iglesia, Bruno ermitaño, continuando su obra contemplativa, pesaba mucho más que Bruno arzobispo de Reggio y dignatario de la corte pontificia? Hace unos meses Bruno había sacrificado su vocación de ermitaño a una llamada del Papa; ahora Urbano II sacrificaba su llamamiento ante una llamada superior descubierta en el alma de Bruno. A través de este sacrificio la Iglesia reconocía el valor eminente de la vida puramente contemplativa para su obra de Redención. Estamos en un punto cumbre de la vida de Urbano y de la de Bruno⁸⁹.

Aquí se presenta una cuestión que la historia, en el estado actual de los conocimientos, es incapaz de solucionar decisivamente. ¿Por qué Urbano II, que autorizó a Bruno a seguir el camino de la pura contemplación, no le permitió volver sencillamente a Chartreuse? ¿Por qué le orientó hacia una nueva fundación en Calabria?

Que Bruno hubiera deseado espontáneamente volver a Chartreuse, apenas podemos ponerlo en duda. Jamás tuvo la idea de fundar una Orden religiosa. El eremitorio de Chartreuse que, tanto por sus condiciones geográficas y climáticas como por la intención de Bruno, limitaba a un número reducido los candidatos, le bastaba. Su alma tendía a volver humildemente y con sencillez a aquel lugar donde había gustado la soledad y la paz del desierto durante seis años. Todo le llamaba hacia sus hijos de Chartreuse: los amaba y se sentía amado. Podía prever de antemano su alegría ante la noticia de su vuelta... Además ¿no lo necesitaban mucho todavía? Indudablemente, les escribía y tenía el firme propósito de mantener con ellos este vínculo epistolar; pero ¿qué correspondencia, por frecuente que esa, equivalió nunca a la presencia, al ideal vivido juntos?... Sin embargo, Bruno, en su deseo de volver a Chartreuse, tropezó con la voluntad expresa de Urbano II: debía quedarse en Italia.

⁸⁹ En este momento de la vida de San Bruno, no podemos menos de recordar la Const. Apostólica de Pío XI llamada **Umbratilem** (AAS XVI, 378 ss -1924-). Las ideas que expresa Pío XI ¿no son las que inspiraron la decisión de Urbano II? “Dios benignísimo -dice-, que en ningún tiempo ha dejado de mirar por los intereses y necesidades de su Iglesia, escogió a Bruno, varón de insigne santidad, para devolver a la vida contemplativa el lustre de su prístina pureza... Nunca faltó a Bruno la estima y benevolencia de nuestro antecesor Urbano II, que, habiendo tenido por maestro en las escuelas de Reims a este doctísimo y santísimo varón, más tarde, siendo Pontífice, le llamó a su lado para servirse de consejero... Fácilmente se comprende que contribuyen mucho más al incremento de la Iglesia y a la salvación del género humano los que asiduamente cumplen con su deber de oración y penitencia, que quienes con sus sudores y fatigas cultivan el campo del Señor”.

Poniéndonos en el plano espiritual, en el que fácilmente podemos situar al Papa, ¿no podríamos aventurar una hipótesis, cuando aceptó la renuncia de Bruno al arzobispado de Reggio? En el momento en que sentía sobre sí el peso de una Iglesia amenazada en el interior por el cisma y en el exterior por la guerra, ¿no habría deseado Urbano II que este foco espiritual del eremitismo de Bruno estuviera, por así decirlo, al alcance de su mano? Foco de oración e impetración del favor divino; foco igualmente de sabiduría, de recogimiento y de consejo, a donde pudiera acudir sin mucha dificultad. Urbano II, aun aceptando la vocación eremítica de Bruno, podía sin embargo utilizarla incluso como un valioso instrumento en su espinosa política con los normandos. No eran éstos unos amigos gratos. Todavía en 1083, viniendo en apoyo de Gregorio VII, habían saqueado Roma. Siempre era de temer un cambio político por su parte. La fundación de Bruno en Calabria les honraría y favorecería su estrategia de latinización, uniéndolos más estrechamente a la Santa Sede. Sólo son hipótesis, pero un hecho es cierto: que Bruno volvió a su vida eremítica, no en Chartreuse sino en Calabria.

Este hecho tuvo para la experiencia eremítica de Bruno una importancia considerable. En primer lugar, la misma Chartreuse dará pruebas de estar tan profundamente impregnada del espíritu de Bruno, que el grupo de ermitaños, a pesar de su ausencia, puede vivir fervorosamente según su ideal. En contrapartida, Bruno va a probar en Calabria que su experiencia en Chartreuse, por favorecida que estuviera por ciertas condiciones y circunstancia no estaba necesariamente ligada al lugar de Chartreuse, y que por tanto podía repetirse en otras partes siempre que un grupo de hombres, animados de su espíritu, se entregara totalmente al eremitismo. Nada más ajeno a su mente, como hemos dicho, que el pensamiento de fundar una Orden religiosa; pero durante el resto de su vida habría dos eremitorios que, en condiciones bastante diversas, seguirían un plan de vida idéntico; ningún lazo jurídico los uniría, pero arderían en la misma llama.

¿En qué fecha fue Bruno a instalarse en Calabria? Unos dicen que en 1090; otros, en 1091 ó 1092, e incluso hay algunos que retrasan esta fecha hasta 1095. Esto último parece poco verosímil, pues no se ve por qué, estando arreglado el asunto del arzobispado de Reggio, Urbano II obligara a Bruno a permanecer en la corte pontificia. Por el contrario, es probable que Bruno necesitara algún tiempo para escoger el lugar preciso para su nuevo eremitorio, arreglara todas las cuestiones relativas a su fundación, por pobre que fuera, y reuniera los hombres que habrían de formar su pequeña comunidad.

Fijar la fecha del comienzo del eremitorio a fines de 1091 o en los primeros meses de 1092 para razonable. Pretender determinar con demasiada precisión el tiempo que pasó desde la salida de Bruno de la corte pontificia hasta su nueva fundación sería un tanto temerario. Parece que Bruno permaneció en la corte de Urbano II alrededor de un año⁹⁰.

⁹⁰ Tomándola de “un antiguo manuscrito de la Cartuja de Calabria, el analista cartujano Tromby, siglo XVIII, transcribe en su **Storia** (T. II. Ap. I, P. LX, n^o XI, n^o 1) una carta fechada en el tercer año del pontificado de Urbano II”, en la cual el Papa donaba a Bruno la Iglesia de San Ciriaco en las termas de Diocleciano “para vivir libremente en la soledad con un compañero”. Probablemente esta carta fue falsificada en el siglo XVII, pero siguiendo a los historiadores más ponderados, nosotros no nos pronunciamos sobre su autenticidad.

Capítulo VII

Calabria, o la soledad reconquistada

El período calabrés de la vida de Bruno es para el historiador una etapa oscura. No sólo porque, como todos los demás períodos de la vida de nuestro santo, está plagado de leyendas y piadosas amplificaciones de los hagiógrafos, sino también porque la misma historia de Calabria y de la fundación de Bruno fueron entonces especialmente accidentadas.

Cuando se sabe lo ocurrido con las reliquias de Bruno durante los cuatro siglos que siguieron a su muerte, como después veremos, apenas se extraña uno de que los posibles recuerdos de su estancia en Calabria hayan prácticamente desaparecido. Siempre se sufre alguna pérdida cuando una Orden religiosa cede durante más de tres siglos a monjes de otra observancia uno de sus «*lugares sagrados*». Sin embargo, en esta suerte de ruptura de tradiciones, en las que todo un pasado desaparece, se suele salvar cierto tipo de documentos: los títulos de propiedad y sus archivos. En el caso de la fundación de Calabria, hasta esos documentos han desaparecido en su mayor parte. Varios incendios, un terremoto (7 de febrero de 1783), las destrucciones y saqueos de las guerras napoleónicas y muchos otros sucesos menos importantes bastarían para explicar tal pérdida. Lo que, a pesar de todo, había sobrevivido a esos desastres, se hallaba reunido, al parecer, en el Archivo Grande de Nápoles desde comienzos del siglo XIX; pero durante los sucesos de 1943 se quemó todo, hasta la última hoja... Por suerte, hacia el año 1900, un erudito, el profesor Garufi, había fotocopiado los originales aún existentes.

Otro hecho contribuyó no poco a embrollar esta historia: el eremitorio de Calabria había sido dotado con regia munificencia por el conde Roger, y estas riquezas darían lugar más tarde, como suele suceder, a ásperas disputas. Especialmente en la segunda mitad del siglo XVIII, los cartujos, que se habían vuelto a hacer cargo de estas tierras el 27 de febrero de 1514, tuvieron que sostener un largo pleito con el fisco napolitano. Este se esforzaba por demostrar la no autenticidad de las actas de donación de los príncipes normandos, a fin de expoliar a la Orden cartujana de sus bienes. Tales pleitos apenas suelen favorecer la objetividad histórica, sobre todo cuando uno de los contendientes dispone del poder del Estado. Hoy, sin embargo, algunos especialistas han emprendido de nuevo el estudio imparcial de las cartas de donación. Aunque el trabajo no está

acabado, ya desde ahora podemos estar ciertos de que la mayor parte de las actas repudiadas por el fisco de Nápoles son plenamente auténticas⁹¹.

Entre tantos infortunios, el historiador de San Bruno ha tenido suerte al menos en un punto. Cuando el 27 de febrero de 1514 los cartujos volvieron a tomar posesión del monasterio de Calabria, sustituyendo a los cistercienses que lo habían ocupado desde 1193, Dom Constancio de Rigetis, natural de Bolonia, profeso de la Cartuja de Montelli, fue enviado como Rector de la naciente casa. Un año más tarde, como la Cartuja de Calabria estuviera ya suficientemente restaurada, se le nombró un Prior regular, y Dom Constancio pudo consagrarse por entero a la investigación sistemática de los archivos de la casa. Con piedad filial, buscó y agrupó todo lo concerniente a Bruno y a los primeros años de la fundación. A medida que avanzaba en sus descubrimientos, copiaba con escrupulosa exactitud los manuscritos, los describía con mucha objetividad e indicaba las distintas fuentes. Cuando era necesario interpretar algunos pasajes, señalaba con gran honradez lo que era hipótesis y corrección suya, distinguiendo claramente sus propios comentarios.

De este trabajo de Constancio nos han llegado dos copias: una parece digna de todo crédito. Es de 1629 y se debe al cartujo napolitano Dom Severo de Trafaglione⁹²; la otra, incompleta y mucho más dudosa, es la reproducida por Tromby (s. XVIII) en su *Storia...* El estudio crítico de este texto confirma lo que ya sabíamos por otras fuentes acerca de Dom Constancio: «*Vir fuit magnae prudentiae, et religionis, et litteris humanis non mediocriter eruditus, gravitate et pietate praecipuus*». Dom Constancio era un trabajador honrado, sincero, preciso, puntual y muy cuidadoso de la exactitud. Para el historiador ha sido una suerte que emprendiera sus investigaciones en los archivos del monasterio de Calabria y que nos hayan llegado hasta nosotros sus resultados. «*Sin Constancio, dicen los autores de Aux Sources de la vie cartusienne, el rostro de San Bruno y la historia de su fundación no hubiera podido salir jamás de las brumas de la leyenda hagiográfica*».

Es indispensable exponer las dificultades con que tropieza el historiador del período calabrés de la vida de San Bruno, para que se aprecien en todo su valor y con todo su relieve los datos que se pueden considerar históricamente seguros. Todos estos documentos han sido examinados, estudiados y

⁹¹ En cambio, la gran Carta que relata un milagro de San Bruno a favor del Conde Roger en el asedio de Capua, y que tanto han utilizado los biógrafos, es apócrifa.

⁹² Se conserva en la biblioteca de Grenoble, con el n.º MS 630 bis, ms. Constantius.

comparados por los modernos historiadores de los orígenes de la Gran Cartuja, deduciendo de ellos un conjunto de hechos completamente ciertos, aunque todavía quedan numerosas lagunas.

¿Cuál era la situación de Calabria cuando Bruno fue a levantar su nueva fundación? Ya hemos aludido a ello, pero conviene que volvamos a evocar el ambiente de aquel tiempo. Bruno se encuentra ahora con dificultades muy distintas de las de Chartreuse. En la primera Cartuja, la fundación le fue facilitada al máximo por Hugo de Grenoble, que comprendía su ideal hasta el punto de hacerlo suyo, apoyándole con toda su autoridad y prodigándole sus consejos y ayuda. Era la naturaleza, el clima, el lugar mismo, lo que creaba una serie de dificultades, que por otra parte favorecían su plan de absoluta soledad. En cambio en Calabria fueron los hombres más que la naturaleza los que entorpecieron su proyecto. Bruno se vio envuelto en un ambiente político y religioso que condicionó pesadamente su fundación y que es preciso describir previamente para comprender bien su obra.

En 1057-1060, dos «príncipes normandos», Roberto Guiscard y su hermano menor Rogerio conquistaron con cierta rapidez, a pesar de sus pocos medios, Apulia (hoy Puglia) y Calabria, que entonces eran teóricamente una posesión del imperio griego. En 1060, Roberto y Rogerio emprendieron la conquista de Sicilia, donde se enfrentaban griegos y árabes. Tardarían veinte años en llevar a cabo su empresa; la última batalla tuvo lugar en 1091. Roberto, que había creado para sí el título de duque de Apulia, gobernaba como señor feudal el conjunto de sus conquistas. Rogerio, con el título de conde, gobernaba Sicilia y Calabria bajo el dominio de su hermano. En 1085 la conquista de Sicilia estaba lo suficientemente avanzada y consolidada para que el duque Roberto emprendiera la guerra contra las islas griegas. Murió en Corfú. El 17 de julio de 1085 su hijo Rogerio Borsa fue creado duque de Apulia. Era, pues, señor feudal del conde Rogerio, su tío, cuando Bruno fundó su eremitorio en Calabria⁹³.

En 1091 el conde Rogerio acabó la conquista de Sicilia y emprendió la organización de su nuevo condado, revelando en esta tarea sus excepcionales dotes de gobierno.

⁹³ El principal estudio de conjunto sobre esta cuestión sigue siendo, aunque anticuado y no muy crítico, el libro de Chalandon: **Histoire de la domination normande en Italie et en Sicile**. Paris, Picard. 1907. 2 vol. - Conviene cotejar sus afirmaciones, cuando sea posible, con los trabajos actuales de L.R. Ménager sobre la historia de la Italia meridional medieval-.

Su principal problema era la coexistencia pacífica de los elementos étnicos hasta entonces opuestos entre sí: católicos latinos, cristianos griegos, musulmanes. En su política religiosa aparece clara una tendencia: favorecer a los latinos con detrimento de los griegos, incluso de los griegos católicos. Así, varios obispados griegos, bien por deposición del titular, como en Reggio, bien por sucesión normal, fueron transferidos a los latinos. En cuanto a los monjes griegos, el conde Rogerio tendía a hacerles emigrar de Calabria, donde los consideraba demasiado poderosos, a Sicilia, para que sirvieran de contrapeso a la presencia islámica.

Por esto, el momento en que Bruno buscaba un lugar para su vida eremítica en Calabria, era muy favorable, demasiado quizá, para el monaquismo latino: Rogerio despojaba a los monjes griegos de Calabria de sus bienes para dotar con ellos a los monjes latinos. Se ha podido decir que los monjes latinos aparecían como «*los liquidadores del pasado monástico griego*⁹⁴».

¿Cómo reaccionaron los Papas ante la invasión del sur de Italia por los príncipes normandos? Ante todo, no juzguemos con una mentalidad de hoy los juegos políticos y guerreros de aquella época. En realidad, las relaciones entre los Papas y los nuevos amos del sur de Italia no fueron siempre fáciles. Pero es un hecho que al principio del pontificado de Urbano II, cuando las expediciones del emperador Enrique IV amenazaban toda la península, los príncipes normandos se mantuvieron fieles al Papa. Inmediatamente después de su elección, en la primavera de 1088, Urbano II juzgó hábil y prudente bajar hacia el sur y ponerse en contacto con los normandos. Y cuando en el verano de 1090 se vea obligado por Enrique IV a abandonar Roma, buscará y hallará asilo en los territorios de los príncipes normandos, donde permanecerá tres años (1090-1093).

La decisión de Bruno de volver a la vida eremítica tuvo lugar en el momento en que Urbano II y el conde Rogerio procuraban darse muestras de una amistad inquebrantable. Por lo demás, la política de latinización de la vida monástica que inaugura el conde Rogerio en Calabria no es vista con malos ojos por la corte pontificia. En cuanto a Bruno, sólo le domina una idea: volver a hallar en Calabria, en la medida en que las circunstancias se lo permitan, la soledad y la paz de que había gozado en Chartreuse.

⁹⁴ Cf. L.R. Ménager, Art. La "Byzantinisation" religieuse de l'Italie ..., en Revue d'Histoire ecclésiastique, v. LIV, (1959), n° 1.

¿Pensó realmente Bruno hallar jamás en Calabria un lugar tan perfectamente adaptado a su idea de la vida eremítica como Chartreuse? Los biógrafos han hecho esfuerzos por explicar, o «realzar» sencillamente, la elección del sitio de La Torre por Bruno.

Según unos, Urbano II habría encargado a Bruno una misión importante ante los príncipes normandos; al conocer el duque Rogerio los proyectos eremíticos de Bruno, habría creído por un momento que sus propias tierras proporcionarían a los ermitaños el lugar ideal que buscaban. Pero, finalmente, no encontrando Bruno en las posesiones del duque Rogerio lo que convenía a su fundación, el conde Rogerio le habría ofrecido grandes bienes para retenerlo en sus estados...

Otros han creado la leyenda -graciosa y bastante común en el folklore eremítico- de un Bruno sorprendido en oración durante una cacería del conde Rogerio... Algunos de los más serios han sostenido que Bruno habría vivido algún tiempo en la corte del conde antes de decidirse en su elección... Cosa por lo demás no inverosímil, con tal de no alargar demasiado tal estancia. Al menos es cierto que para examinar el terreno y luego, una vez hecha la elección, para arreglar todas las cuestiones administrativas, Bruno debió ponerse en contacto con el conde Rogerio y su corte...

Pero es probable que las cosas ocurrieran más sencillamente, como suele suceder cuando un fundador busca un lugar adecuado para su fundación: recorre la región donde piensa encontrar lo que desea, examina todas las posibilidades y una vez hecha la elección, entra en tratos para adquirir el terreno. La única anécdota que pudiera añadirse en el caso de Bruno a esta banal historia, es que Urbano II encontró al conde Rogerio en la pequeña ciudad de Mileto a principios de junio de 1091, y que indudablemente le informó entonces del proyecto de Bruno, encomendándolo a sus cuidados. El desierto de la Torre está situado a pocos kilómetros de Mileto.

En cambio, es cierto, según la carta de confirmación extendida por el obispo de Squillace el 7 de diciembre de 1091, que la donación del desierto de la Torre, y por tanto muy probablemente la instalación de Bruno y sus compañeros, tuvo lugar antes del 7 de diciembre de 1091.

El lugar donde Bruno instaló su nuevo eremitorio se llamaba Santa María de la Torre. Era un desierto situado a 850 metros de altitud, casi equidistante de

ambos mares, entre las ciudades de Stylo y Arena. El acta de donación añadía a este donativo una legua cuadrada de terreno lindante con este desierto, con sus bosques, prados, pastos, aguas, molinos y todos los derechos de señorío. Cuando se examina el mapa de la región, no puede uno menos de extrañarse de que Bruno prefiriera este lugar de una soledad relativa y bastante amenazada, a otros rincones más «perdidos» en las montañas de Calabria. ¿Cuestión de prudencia en un país todavía no pacificado por completo? ¿Cuestión de seguridad en medio de una población que había sido perjudicada en una de sus partes (el elemento griego) en beneficio de la otra (el elemento latino)? ¿O quizás porque en el desierto de la Torre había ya algún edificio monacal construido por los griegos? Conviene señalar también que Stylo había sido precisamente uno de los baluartes de la resistencia griega a los normandos en tiempos de la conquista de 1060. De todos modos, Santa María de la Torre no ofrecía a la soledad de los ermitaños las mismas «defensas» naturales que la Chartreuse. En su carta a Raúl le Verd, Bruno empleará para caracterizar su soledad un epíteto de matriz más bien restrictivo: «*Vivo en un desierto de Calabria, bastante alejado (satis remotam) de todo poblado*». ¿No hubiera reforzado más su expresión si se hubiera tratado del emplazamiento de Chartreuse?

A Santa María de la Torre Bruno no partió solo. Tenía compañeros, como cuando se fue a Chartreuse. ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? En la carta a Raúl le Verd, dice que vive «*con sus hermanos en religión, algunos de los cuales son muy doctos*», lo que da a entender que el grupo se componía de cierto número de ermitaños. La carta no es anterior a 1096, y en esta época la pequeña comunidad debía contar con quince o veinte miembros. A la muerte de Bruno serán treinta.

Gracias a Constancio poseemos dos listas de los compañeros de Bruno en Calabria: Un obituario⁹⁵ de la fundación, que contenía también la profesión de fe hecha por Bruno antes de morir, y la lista de treinta ermitaños que prestaron juramento al beato Lanuino en 1101. No figura ningún nombre de los seis primeros compañeros de Chartreuse. Lo cual no excluye totalmente que algunos ermitaños de Chartreuse hubieran acompañado a Bruno o se hubieran reunido con él en Italia⁹⁶.

⁹⁵ Es decir, la lista de los difuntos, con el día de su madre o sepultura.

⁹⁶ Preferimos dejar la cuestión abierta, aunque personalmente nos inclinamos por una respuesta negativa. Dos cartas parecen indicar que algunos ermitaños, entre ellos Lanuino, vinieron de Chartreuse con Bruno. En primer lugar, la carta de donación del conde Rogerio (1090): “Queremos poner en conocimiento vuestro que, por la misericordia de Dios, unos hombres abrasados de celo por la religión, Bruno y Lanuino, han venido de Francia con algunos compañeros a nuestras tierras de Calabria.

Entre los primeros compañeros de Bruno, parece que debemos contar a Lanuino, un normando habilísimo para los negocios, como luego veremos. Pero ¿nos da esto alguna luz sobre la cuestión propuesta? ¿Formaba este normando parte del cortejo de los príncipes? ¿Vino de la Chartreuse con Bruno? ¿Acudió de Francia al saber que Bruno iba a fundar un nuevo eremitorio? La realidad es, quizá, más sencilla de lo que nos imaginamos: sabiendo lo que sabemos de la irradiación personal de Bruno y del atractivo que sentían entonces muchas almas por la vida eremítica, ¿no podemos suponer sencillamente que, al conocerse su proyecto, algunos normandos emigrados (entre los que se contaba Lanuino) se pusieron en contacto con Bruno, solicitando el favor de acompañarle?

Como en la fundación de Chartreuse, parece que también había entre ellos laicos y clérigos. La *Crónica Magister*, tan parca en palabras, relata así la fundación del monasterio de Calabria: «Bruno... se retiró a un desierto llamado La Torre, y allí, en compañía de muchos (*quamplurimis*) laicos y clérigos, practicó su ideal de vida solitaria hasta el día de su muerte».

Volvamos al hecho central, bien comprobado. Para fines de 1091 Bruno había fundado un nuevo eremitorio en Santa María de la Torre, y en él vivía con varios compañeros, laicos y clérigos.

Allí permanecerá diez años.

Para el historiador surge entonces una cuestión grave, que interesa no sólo a la Orden cartujana, sino a todo el que haya seguido en el alma de Bruno el desarrollo de su atracción, tan pura y excepcional, hacia la soledad de Dios.

Habiendo despreciado todas las vanidades del mundo, se han propuesto vivir solo para Dios. Conociendo sus piadosos deseos y queriendo participar de sus oraciones, hemos conseguido, después de mucho insistir, que escogieran en nuestras posesiones un lugar conveniente para servir a Dios según sus deseos". La segunda carta es del duque Rogerio, que confirma en 1094 la donación del conde Rogerio: "Bruno y Lanuino han venido de Francia a Calabria con sus compañeros. Están llenos de santo celo y admirable piedad. Dios ha querido traerlos a nuestro ducado, pero no encontrando en nuestras posesiones un lugar suficientemente solitario, Rogerio, conde de Calabria y de Sicilia, les ha recibido en sus tierras". Desgraciadamente, estas dos cartas parecen apócrifas y faltan entre los documentos relativos a los privilegios de las iglesias de su feudo, que Rogerio II, hijo del conde Rogerio y excelente administrador, mandó coleccionar en 1144. -Faltan igualmente otros dos documentos: la gran carta que narra la aparición de Bruno al conde Rogerio en el sitio de Capua y la lista de los traidores de dicho asedio, que se dieron como siervos al eremitorio de Bruno. Dos documentos que, por otras razones, consideramos apócrifos.

Como es incierta la autenticidad de las cartas de donación⁹⁷ de Calabria, tanto de los documentos pontificios como de las actas civiles, apoyándose en dos cartas, una de 1098 ó 99 (la que escribía el conde Rogerio al volver del asedio de Capua) y la otra del 4 de junio de 1102 (relativa a los traidores del mismo asedio), se podría sostener que Bruno había establecido en Calabria un conjunto monástico bastante diferente del de Chartreuse. Concretando, habrían existido dos casas a kilómetro y medio de distancia; una, el verdadero y estricto eremitorio en Santa María de la Torre, y la otra, que también podría haber sido un eremitorio, pero que más probablemente fue un cenobio, sin la soledad estricta de los ermitaños. Aquí se reunirían los religiosos ineptos para la vida eremítica, y los novicios recibirían una primera formación.

Si así hubiera sido, habría quedado profundamente modificado el proyecto primitivo de Bruno de una pureza absoluta, de una vida contemplativa integral. Bruno habría terminado por aceptar una fórmula más parecida a ciertos tipos mixtos de eremitorio y cenobio, entonces en uso de la Iglesia, como por ejemplo los camaldulenses. Sobre todo, Bruno sería responsable de la rápida evolución de Santa María de la Torre; porque el cenobio (que de hecho se fundará 20 años después de la muerte de Bruno) irá desarrollándose en detrimento del eremitorio. Hasta tal extremo que en 1193 Guillermo de Messina pedirá la afiliación de la Cartuja de Calabria a la Orden cisterciense...

Las recientes investigaciones de los Padres Cartujos han probado con certeza que las dos cartas son apócrifas, y que jamás hubo cenobio en Santa María de la Torre en tiempos de Bruno. La casa de San Esteban no fue fundada hasta veinte años después de la muerte de Bruno. Entre tanto, en 1114, se fundó el Monasterio de Santiago de Montauro. Montauro era un caserío donde había una iglesia dedicada a Santiago. En 1094, el conde Rogerio les había concedido allí grandes terrenos a los ermitaños de Santa María de la Torre. A petición de Lanuino, segundo superior del desierto, el Papa erigió un monasterio destinado a los religiosos que encontrasen demasiado rigurosa la regla estricta del eremitorio, y también para los ancianos y enfermos. Se decidió igualmente que los candidatos a la vida eremítica pasaran allí una primera «probación» antes de ser admitidos en Santa María de la Torre. Esta fundación, como veremos, se hizo trece años después de la muerte de Bruno. Y de todos modos no suscitaba los mismos problemas que San Esteban. Santiago de Montauro estaba cerca de

⁹⁷ Se designa con este nombre a las actas jurídicas en las que se consignan las donaciones de tierras, casas, granjas, incluso siervos y, en general toda concesión de derechos. Cf. *Infra* p. 134 s.

Squillace, junto al mar Jónico, a unos cuarenta kilómetros de Santa María de la Torre: no cabía ninguna confusión entre el eremitorio de Santa María y el cenobio de Santiago.

De estos estudios surge un hecho muy importante, en adelante indiscutible: que durante la vida de Bruno en el desierto de la Torre sólo hubo una fundación, Santa María, y ésta era un eremitorio.

Aclarado este punto histórico, queda el camino libre de nuevo para reconstruir la atmósfera en la que vivió Bruno e hizo vivir a sus compañeros de Santa María de la Torre. Todo viene a descubrirnos un Bruno perfectamente fiel a sí mismo y a la gracia de la vida puramente contemplativa. A través de las cartas, de los documentos pontificios o episcopales, percibimos la admiración y estima que rodeaban a Bruno: su excepcional y casi legendaria bondad, sus sólidas y escogidas amistades, su profunda piedad, su amor a la soledad y a la paz, su ascendiente humano y espiritual entre sus hermanos y también entre sus contemporáneos, especialmente ante la Santa Sede y el conde Rogerio.

Aún teniendo en cuenta las exageraciones inevitables de tales documentos, no se concibe que el hombre que fue objeto de tanta veneración, de tanto respeto y afecto, no fuera una personalidad religiosa excepcional, y que su ideal de vida consagrada por entero al amor de Dios y a la pura contemplación, no despertara un profundo eco en el alma de los que le trataron.

Capítulo VIII

La vida contemplativa según las cartas de S. Bruno

Para evocar hoy el ambiente de los años que Bruno pasó en Calabria, disponemos de documentos infinitamente más valiosos y seguros que todos los testimonios de sus admiradores: dos cartas que él escribió entonces, una a su amigo Raúl le Verd, y a otra, a los Hermanos de Chartreuse. Las dos, notémoslo, datan de los últimos años de Bruno; la Carta a Raúl le Verd fue escrita entre 1096-1101; la otra, en 1099 y 1100. En ambas se expresa Bruno libremente, con toda nitidez. Con Raúl usará un estilo más literario, más unido, un tanto convencional y erudito; con sus Hermanos de Chartreuse hablará con toda sencillez, en un lenguaje cordial y directo; pero las dos son de una sinceridad y una apertura de alma conmovedoras. Nos descubren en una luz discreta, tamizada, pero maravillosa, el alma profunda de Bruno al final de su vida, y casi al término de su experiencia de la vida puramente contemplativa.

A estas dos cartas convendría añadir, en este estudio del alma de Bruno, la profesión de fe que quiso pronunciar antes de morir. Después hablaremos de ella. Por su acento y expresión, también ella a su manera nos hace penetrar un poco más adentro en el secreto espiritual de Bruno.

Veamos, en primer lugar, la Carta a Raúl le Verd. Raúl era, como dijimos, uno de los dos amigos con quienes Bruno, en el jardín de Adam, había hecho voto de abandonar el mundo y abrazar la vida monástica. Los años habían pasado... Bruno había cumplido su voto. Raúl había vuelto a Reims y vivía allí. Cuando el deán Manasés llegó a ser arzobispo de Reims en 1096, Raúl fue nombrado deán del Cabildo de la catedral. La amistad entre Bruno y Raúl no se enfrió. Según nos dice Bruno, Raúl le había escrito cartas encantadoras dándole delicadas muestras de amistad, le había prodigado favores tanto a él como a su compañero Fr. Bernardo y le había probado con otros muchos detalles su afecto. Y Bruno le responde... De esta correspondencia sólo nos ha quedado esta carta preciosa.

La amistad de Bruno está enraizada en Dios. Por eso se inquieta por el futuro espiritual de su amigo. Raúl había hecho años atrás un voto preciso,

formal, y no lo había cumplido. No estaba en regla con Dios. ¿Cual sería su suerte eterna si muriera en su perjurio? «Si, lo que Dios no permita, partieras de esta vida sin pagar la deuda de tu voto, me dejarías sumido en una continua tristeza, sin ninguna esperanza de consuelo». En este supuesto, Bruno expone a Raúl la gravedad de su situación, con energía y a veces quizá con rudeza, pero siempre con mucho tacto. Veamos íntegro el texto de la carta antes de comentarlo⁹⁸:

«1. Al venerable señor Raúl, deán del Cabildo de Reims, digno del más sincero afecto, envía Bruno un cordial saludo.

»La fidelidad a una vieja y probada amistad es por tu parte tanto más admirable y digna de encomio, cuanto que rara vez se encuentra entre los hombres. Ni el tiempo, ni las distancias, que tan alejados han mantenido nuestros cuerpos, han sido capaces de arrancar de tu ánimo el afecto hacia tu amigo. De ello me has dado suficientes pruebas, no sólo en tus encantadoras cartas, llenas de tan gratas muestras de amistad, sino también en los abundantes favores que me has prestado a mí personalmente y a fr. Bernardo por mi causa, y en otros muchos detalles. Reciba por ello tu bondad nuestro agradecimiento, que si no iguala a tus méritos, nace al menos de la fuente pura del amor.

»2. Hace algún tiempo te enviamos una carta con un peregrino que se había mostrado bastante fiel en otros mensajes; pero como no le hemos vuelto a ver desde entonces, nos ha parecido mejor ahora enviarte a uno de los nuestros que, de palabra y con todo detalle como no podríamos hacerlo por escrito, te explique la vida que aquí llevamos.

»3. Te comunico en primer lugar, creyendo que no dejará de agradarte, que en lo tocante a la salud del cuerpo y en los negocios temporales todo va a la medida de mis deseos. ¡Ojalá ocurriera lo mismo en los asuntos del alma! Espero, sin embargo, y pido al Señor, que su mano misericordiosa sane mis flaquezas interiores y colme mi anhelo con sus bienes.

»4. Vivo en un desierto de Calabria, bastante alejado por todas partes de todo poblado. Y conmigo viven otros hermanos religiosos, muy eruditos algunos, que, como centinelas divinos, esperan la llegada del Señor, para abrirle apenas llame. ¿Cómo describirte dignamente la amenidad del lugar, lo templado y sano de sus aires, sus anchas y graciosas llanuras, que se extienden a lo largo entre los montes, con verdes praderas y

⁹⁸ Para la traducción hemos seguido el texto latino publicado en **Lettres des Premiers Chartreux** (Col. **Sources Chrétiennes**, ed. Du Cerf. 1962, pp. 66-82). Es la reproducción del texto de un manuscrito del siglo XII, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Berlín y que proviene de la Abadía de Saint-Arnould de Metz (Berlín. Bibl. Nat. Phillips 1694 -cat. Rose 180 fol. 27, vº. 29-).

floridos pastos? ¿O la vista de las colinas que se elevan en suaves pendientes por todas partes, y el retiro de los umbrosos valles con su encantadora abundancia de ríos, arroyos y fuentes? Tampoco faltan huertos de regadío, ni árboles de abundantes y variados frutos.

»5. Mas ¿para qué detenerme tanto en estos temas? Otros son los deleites del varón sabio, más gratos y útiles, por ser divinos. Sin embargo, estas pistas sirven frecuentemente de solaz y respiro a nuestro frágil espíritu, cuando está fatigado por una dura disciplina y la continua aplicación a las cosas espirituales. El arco siempre armado, o flojo o quebrado.

»6. Cuánta utilidad y gozo divino traen consigo la soledad y el silencio del desierto a quien los ame, sólo lo conocen quienes lo han experimentado.

»Aquí pueden los hombres esforzados recogerse en su interior cuanto quieran, morar consigo, cultivar sin cesar los gérmenes de las virtudes y alimentarse felizmente de los frutos del paraíso. Aquí se adquiere aquel ojo limpio, cuya serena mirada hiere de amores al Esposo y cuya limpieza y puridad permite ver a Dios. Aquí se vive un ocio activo, se reposa en una sosegada actividad. Aquí concede Dios a sus atletas, por el esfuerzo del combate, la ansiada recompensa: la paz que el mundo ignora y el gozo en el Espíritu Santo.

»Esta es aquella Raquel, de hermoso aspecto, más amada de Jacob, aunque menos prolífera que Lía, más fecunda, pero legañosa. En efecto, los hijos de la contemplación son menos numerosos que los de la acción, pero José y Benjamín son más queridos de su padre que los otros hermanos.

»Esta es aquella mejor parte que eligió María y nunca le será quitada.

»7 Es también aquella bellísima Sunamita, única doncella hallada digna en todo Israel de mimar y dar calor a David ya anciano. ¡Ojalá, hermano carísimo, la amases tú por encima de todo y al calor de sus abrazos te inflamases en el amor divino! Cuya llama, si una vez prendiera en tu alma, pronto te haría despreciar la gloria del mundo con toda su halagadora y falsa seducción. No sentirías ninguna dificultad en abandonar las riquezas, fuente de preocupaciones y pesada carga para el alma, sino que más bien experimentarías verdadero fastidio por los placeres, tan nocivos al cuerpo como al alma.

»8. Harto conocida es para tu prudencia esta frase: «Quien ama al mundo y a las cosas mundanas -placeres de la carne, concupiscencia de los ojos y ambición- no está poseído del amor del Padre». Y esta otra: «El que quiere ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios». ¿Puede haber mayor iniquidad, mayor insensatez y locura, cosa más

perniciosa y desgraciada que el pretender crearse enemistades con Aquel cuyo poder es irresistible y cuya justa venganza nadie puede evitar? ¿Es que somos más fuertes que él? ¿Podemos creer que su paciencia, tan misericordiosa, que ahora nos invita a la penitencia, no castigará finalmente cualquier injurioso desprecio nuestro? ¿Qué mayor perversidad, en efecto, qué mas contrario a la razón, a la justicia y a la misma naturaleza, que amar más a la criatura que al Creador, correr tras lo perecedero olvidando lo eterno y anteponer los bienes terrenos a los celestiales?

»9. ¿Qué piensas hacer, carísimo? ¿Qué otra salida te queda sino seguir los consejos divinos y creer a la Verdad que nunca engaña? Pues bien, ella nos da este consejo: «Venid a mí todos los que sufrís y estáis cargados, que yo os aliviaré». ¿Y no es un sufrimiento molesto e inútil verse atormentado por la concupiscencia y afligido sin cesar por preocupaciones, ansiedades, temores y dolores, originados por tales deseos? ¿Y qué carga tan pesada como la que despeña al alma de la alta torre de su dignidad para hundirla en la sima de la mayor bajeza, contra toda justicia? Huye, pues, hermano mío, de tales molestias y miserias, y sal del tempestuoso mar de este mundo para entrar en el reposo tranquilo y seguro del puerto.

»10. Conocida es también para tu prudencia la frase de la misma Sabiduría: «El que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo». ¿Quién no ve cuan hermoso y útil, e incluso cuan agradable es asistir a su escuela bajo la dirección del Espíritu Santo, para aprender la divina filosofía, única fuente de verdadera dicha?

»11. Merece, pues, la pena que tu prudencia medite y pese atentamente estas razones. Y si no te basta la invitación del amor divino, si no te mueve la utilidad de tan grandes premios, te debe impulsar al menos el temor de sus inevitables castigos.

»12. Ya sabes con qué promesa estás ligado y a quien. Es todopoderoso y terrible el Señor al cual te has ofrecido a ti mismo en voto, como ofrenda grata y aceptable. No puedes faltarle a la palabra, ni te conviene, pues no permite que se burle nadie de él impunemente.

»13. ¿Te acuerdas, amigo mío, del día en que nos encontrábamos juntos tú y yo con Fucuyo le Borgne en el jardincillo contiguo a la casa de Adam, donde entonces me hospedaba? Hablamos, según creo, un buen rato de los falsos atractivos del mundo, de sus riquezas perecederas y de los goces de la vida eterna. Entonces, ardiendo en amor divino, prometimos, hicimos voto y decidimos abandonar en breve las sombras fugaces del siglo para captar los bienes eternos, y recibir el hábito monástico. Y lo hubiéramos llevado a efecto enseguida si Fulcuyo no hubiera partido a Roma, para cuya vuelta aplazamos el

cumplimiento de nuestras promesas. Como él tardó y se mezclaron otros asuntos, nuestros ánimos se resfriaron y se desvaneció nuestro fervor.

»14. *¿Qué te queda por hacer, carísimo, sino librarte cuanto antes de tan gran deuda para no incurrir en las iras del Todopoderoso y en los tormentos eternos, por haber faltado tanto tiempo a tan graves promesas? ¿Qué soberano dejaría impune a uno de sus súbditos que le defraudara en un servicio prometido, sobre todo tratándose de algo para él muy estimado y de gran precio? Así, pues, cree no sólo a mis palabras, sino a las del profeta, mejor dicho, a las del Espíritu Santo, que te dicen: «Haced votos al Señor vuestro Dios, y cumplidos fielmente, todos cuantos estáis a su alrededor y le presentáis ofrendas; al Dios terrible, que quita el aliento a los príncipes y también es terrible con los reyes de la tierra». Oyes la voz del Señor, la voz de tu Dios, la voz del terrible que quita el aliento a los príncipes y también es terrible con los reyes de la tierra. ¿Por qué inculca tanto el Espíritu de Dios todo esto, sino para urgirte vivamente á cumplir las promesas de tu voto? ¿Por qué te retrasas en pagar una deuda, que no te ocasiona ninguna pérdida ni disminución de tus bienes, sino que te procura a ti mayores ganancias que aquel a quien haces el pago?*

»15. *No te detengan, pues, las falaces riquezas, que no pueden remediar tu indigencia, ni tampoco la dignidad de tu deanato, que no puede ejercitarse sin gran peligro para tu alma. Porque, permíteme que te lo diga, sería una acción tan odiosa como injusta convertir en tu propio uso bienes ajenos de los que eres simple administrador, no propietario. Y si el deseo de brillo y gloria te lleva a mantener muchos criados, ¿no te verás obligado a robar de algún modo a unos lo que repartas a otros, por no bastarte tus bienes legítimos? No es esto ser bienhechor y liberal, pues no hay liberalidad si no se respeta la justicia.*

»16. *Quisiera además persuadirte, amigo mío, que no debes desoír el llamamiento de la caridad divina poniendo por excusa el servicio que prestas al señor arzobispo, que tanto confía y se apoya en tus consejos. No siempre es fácil dar consejos útiles y justos. La caridad divina, en cambio, es tanto más útil cuanto más justa. Porque, ¿qué hay tan justo y tan útil, qué hay tan innato y conforme con la naturaleza humana como amar el bien? ¿Y qué mayor bien que Dios? Más aún, ¿existe algún otro bien fuera de Dios? Así, pues, el alma santa con alguna experiencia del atractivo, esplendor y hermosura incomparable de tal bien, arde en la llama del amor y exclama: «Siento sed del Dios fuerte y vivo, ¿cuándo iré a ver el rostro del Señor?»*

»17 *¡Ojalá, hermano, no echés en saco roto los avisos de un amigo, ni prestes oídos sordos a las palabras del Espíritu Santo! ¡Ojalá, carísimo, respondas a mis deseos y a mi larga*

espera, para que mi alma no sufra por más tiempo inquietudes, temores y ansiedades por causa tuya! Pues si ocurriera -Dios no lo permita- que partieras de esta vida sin pagar la deuda de tu voto, me dejarías sumido en la más profunda tristeza, sin ninguna esperanza de consuelo.

»18. Por ello te ruego encarecidamente que, al menos por devoción, te dignes venir como peregrino a San Nicolás y luego te des una vuelta por aquí para visitar a quien te aprecia como nadie. Podremos charlar juntos del estado de nuestras cosas, de nuestro modo de vida religiosa y de otros asuntos de común interés. Confío en el Señor que no te pesará el haber cargado con las molestias de tan largo viaje.

»19. He sobrepasado los límites de una carta ordinaria, no pudiendo gozar de tu presencia, he querido permanecer conversando más largo rato contigo por escrito.

»Te deseo sinceramente, hermano, que goces de buena salud por muchos años y que no olvides mi consejo.

»Agradeceré me envíes la Vida de San Remigio, que no se encuentra aquí por ninguna parte.

»A Dios.

Admirable carta. Evidentemente, va destinada en primer lugar a persuadir a Raúl de que debe cumplir su antiguo voto lo antes posible. Los comentaristas no han dejado de notar una rara maestría en la argumentación de Bruno: «El razonamiento sigue un proceso "envolvente" con una construcción simétrica: 1.º los motivos de amor (n.7); 2.º el interés superior (nn. 8, 9, 10); 3.º el temor (nn. 11, 1.2, 14); 2.º) nueva alusión al interés (comienzo del n. 16); 1.º llamamiento final al amor⁹⁹.

Pero la carta de Bruno trasciende el caso de Raúl. Prácticamente constituye un «breve tratado de la vida solitaria», y en este aspecto nos fijaremos ahora. ¿Cómo concebía y, sobre todo, cómo sentía experimentalmente Bruno la vida del desierto? Lo que va a decir lo ha vivido y continúa viviéndolo aún: «Cuánta utilidad y gozo divino proporcionan la soledad y el silencio del desierto a quien los ame, sólo lo conoce quien lo ha experimentado» (n. 6).

⁹⁹ *Lettres des Premiers Chartreuse*. T. I, p. 50.

Es muy notable que la trama de esta carta la constituya el amor de Dios; sólo el amor de Dios explica y justifica, por decirlo así, la vida contemplativa. Pero no un amor de Dios vivido de modo vulgar, sino un amor de Dios ferviente, abrasador. Un amor excepcional, como el que en otro tiempo infundiera el Espíritu Santo en el corazón de los tres amigos reunidos en el jardín de Adam: «*divino amore ferventes-... ardiendo en amor divino, prometimos, hicimos voto...*» (n. 13). Es una expresión que emplea Bruno varias veces sin modificarla apenas: Al hablar de la «*bella Sunamita*», símbolo de la hermosura de Dios, escribe: «*¡Ojalá, hermano carísimo, la amases tú por encima de todo, y al calor de sus abrazos te inflamases en el amor divino...*» «*divino caleres amore*». Y al concluir su carta, dirigiendo al corazón de su amigo el asalto que cree definitivo, le dice Bruno: «*¿Qué mayor bien que Dios? Más aún, ¿existe algún otro bien fuera de Dios? Así, el alma santa con alguna experiencia del atractivo, esplendor y hermosura incomparable de tal bien, arde en la llama del amor celestial y exclama: "Siento sed del Dios fuerte y vivo, ¿cuándo iré a ver el rostro del Señor?"*» (n. 16). En el primer comienzo de la vocación eremítica, en el centro de la experiencia contemplativa, arde y brilla la llama de un excepcional amor de Dios.

Situemos bien este amor al mismo nivel en que lo sitúa Bruno. Se trata, evidentemente, de ese amor de Dios al que nos dan acceso la Encarnación y Redención de Jesucristo, de ese amor filial que es una participación del amor que se comunican entre sí las Personas divinas en la Trinidad. Las numerosas alusiones al Espíritu Santo, a su obra en las profundidades del alma, nos lo prueban: «*Aquí concede Dios a sus atletas, por el esfuerzo del combate, la ansiada recompensa: la paz que el mundo ignora y el gozo en el Espíritu Santo*» (n. 6). «*¿Quién no ve cuan hermoso y útil, e incluso cuan agradable es asistir a la escuela (de la Sabiduría) bajo la dirección del Espíritu Santo, para aprender la divina filosofía, única que puede dar la verdadera dicha?*» (h. 10). Es el Espíritu Santo quien pronuncia en el fondo del corazón de Raúl las palabras «terribles» que deben atemorizarle por no cumplir su voto (n. 14). «*¡Ojalá no prestes oídos sordos a las palabras del Espíritu Santo!*» (n. 17). Al conjurar a su amigo, Bruno tiene el convencimiento de no ser más que el intérprete del Espíritu Santo que urge a Raúl en su interior.

Aquí se funda la esencia, la actitud fundamental de esta vocación contemplativa: el contemplativo según San Bruno es aquel que vive la visión cara a cara de la eternidad. Al menos como preludeo y esperanza. Hablando de sus compañeros, Bruno los presenta así: Viven constantemente como «*centinelas divinos, esperando la llegada del Señor para abrirle apenas llame*» (n. 4). En general, la

vida del desierto no deja el alma en una simple situación de alerta y espera. Según el deseo de los tres amigos en el momento de su voto, Dios permite que en la soledad y el silencio «*capte*» el alma, ya en este mundo, «*lo eterno*»¹⁰⁰. «*Aquí pueden los hombres esforzados recogerse en su interior cuanto quieran, morar consigo, cultivar sin cesar los gérmenes de las virtudes y tener la dicha de gustar los frutos del paraíso*» (n. 6). Espera y posesión actual, deseo y gozo, lucha y recompensa, desierto y al mismo tiempo vergel, tal es la vocación puramente contemplativa según Bruno.

En una fórmula magnífica, expone esta paradoja del estado contemplativo, este misterio del sufrimiento y del gozo que constituye el fondo de su existencia: «*Aquí se adquiere aquel ojo limpio, cuya serena mirada hiere de amores al Esposo y cuya limpieza y puridad ve a Dios*». Hay que citar esta frase en la densidad del original latino: «*Hic oculus ille conquiritur, cuius sereno intuitu vulneratur sponsus amore, quo mundo et puro conspicitur Deus*».

San Agustín, al hablar del que habita en la ciudad de los ángeles, decía: «*Est, videt, amat: in aeternitate Dei viget, in veritate Dei lucet, in bonitate Dei gaudet...*» «*Está allí, ve y ama: la eternidad de Dios es el sostén de su existencia, la verdad de Dios su luz, la bondad de Dios su gozo*»¹⁰¹. Este es el destino del contemplativo; pero, mientras vive en este mundo, su existencia va acompañada del esfuerzo, su verdad de oscuridad, su gozo de pena.

Traducimos «*sereno intuitu*» por «*serena mirada*» queriendo significar, junto con la idea de claridad y limpidez, un matiz de paz, de sosiego y reposo. Así llegamos a una idea clara para Bruno: la idea de *quies*, de reposo o sosiego. Idea central en la concepción cartujana de la vida contemplativa. Este reposo es el fruto de la fe, la esperanza y el amor, incluyendo una buena dosis de prudencia, equilibrio, bondad, paciencia, virginidad espiritual. *Quietus* será el epíteto privilegiado para calificar «*el puerto de la vida religiosa*», tanto en la carta a Raúl le Verd, como en la escrita a la comunidad de Chartreuse.

¹⁰⁰ **Captare** tiene dos sentidos: **intentar coger** (consagrarse a la búsqueda) y conseguir, alcanzar. En el jardín de Adam los tres amigos se decidieron a dejarlo todo para consagrarse a la búsqueda de los bienes eternos; jugando con los dos sentidos de la palabra **captare**, podemos decir que los que se han consagrado a la búsqueda están ya en posesión. Además **captare**, aun en latín, puede significar **captar**. Y el mismo Bruno indica que los contemplativos que le rodean “*tienen ya la dicha de gustar de los frutos del paraíso*” (n. 6).

¹⁰¹ Citado por *Lettres des Premiers Chartreuse*, I, p. 63, n 2.

Este reposo no es confort, seguridad, inmovilidad, pasividad. Es un reposo activo, dinámico, anticipación del Reposo divino que la contemplación de Dios dará al alma en la eternidad. Las primeras generaciones de Cartujos no se equivocaron: en el capítulo XV de las Costumbres se mandará al Prior que dé a sus monjes *«ejemplo de reposo, de estabilidad y demás ejercicios relativos a su vida de observancia»*.

Al llegar a este punto en nuestro análisis, conviene destacar que la vida contemplativa, sobre todo en el grado de pureza pretendido por Bruno, es una vocación singular. *«Los hijos de la contemplación son menos numerosos que los de la acción»* (n. 6). Un Título Fúnebre recuerda que un monje *«muy amigo de Bruno decía con frecuencia que era el único que en su época había renunciado al mundo»*.

Por carismas personales y por la gracia de fundador, tuvo el privilegio de *«captar lo eterno»* en un grado excepcional. Realmente se coloca, y coloca a los que quieren seguirle hasta el extremo de su intransigencia, en el límite de dos mundos: el mundo de Dios, de su gracia, de su amor, y el mundo terrenal, en el que todo, incluso las jerarquías y los oficios de los clérigos están como fatalmente manchados con la imperfección o el pecado. Visión que sólo se puede comprender en la perspectiva de un llamamiento divino a una perfecta plenitud en el amor. Visión que Bruno, después de todo lo que había visto y sufrido en Reims, tenía el derecho de expresar así en todo su rigor. Visión que él tenía el derecho a poner ante los ojos de Raúl, como amigo, confidente y compañero de lucha. Pero visión que no puede ser la de los clérigos y laicos a quienes Dios llama a permanecer en el mundo sin ser del mundo. Sin embargo, al mismo tiempo que describe las bellezas y exigencias de la vida puramente contemplativa, Bruno rinde un inmenso servicio a todas las almas cristianas, aun a las comprometidas en el mundo. Les indica cuáles son, en su estado, las condiciones y efectos de toda oración contemplativa, aun de la balbuciente e incoativa, y también los valores de silencio, recogimiento, sencillez, pureza íntima, que le resultarán de un sincero amor de Dios.

De todos modos, según esta idea dominante de la vida contemplativa, a la que tanto él como su amigo Raúl se habían comprometido un día en el jardín de Adam, Bruno describe lo que podríamos llamar la atmósfera que crea para un alma un amor de Dios tan absoluto.

Es un clima de energía y fortaleza de alma. «Aquí pueden los hombres esforzados recogerse en su interior cuanto quieran, morar consigo, cultivar sin cesar los gérmenes de las virtudes». Así, el silencio y la soledad son al mismo tiempo condiciones para la contemplación y frutos de la misma.

Esta fortaleza de alma lleva a sacrificar generosamente «*las falaces riquezas*» (n. 15) y a renunciar a los honores y cargos del mundo. Esa «*elegancia*» en el renunciamiento, esa generosidad y magnanimidad en el sacrificio, que admiran al mundo y a veces al alma misma, no son sino efectos de la caridad. Si la llama del amor divino «*prendiera una vez en tu alma, pronto te haría despreciar la gloria del mundo con toda su halagadora y falsa seducción; no tendrías dificultad en abandonar las riquezas, fuente de preocupaciones y pesada carga para el alma; sentirías también verdadero fastidio por los placeres, tan nocivos al cuerpo como al espíritu*» (n. 15).

Ahí está precisamente la falta de Raúl que le deja expuesto a la cólera divina: ha sido llamado al amor absoluto, ha recibido la gracia de emprender todas esas renunciaciones y, sin embargo, tarda... «*¿Qué mayor perversidad, en efecto, qué más contrario a la razón, a la justicia y a la naturaleza misma, que preferir la criatura al Creador, correr tras lo perecedero olvidando lo eterno y anteponer los bienes terrenos a los celestiales?*» (n. 8). El desasimiento de las riquezas y honores, la pobreza y la humildad son indispensables a los «*hombres fuertes*». La gracia misma de la vocación contemplativa implica una luz misteriosa sobre la nada de las criaturas y el todo del Creador, junto con una fuerza para desprenderse de ellas y unirse solamente a Dios.

Sin embargo, en la visión espiritual de Bruno, esta fortaleza de alma no es tensión. La imagen del arco que no debe permanecer siempre tenso so pena de aflojarse o romperse, no es menos exacta por haberse hecho tradicional en la mística. «*Estas vistas, dice Bruno después de haber descrito en tono lírico las bellezas del paisaje de Santa María de la Torre, sirven frecuentemente de solaz y respiro a nuestro frágil espíritu, cuando está fatigado por una dura disciplina y la continua aplicación a las cosas espirituales. Arco siempre armado, o flojo o quebrado*» (n. 5).

El equilibrio de Bruno era casi legendario; en opinión de muchos, era, junto con su bondad, la característica especial. Pero que la palabra no nos lleve al equívoco. El equilibrio según Bruno no es la inmovilidad de la balanza, ni la sutil neutralización de fuerzas opuestas. Es la alianza armoniosa de dos cualidades positivas, de dos ocupaciones distintas, de dos sentimientos antitéticos, pero ambos agradables a Dios... La fortaleza, según Bruno, debe ir unida con la

dulzura, la moderación y la humildad. El esfuerzo de la contemplación, el combate espiritual deben tener sus momentos de recreo en un contacto sencillo y elevador con la creación. La soledad debe ser al mismo tiempo exigencia y reposo. Bruno se gozaba de que sus ermitaños, al menos algunos de ellos, fuesen hombres instruidos, «*bene eruditi*». No carece de interés para nosotros saber que permitió y favoreció el estudio de los textos sagrados y las bibliotecas bien abastecidas con los mejores libros espirituales. «*Aquí se vive un ocio activo, se reposa en una sosegada actividad*» (n. 6). Estas combinaciones de palabras no son un simple artificio literario, sino la expresión de un ideal.

Indudablemente, este gusto de Bruno por el equilibrio da su verdadero sentido a esa palabra, un poco extraña, pero tan frecuente en su pluma que se la puede considerar como una de las palabras claves de su pensamiento: «*útil*». Un claro ejemplo lo tenemos en la carta a Raúl le Verd: «*No siempre es fácil dar consejos útiles y justos. La caridad divina, en cambio, es tanto más útil cuanto más justa. Porque ¿qué hay tan justo y tan útil, qué hay tan innato y conforme con la naturaleza humana como el amar el bien?*» (n. 1.6). Con gran penetración el editor de las *Cartas de los Primeros Cartujos* comenta: «*Aquí se encierra toda una filosofía, mejor dicho, una teología: Bruno funda el orden moral, e incluso las relaciones sobrenaturales del hombre con Dios, en la naturaleza misma de las cosas. Es «útil» lo que permite a la naturaleza alcanzar el fin que Dios le ha asignado; y éste es un fin intrínseco, que da a la naturaleza la plenitud de su perfección*»¹⁰².

Si traducimos esta explicación teológica en términos de psicología espiritual, la noción de «utilidad» se acerca, sin confundirse con él, a ese equilibrio, a ese arte de unir lo humano y lo sobrenatural, la creación y la redención, en una armoniosa jerarquía de valores. Así, Bruno concilia la amistad y la soledad, la ciencia y el silencio, la severidad y el afecto, los combates del «*atleta*» y el reposo... Es una suerte que haya descrito el lugar y el clima de Calabria en términos líricos, casi románticos: «*¿Cómo describirte dignamente la amenidad del lugar, lo templado y sano de sus aires...? etc.*». Pero, notémoslo, «*esta amenidad del lugar*», estas «*gratas y espaciosas llanuras*», estas «*verdes praderas y floridos pastos*», etc... no le agradan sino porque ante todo este lugar es un desierto, una soledad.

Algunos se extrañarán, quizá, de que en esta carta a Raúl, Bruno no hable ni una sola vez, al menos explícitamente, de mortificaciones, ayunos, sacrificios.

¹⁰² Op. Cit. P. 57.

Sólo «*la dura disciplina*» evoca el aspecto sacrificial de la vida eremítica: Es que, a sus ojos, todo esto debe obedecer a otra ley superior y regirse por ella: el impulso espiritual, el gozo profundo, la plenitud de la caridad de un alma a quien la gracia estimula a contemplar e imitar a Jesucristo muerto y resucitado.

Para decirlo todo, al final de esta grave carta leemos con gusto esta sencilla petición: «*Agradeceré me envíes la Vida de San Remigio, que no se encuentra aquí por ninguna parte*». Es decir, que los recuerdos de Reims no se han borrado completamente del alma de este ermitaño. Este puro contemplativo se emociona todavía con el recuerdo de un pasado en otro tiempo muy querido. Se interesa todavía, como cualquiera de nosotros, por una lectura que le impresionó. Allí había descubierto, sin duda alguna, una fuente de verdadera caridad.

Por cautivadora que resulte esta carta de Bruno a Raúl le Verd para conocer el ambiente en que vive y hace vivir al grupo de ermitaños que le rodean, no son de desdeñar los interesantes datos que nos proporciona sobre la situación material del eremitorio de Calabria e incluso sobre la salud de Bruno. «*Te comunico que, en cuanto a la salud del cuerpo (Bruno anda rondando por los 70) y a los negocios temporales, todo va a la medida de mis deseos*».

Del lugar de Santa María de la Torre, Bruno nos da una descripción entusiasta, como hemos visto. Y al escucharla, lamentamos que no nos haya dejado una descripción similar del emplazamiento de Chartreuse. La comparación entre ambos cuadros no carecería de interés.

¿Será necesario responder aquí a una objeción que se pudiera formular a propósito de esta carta? Como recuerda a la célebre *Epístola de San Jerónimo al monje Heliodoro*, o a un tema parecido de San Juan Crisóstomo en su *Expositio in Psalmum IX*, se podría creer que los pensamientos expuestos aquí por Bruno son tópicos más o menos convencionales sobre la soledad, la contemplación, etcétera... Nada más equivocado. Tras las palabras se esconde la entrega de una vida, el fervor de una existencia.

No cabe duda que Bruno, al escribir, se adapta aquí a las costumbres de la retórica entonces en uso, siguiendo a los grandes modelos. Pero el arte antiguo de escribir consistía precisamente en tratar de modo personal pensamientos comunes. Es indudable que en su carta a Raúl le Verd, Bruno ha conseguido animar todo lo que dice con el fervor de su amor a Dios, de su alegría espiritual y de su amistad a Raúl. Todo su corazón se vuelca en sus palabras. Cuanto dice, lo

piensa, lo siente, lo vive. Una prueba nos bastará: más de cuarenta citas de la Biblia, explícitas o implícitas, sostienen la argumentación de Bruno. Lejos de velar o difuminar el sentimiento de Bruno, o de hacerlo de algún modo impersonal, estas citas nos indican hacia qué lado se inclinaba su alma, qué textos sagrados tenían especial resonancia en su corazón, hacia qué misterios le orientaban su temperamento y la gracia. No, la carta a Raúl le Verd no es un ejercicio académico¹⁰³. Por el contrario, nos descubre el alma de Bruno.

Sin embargo, si sólo poseyéramos esta carta, ¿no podríamos dudar de si teníamos el pensamiento auténtico, total; de Bruno sobre la vocación contemplativa? ¿No se habría dejado llevar al concebir su plan, al escoger sus pensamientos y proponerlos, más por la idea de convencer a su amigo Raúl que de exponer su verdadero pensamiento? En una palabra, ¿estamos ante un alegato o ante una confidencia personal? Además, Bruno sabía que su carta, como sucedía entonces con todas las de personajes célebres, la leerían muchas otras personas además del destinatario...

Por una suerte felicísima¹⁰⁴, nos ha llegado hasta nosotros otra carta de Bruno, dirigida a la comunidad de Chartreuse. Carta preciosa en sí misma; y muy acorde con la escrita a Raúl le Verd. Por añadidura, las circunstancias en que fue escrita y transmitida le dan una conmovedora significación. No es extraño que los primeros Cartujos la, consideraran como el último testamento de Bruno a sus hijos de Chartreuse y, al mismo tiempo, como el supremo testimonio, sellado por la muerte de Landuino, de la vinculación de la Gran Cartuja a Bruno.

¿Cuál fue la ocasión de esta carta?, en 1099 ó 1100. Landuino, el Prior que Bruno había puesto a la cabeza de los ermitaños de Chartreuse antes de salir para

¹⁰³ El llamamiento de Bruno no fue escuchado por Raúl le Verd, que continuó siendo deán. En 1106, al morir Manasés II, fue elegido arzobispo de Reims. En esta elección Raúl tuvo un rival formidable, que era el candidato del rey de Francia. Ambos candidatos tenían sus partidarios: entre los que se oponían a Raúl, un clérigo se acordó de esta carta de Bruno, y, en un panfleto, le acusó de infidelidad a su voto de entrar en religión, utilizando incluso frases tomadas de la carta de Bruno... Raúl murió en julio de 1124. Fue enterrado en la iglesia de la abadía de Saint-Remi en inscrito en el necrologio de los monjes, lo que parece indicar que había recibido el hábito monástico **ad succurrendum** en su última enfermedad.

¹⁰⁴ Al decir esto no olvidamos que para apreciar mejor las ideas de Bruno disponemos de otros dos puntos de comparación: la Carta de Guigo sobre la Vida Solitaria (**Lettres des Premiers Chartreuse**, pp. 142 - 150), y el capítulo LXXX de las **Costumbres**. De estos tres textos, tan diferentes en su tono y género literario, se desprende una maravillosa idea, de gran utilidad y pureza, sobre la vida contemplativa.

Roma en 1090, visitó a Bruno en Santa María de la Torre. Del Delfinado a Calabria el camino es largo. Además, en aquella época, el viaje era peligroso, como lo probarían los sucesos desgraciadamente. Algunas comarcas estaban asoladas por la guerra e infestadas por las tropas del emperador Enrique IV y del antipapa Guiberto de Ravena. ¿Cuál fue entonces el motivo de semejante viaje?

La carta no nos da razón ninguna. La comunidad de Chartreuse era fervorosa. La influencia de los monjes giróvagos en algunos Hermanos conversos, a la que alude Bruno, parece limitada, aunque no despreciable. Podemos pensar que, probablemente, la única razón que movió a Landuino a ir hasta Calabria, fue el deseo de volver a ver a Bruno, a quien todos en Chartreuse consideraban como su «*único padre*» y «*superior*»¹⁰⁵. Así podría tratar con él, más a fondo que por carta, sobre la situación presente y futura de la Chartreuse. Bruno envejecía; el mismo Landuino se sentía lleno de achaques... Una última entrevista de ambos debían deseársela tanto ellos como los Hermanos de Chartreuse. Se puso, pues, en camino, y tuvo ocasión de tratar largamente con Bruno. Este, viendo el precario estado de salud de Landuino, pensó al principio retenerlo una temporada consigo. Pero Landuino insistió en volver a Chartreuse, donde sus hermanos le aguardaban esperando noticias directas de Bruno. Sin duda no le costó mucho esfuerzo convencer a Bruno, que no había olvidado los incidentes de su partida en 1090...

Landuino partió llevando consigo una carta de Bruno para la Comunidad de Chartreuse... Pero he aquí que, al subir hacia el Norte de Italia, Landuino cayó en manos de los partidarios del antipapa. Intentaron forzarle a reconocer a Guiberto como jefe legítimo de la Iglesia. Ni las amenazas, ni las promesas, ni las astucias hicieron ceder a Landuino, que se mantuvo firme en su fidelidad a Urbano II. Le tuvieron varios meses prisionero. El 8 de septiembre de 1100 murió Guiberto. Landuino fue puesto en libertad, pero estaba tan debilitado que no pudo seguir su camino. Se refugió en el monasterio cercano de San Andrés «*al pie del monte Sirapte*», donde murió el 14 de septiembre de 1100, siete días después de su liberación»¹⁰⁶.

A pesar de todo, la carta de Bruno a sus hijos de Chartreuse llegó a su destino, ya porque uno de los compañeros de viaje de Landuino escapara de los

¹⁰⁵ **Título Fúnebre** de la Gran Cartuja.

¹⁰⁶ Conocemos estos detalles por la crónica más antigua de los primeros Priors de Chartreuse.

partidarios de Guiberto, ya porque Landuino la confiara a algún mensajero antes de morir. Podemos imaginar con qué veneración recibirían los ermitaños de Chartreuse este mensaje, tan precioso para ellos por doble título.

He aquí el texto de la carta:

»1. *Fray Bruno, a sus hermanos predilectos en Cristo: saludos en el Señor:*

» *Por la detallada y consoladora relación de nuestro buen hermano Landuino, tengo noticia del inflexible rigor con que seguís una observancia razonable y verdaderamente digna de encomio. Me ha hablado de vuestro santo amor e infatigable celo por cuanto se refiere a la pureza de corazón y a la virtud. Por todo ello se alegra mi espíritu en el Señor. Sí, me alegro en verdad y me siento movido a alabar y dar gracias al Señor; y, sin embargo, suspiro amargamente. Me alegro, como es justo, al ver incrementarse los frutos de vuestras virtudes; pero me duelo y avergüenzo de permanecer estancado y negligente en la miseria de mis pecados.*

»2. *Alegraos, pues, mis carísimos hermanos, por vuestra feliz suerte y por las abundantes gracias que la mano del Señor ha derramado sobre vosotros. Alegraos de haber escapado de los muchos peligros y naufragios del tempestuoso mar del siglo. Alegraos de haber alcanzado el reposo tranquilo y seguro del más resguardado puerto. ¡Cuántos lo han deseado, cuántos han luchado por ello y, sin embargo, no lo han conseguido! Otros muchos, después de haberlo alcanzado, son excluidos de él, porque a ninguno de ellos se le había concedido esta gracia de lo alto.*

» *Tened por cierto, hermanos míos, que todo el que llega a perder, por la causa que sea, este ansiado bien después de haberlo gustado, lo lamenta luego toda la vida, si tiene algún interés o preocupación por la salvación de su alma.*

»3. *De vosotros, mis carísimos hermanos laicos, digo que mi alma glorifica al Señor al ver las grandezas de su misericordia sobre vosotros, según el informe de vuestro Prior y padre amantísimo, que se siente lleno de gozo y santo orgullo por vosotros. También yo me alegro, pues aunque no seáis letrados, el Dios todopoderoso graba con su dedo en vuestros corazones, no sólo el amor sino también el conocimiento de su santa ley. Con vuestras obras, en efecto, demostráis lo que amáis y conocéis. Porque practicáis con todo cuidado y celo posibles la verdadera obediencia, que es el cumplimiento de la voluntad de Dios y la clave y el sello de toda observancia espiritual. Obediencia que no existe nunca sin mucha humildad y gran paciencia, y que siempre va acompañada del casto amor de*

Dios y de la verdadera caridad. Lo cual pone de manifiesto que recogéis sabiamente el fruto suavísimo y vital de las divinas Escrituras.

»4. *Permaneced, pues, hermanos míos, en el estado que habéis alcanzado, y evitad como la peste esa pandilla malsana de vanidosos legos que difunden sus escritos supersticiosos, musitando lo que ni entienden ni aman, y contradiciéndolo con sus palabras y obras. Ociosos y giróvagos¹⁰⁷, murmuran de los buenos religiosos y se tienen por dignos de alabanza si infaman a quienes la merecen, toda regla u obediencia les resulta odiosa.*

»5. *Quise retener conmigo a fray Landuino, por sus muchas y graves enfermedades. Pero él, como estando sin vosotros nada encuentra sano, alegre, confortante, ni provechoso, no ha consentido. Con muchas lágrimas y suspiros me ha demostrado en cuánta estima os tiene y con qué entrañas de perfecta caridad os ama a todos. Así que no quise presionarle en modo alguno, por temor de lastimarlo a él o a vosotros, tan estimados para mí por el mérito de vuestras virtudes. Por esto, hermanos míos, os pongo de aviso y os ruego humilde y encarecidamente que la caridad que lleváis en vuestros corazones se manifieste en obras con vuestro Prior y padre amadísimo, suministrándole con atención y delicadeza cuanto necesite su quebradiza salud. Es posible que rechace vuestras atenciones y cuidados, prefiriendo poner en peligro su salud y aun su vida antes que omitir un punto de la penitencia corporal, pero esto evidentemente no puede permitirse. Quizá lo haga por rubor de verse en esto el último quien es el primero en la comunidad, temiendo que alguno de vosotros tome de ahí ocasión para hacerse más tibio o remiso, temor que juzgo totalmente infundado. Y para que no os veáis impedidos de prestarle este favor, os permito que hagáis, sólo en esto, mis veces y podáis obligarle respetuosamente a tomar cuanto hayáis preparado para mejora de su salud.*

»6. *En cuanto a mí, hermanos, sabed que mi único deseo después de Dios es el ir a veros. Y en cuanto pueda lo haré, con la ayuda del Señor.*

»A Dios.¹⁰⁸

¹⁰⁷ Giróvagos: monjes vagabundos que vivían en las primeras estribaciones del macizo de Chartreuse, de donde salían a mendigar por acá y acullá. Su vida agitada ocasionó a veces molestias a los primeros solitarios de Chartreuse hasta que el obispo de Grenoble, S. Hugo, los expulsó (Lettres... p. 87, n. 1). Guigo evocaba estas molestias con amargura en el momento de la donación de Currière a los Cartujos: "...hombres de discordia e inestables, bajo apariencias religiosas, sería largo de contar hasta que punto nos han molestado y turbado, a pesar de los muchos beneficios y ayudas que les hemos prestado". (Anales Ord. Cart. I, 322). -Nos interesaría saber que "escritos" eran estos que los giróvagos difundían.- Cf. Costumbres, cap. XXXVI.

¹⁰⁸ Lettres des premiers Chartreuse, I, pp. 82-90.

Si quisiéramos ser paradójicos, podríamos decir que lo más interesante de esta carta es precisamente lo que calla: sencillamente, que tal carta haya sido escrita, que esté fechada en 1099 ó 1100, y que el mensajero fuera Landuino, Prior de Chartreuse; que diez años después de que Bruno saliera de Chartreuse, sintiera Landuino la necesidad de entrevistarse con él y que hiciera tan largo y peligroso viaje; que en el momento de la vuelta Bruno escribiera de su puño y letra a sus hijos de Chartreuse, no contentándose con las noticias que de palabra pudiera darles Landuino; que éste, cautivo y moribundo, salvara el mensaje y lo hiciera llegar a su comunidad de Chartreuse. Todo esto forma un conjunto de hechos más elocuente que cualquier lucubración sobre las relaciones de Bruno con Landuino y Chartreuse. Hay que añadir además el tono de la carta, ese calor de amistad, esa ternura viril que anima las frases de Bruno; y también esa autoridad en los consejos e incluso, cuando se trata de la salud de Landuino, en las órdenes dadas. Bruno seguía siendo visiblemente para los ermitaños de Chartreuse, a través de la veneradísima persona de Landuino, el padre, el fundador, el maestro, el modelo.

No es verosímil que, a pesar de su ausencia, entre Bruno y sus hijos de Chartreuse se mantuvieran vínculos tan fuertes, si no hubiera habido entre ellos algún intercambio por medio de cartas, mensajeros o amigos comunes que viajaban de un lado para otro. Así, por ejemplo, en una época en que el Papa se hallaba en Francia, por diciembre de 1095, Hugo de Grenoble, que desde la partida de Bruno se preocupaba más, si cabe, de la marcha de Chartreuse, fue a Italia hasta los territorios del duque Rogerio en Italia. ¿Es posible que no fuera entonces a ver a Bruno, con quien mantenía tan gran amistad? Sabemos también por la carta a Raúl le Verd, que Bruno mandaba a veces cartas por medio de mensajeros que se dirigían a Francia. ¿No habría tenido ninguna para aquellos a quienes llama «*sus hermanos predilectos en Cristo*»?

Finalmente, es cierto que a mediados del siglo XIII se conservaba todavía en Chartreuse un volumen en el que estaban reunidos el libro de las *Costumbres* de Guigo, la *Crónica Magister* y unas cuantas cartas en las que «*se decía claramente que (Landuino) reconocía a Bruno como prelado y prior mayor de Chartreuse*». Entre tales cartas, conservadas con tanto respeto y veneración que se atrevieron a coleccionarlas junto con las *Costumbres* de Guigo, ¿no estarían las cartas que Bruno había escrito desde Calabria? Este «*volumen*», desgraciadamente, no se ha vuelto a encontrar; sin duda desapareció en uno de los primeros incendios que arrasaron el eremitorio de Chartreuse, causando pérdidas irreparables en la biblioteca de los solitarios.

En esta carta a la comunidad de Chartreuse, más breve, más familiar y menos cuidada que la escrita á Raúl le Verd, los temas se reducen con frecuencia a pequeñas indicaciones, por lo que hay que estar tanto más atento para captarlas.

Es esencialmente una carta de alegría, de alabanza del Señor, de acción de gracias. Bruno se alegra e invita a sus hermanos de Chartreuse a alegrarse: «*Gaudete...*»¹⁰⁹ Y para manifestar su alegría emplea las mismas palabras de la Virgen en el Magnificat: «*Se alegra mi espíritu en el Señor*», dice a todos, y más especialmente a los conversos: «*Mi alma glorifica al Señor*».

¿Por qué tanta alegría en el corazón de Bruno? Por las noticias que le ha traído Landuino ha comprendido que Dios derrama sobre Chartreuse «*su gracia con larga mano*» y ha visto «*las grandezas de su misericordia*» sobre ellos. Esta bondad de Dios para con sus hijos despierta en el corazón del Padre un entusiasmo tanto más gozoso cuanto que él mismo se duele y avergüenza de permanecer estancado y negligente en la miseria de sus pecados.

¿En qué reconocía Bruno esta acción maravillosa de Dios en las almas de sus hijos? En que seguían generosa y ardientemente su vocación de ermitaños, tal cual la habían concebido en otro tiempo todos ellos en grupo. Y Bruno nos da en pocas líneas, en cuatro palabras, la esencia de su ideal. En el centro de esta vocación, siempre, tanto aquí como en la carta a Raúl, el amor de Dios muy puro y de entrega total, «*el casto amor de Dios y la verdadera caridad*», es lo que caracteriza a la vida contemplativa según Bruno.

¿Cómo se manifiesta este amor? Aquí encontramos elementos que no aparecían (pues no era ese su lugar) en la carta a Raúl le Verd. Fijémonos primeramente en esa expresión tan llena que manifiesta todo el equilibrio espiritual de Bruno: «*Tengo noticia del inflexible rigor con que seguís una observancia razonable y verdaderamente digna de encomio*». Iba a decir que todo el espíritu equilibrado de Bruno está ahí: las prescripciones de la observancia deben ser «*humanas*», «*razonables*», «*posibles*». No consiste la perfección en un exceso de observancias que las haría impracticables para muchos, sino en el inflexible rigor

¹⁰⁹ Este “Gaudete...” reiterativo, insistente, evoca naturalmente el “Gaudete... iterum dico: gaudete” de San Pablo a sus queridos Filipenses (IV, 4).

de todos y cada uno en practicar una observancia moderada. Eso es lo que da el tono de una comunidad.

El alma de la observancia es la obediencia. Bruno felicita a los conversos: *«Practicáis con todo cuidado y celo posibles la verdadera obediencia, que es el cumplimiento de la voluntad de Dios y la piedra de toque de la auténtica vida espiritual»*. Esta es, sin duda, una de las más bellas directrices que hemos recibido de Maestro Bruno. Y nos la da, tengámoslo en cuenta, al final de su larga experiencia de vida contemplativa. Por esta sola frase le deberíamos todos, sus hijos los primeros, un agradecimiento inmenso.

Precisamente la persona de Landuino le sirve de ocasión para dar un magnífico ejemplo del modo como entendía la observancia y la obediencia. Landuino sufre *«muchas y graves enfermedades»*. Bruno no duda de que la caridad de la comunidad de Chartreuse para con su «Prior y padre amadísimo» está dispuesta a procurar *«con atención y delicadeza cuanto necesite su quebradiza salud»*.

Pero teme que Landuino lo rehúse, que prefiera *«poner en peligro su salud y aun su vida antes que omitir un punto de la penitencia corporal»*. Esto es en sí inadmisibles, pero Bruno adivina y comprende el caso de conciencia de Landuino: *«Quizá lo haga por rubor de verse en esto (de la penitencia corporal) el último quien es el primero en la comunidad, temiendo que alguno de vosotros tome de ahí ocasión para hacerse más tibio o remiso»*. ¡Cuánta luz nos da sobre el espíritu que reina entre los ermitaños el hecho de que Bruno pueda escribir tales cosas a la comunidad de Chartreuse! La obediencia va a arreglar este conflicto entre la penitencia corporal y la caridad. Bruno delega a la Comunidad de Chartreuse, *«sólo en este punto»*, su autoridad personal sobre Landuino: *«Os permito que... podáis obligarle respetuosamente a tomar cuanto hayáis preparado para mejora de su salud»*.

¿Es posible aducir un testimonio más directo, ni más conmovedor sobre el espíritu que Bruno sabía inculcar en un grupo de ermitaños, y sobre su bondad y dulce firmeza?

Con respecto a la obediencia, la carta a la comunidad de Chartreuse arroja una nueva luz muy, interesante. En esta carta hay un pasaje dedicado especialmente a los conversos. Y ahí es precisamente donde Bruno habla de la obediencia. En este contexto su idea de la obediencia resalta con un vigor y una nitidez extraordinarios. La vida contemplativa, tal como la concibe Bruno, se alimenta de las Sagradas Escrituras; pero el converso no estudia; a veces, incluso,

es inculto, iletrado, incapaz por tanto de leer los textos sagrados. Pero ¡cosa maravillosa! la obediencia suple al conocimiento; es al mismo tiempo conocimiento y amor, permitiendo al más ignorante de los conversos «*recoger sabiamente el fruto suavísimo y vital de las divinas Escrituras*». Así se encuentra de buenas a primeras a la altura del «hombre culto», que nutre su contemplación en el estudio de los Libros Santos. «*Me alegro porque, aun siendo iletrados, el Dios todopoderoso graba con su dedo en vuestros corazones, no sólo el amor, sino el conocimiento de su santa ley, pues demostráis con vuestras obras lo que amáis y conocéis*». Esta fórmula, tan densa, tan hermosa, merecería un largo comentario...

Y, como en la carta a Raúl le Verd, Bruno insiste aquí en el clima y ambiente en que se desenvuelve una vida contemplativa llevada con tanto fervor. Hay una expresión que resume su pensamiento: «*La seguridad de un resguardado puerto*». «*Alegraos por haber escapado de los muchos peligros y naufragios del tempestuoso mar del siglo. Alegraos por haber alcanzado el reposo tranquilo y seguro del más resguardado puerto*». Problema de perseverancia, de decisión, indudablemente: «*¡Cuántos lo han deseado, cuántos han luchado por alcanzarlo y, sin embargo, no lo han conseguido!*».

Pero ante todo, cuestión de gracia, cuestión de vocación: «*Otros muchos, después de haberlo alcanzado, son excluidos de él, porque a ninguno de ellos se le había concedido esta gracia de lo alto*». Y Bruno lanza una afirmación que a primera vista parece atrevida, en la forma absoluta que le da, pero que seguramente se funda en su experiencia de unos quince años de vida solitaria. «*Nadie que, por cualquier circunstancia, llegue a perder este ansiado bien después de haberlo gustado, deja de lamentarlo toda la vida, si tiene algún interés o preocupación por la salvación de su alma*»¹¹⁰.

Parecidas en profundidad, aunque distintas en la expresión y el tono, las dos cartas que nos quedan de Bruno se confirman mutuamente. La una argumenta, procurando convencer para que se tome una decisión; la otra es una efusión de gozo y afecto paternal. Ambas nos revelan un Bruno a la vez prudente y sensible, más preocupado de la generosidad y de la perseverancia dulce y tenaz de los suyos, que de pasajeros impulsos de fervor, armonizando maravillosamente cosas que a primera vista parecen, si no antagónicas, al menos poco conciliables, como el esfuerzo y el reposo, la austeridad y la alegría del vivir en medio de la creación la observancia rigurosa y la compasión fraterna. Todo

¹¹⁰ El subrayado es nuestro

esto, unido a la inmensa bondad que irradia de la personalidad de Bruno, crea a su alrededor un clima muy característico, un halo de entusiasmo apacible hacia una vocación tan particular como la contemplativa. Vocación que es un llamamiento al amor puro, «casto», de Dios, vivido y gustado en la soledad, el silencio y la simplicidad; vocación que es como un anticipo del cara a cara eterno con Dios, como un preludio de la paz ardiente del cielo... Tal es el sentido espiritual que, en los antípodas de todo egoísmo, hemos de dar a las palabras de Bruno: «Alegraos por haber alcanzado... la seguridad del más resguardado puerto».

Capítulo IX

Calabria y Chartreuse

No nos cabe la menor duda de que Bruno vivió y ayudó a vivir a los demás en Santa María de la Torre esta vida contemplativa ideal y concreta, apasionante y existencial, que nos describen las dos cartas de Calabria. Pero ante la penuria de documentos auténticos nos preguntamos a veces qué hizo en estos años de Calabria. Los biógrafos se las ingenian inventando para Bruno ocasiones de brillar y manifestarse actuando en la Iglesia... Sin embargo, todo nos inclina a creer que, a pesar de la diferencia de lugares y circunstancias políticas, los diez años de Calabria fueron muy parecidos a los seis de Chartreuse: el mismo silencio, el mismo gusto por la soledad, el mismo celo por la vida contemplativa, la misma influencia espiritual en su comunidad, la misma sencillez y bondad, la misma caridad...

Pese a las dificultades que la comunidad de Calabria experimentó después de la muerte de Bruno, siempre subsistirá un puntal firme y estable: un grupo de ermitaños permanecerá fiel al ideal de Bruno; irá disminuyendo, pero perdurará y conservará su espíritu. Por lo que un buen día, hacia 1170, los solitarios que vivían cerca de Garessio, en el Piamonte, pidieron al «*Maestro del desierto*», es decir, al Prior de Santa María de la Torre, que algunos de sus religiosos viniesen a formarles en la vida eremítica. El Prior accedió a sus deseos y les envió a varios de sus hijos. Pero, una vez terminado esta especie de noviciado, los solitarios pidieron agregarse a la Chartreuse, no a Santa María de la Torre. En este acto de preferencia no podemos menos de ver un eco de la fidelidad de los ermitaños de Calabria al puro ideal de Bruno. Y cuando en 1192 Guillermo de Messina, el último superior de Santa María y de San Esteban, solicitó y obtuvo la afiliación del monasterio a la orden del Císter, los pocos ermitaños que aún quedaban en Santa María protestaron. Finalmente se retiraron a unos cincuenta kilómetros, en el macizo de Aspromonte, encima de Reggio: supremo testimonio de fidelidad tributado a Bruno por algunos de sus hijos cien años después de la fundación.

Era de suma importancia, y ahora lo vemos mejor, que la historia probara de modo evidente que no existió ningún *coenobium*, ninguna vida cenobítica en Santa María de la Torre ni en sus cercanías, durante la vida de Bruno. ¿Qué hubieran significado entonces las cartas a Raúl le Verd y a la Comunidad de

Chartreuse, si hubieran sido escritas por un Bruno que no era fiel a su ideal primitivo?

Nos queda por decir (hecho al que aludíamos hace poco) que el emplazamiento y las condiciones políticas de Calabria no se podían comparar al lugar y condiciones de vida de Chartreuse. Estas diferencias pesaron muy duramente en el destino del eremitorio de Calabria y ya en tiempos de Bruno dieron un matiz bastante peculiar a la existencia del grupo de ermitaños. Preciso es que evoquemos, al menos sumariamente, esta situación.

En Chartreuse, desde el principio de su fundación, Bruno había conseguido una donación franca del terreno, poniéndose al abrigo de cualquier injerencia o indiscreción de los donantes. Allí, en aquellas tierras pobres, protegidas por su aislamiento, tan ingratas que no podían despertar la codicia de ningún señor o abadía, tenía plena libertad para hacer lo que quería. Si Hugo de Grenoble mantuvo estrechas relaciones con los ermitaños, llegando incluso a intervenir en sus asuntos, era para ayudarles según su espíritu: conocía a fondo el ideal de Bruno y lo había hecho suyo. Esta independencia le resultaba tan indispensable que en 1090, poco después de reagruparse la comunidad, Bruno y Landuino no cesaron hasta recuperar el pleno dominio sobre las tierras del eremitorio.

En Calabria el caso es muy distinto: por una parte el emplazamiento del eremitorio está menos defendido por la naturaleza, es más accesible, menos solitario, menos abrupto que en Chartreuse. Además, Bruno y sus hijos, de grado o por fuerza, dependían del conde Rogerio y sólo de él. Su primera instalación y las magníficas donaciones que el príncipe les hizo formaban parte, quisiéralo o no Bruno, de una política: sustituir en aquella región el monaquismo griego por el latino. Y, en el sistema diplomático de Urbano II, Bruno ocupaba el puesto de intermediario, de mediador, por no decir de «complemento» entre el Papa y el conde. No hubiera podido resistir al conde sin exponerse a desagradar al Papa y quizá también a perjudicarlo.

Por otra parte, no había duda: el conde manifestaba por Bruno una veneración, un respeto que todos conocían y admiraban. Entre los dos hombres se crearon vínculos muy cordiales; en las relaciones del conde, Bruno gozaba indudablemente de un lugar privilegiado. Los biógrafos han comentado este punto, hablando incluso de «amistad». Toda una literatura más o menos épica ha celebrado esta intimidad entre el príncipe y el santo. Se citaban unos versos que

Maraldus, religioso de la Torre, habría escrito con ocasión del bautismo que el mismo Bruno habría administrado a Rogerio II, el hijo del conde, que más tarde ceñiría la corona de las dos Sicilias. De hecho, no consta que tales relaciones entre Bruno y el príncipe pasaran nunca de una cortés inteligencia para revestir el carácter de una auténtica amistad.

Sea lo que fuere, este perfecto acuerdo entre Bruno y el conde Rogerio originaría dos hechos, ajenos en apariencia al ideal eremítico de Bruno, pero que, a la larga, minarían su obra: el conde colmará al eremitorio de donaciones y el Maestro del desierto se convertirá poco a poco en uno de los principales personajes del condado y, después, del reino.

Sin pretender ser exhaustivos, sigamos las principales etapas de la constitución de los dominios del eremitorio en tiempos de Bruno. Notemos ya, a fin de sacar enseguida las conclusiones que se imponen, que muchas de esas actas oficiales están dirigidas a Bruno y a Landuino.

No se ha encontrado la primera carta de donación del desierto de la Torre, pero es cierto que existió. Podemos medir la importancia del don por las cartas de confirmación del obispo de Squillace (7 de diciembre de 1091), del Papa Urbano II (14 de octubre de 1092) y del conde Rogerio (10 de mayo de 1093). Se donaba a los ermitaños todo el terreno de la Torre «*hasta dos millas de distancia alrededor de la Iglesia*». Desde el principio, pues, las posesiones eran considerables¹¹¹.

El 15 de agosto (1094 ?) tuvo lugar la consagración solemne de la iglesia del eremitorio por Archerio, arzobispo de Palermo, bajo la advocación de la Virgen María y de San Juan Bautista. El conde y su corte realzaron con su presencia la ceremonia. Cuatro obispos, Tristán, obispo de Tropea, Augerio, obispo de Catania, Teodoro, obispo de Squillace y Godofredo, obispo de Mileto, rodeaban a Archerio. Para celebrar el acontecimiento, el conde Rogerio hizo al eremitorio una nueva e importante donación: el antiguo monasterio de Arsafia con todas sus dependencias. Estas propiedades se extendían hasta la villa de Squillace.

¹¹¹ Un círculo de “dos millas alrededor de la Iglesia” daría unas 2.750 hectáreas. La primera donación de Chartreuse contaba con unas 1.700; pero en Chartreuse, al contrario que en Calabria, casi ninguna tierra podía ser explotada.

El 4 de septiembre (1094 ?), el conde Rogerio concedió a Bruno y Lanuino trece familias de colonos en feudo ligio. En otras ocasiones, p. e. cincuenta una vez y dieciséis otra, harán donaciones de «*familias de villanos*», tanto el conde como el duque.

En 1096, el conde regaló a Lanuino un molino, y el mismo año hizo donación a Bruno y Lanuino del «*vergel de San Nicolás*» y de una gran finca cuyo dueño «*había muerto sin descendencia*».

Poco antes de su muerte, el 16 de junio de 1101, el conde regaló también a Bruno y Lanuino una aldea, Aruncio, en tierras de Squillace, más un centenar de «*siervos*» pertenecientes a esta aldea o a otras dos, Montano y Oliviana, ya donadas a los ermitaños. Les dio también el molino de «Alexi», cerca de Squillace¹¹².

¡Qué poco se parecía esta abundancia a la pobreza de Chartreuse! En 1101 apenas habían aumentado las posesiones de Chartreuse; las tierras continuaban siendo pobres y de difícil explotación. Para poder vivir, los ermitaños debían ser poco numerosos. Todavía no pasaban de doce. En Calabria, por el contrario, eran ya una treintena; sus dominios, vastos y prósperos. ¿Cómo no había de llegar a ser el «*Maestro del desierto*» una potencia en el reino?...

Si los archivos no han conservado ningún documento pontificio en el que confiara «misión» apostólica a Bruno¹¹³, no sucede lo mismo con Lanuino. En 1104 el Papa Pascual II le encarga ocuparse de la elección del obispo de Mileto y de la corrección de dos abades culpables. En varias ocasiones, entre 1104 y 1118, Pascual II conferirá a Lanuino el cuidado de reformar algunos monasterios: misiones sumamente delicadas que revelan la autoridad de Lanuino y sus dotes

¹¹² La crítica moderna de estas cartas de Calabria encuentra un apoyo bastante inesperado en un documento del siglo XII. Hacia 1144, Rogerio II, hijo del conde Rogerio y primer rey de Sicilia y Calabria, introdujo en su plan general de reorganización administrativa el proyecto de verificar todos los privilegios de las iglesias y personas de su reino, y de confirmarlos. El “Maestro de la iglesia de Santa María de los ermitaños” tuvo que presentar a los funcionarios del rey todos los diplomas o títulos de las donaciones. Por suerte, se ha conservado la lista de las actas habidas y cada una está resumida sumariamente en la carta mayor por la que, el 5 de noviembre de 1144, Rogerio II confirmaba todos los privilegios de los hijos de Bruno. Las actas enumeradas en esta lista son precisamente las mismas que parecen auténticas cuando se las examina a la luz de la crítica actual. Otras cuatro actas se han extraviado; las actas que hoy parece que se han de rechazar como falsas, no figuran en dicha lista.

¹¹³ Apenas se podría citar el acta de nombramiento de Juan Nicéforo como obispo de Squillace: la elección se hizo, según se declara, “por consejo de los santos personajes, Bruno y nuestro hermano Lanuino”.

para solucionar problemas. En febrero de 1113 le concede un privilegio notable: el de recibir candidatos al noviciado y a la profesión sin pedir autorización a su obispo. Se ve crecer poco a poco la influencia temporal de los sucesores de Bruno, pero también, paralelamente, va naciendo cierta efervescencia en el grupo de ermitaños. Alejándose de la vida sencilla y callada de Bruno, se aleja uno también de su paz, de esa paz indispensable para la pura contemplación.

Hay otro hecho que conviene notar en estas cartas primitivas: en la mayor parte de ellas el nombre de Lanuino va unido al de Bruno. Según la cuenta del cartujo que las ha estudiado, *«de quince cartas de príncipes, dos bulas, una carta de Urbano II y un privilegio de Pascual II, catorce van dirigidas conjuntamente a Bruno y a Lanuino poniéndoles, según parece, al mismo nivel, como si ambos fueran por igual título superiores de la fundación de Calabria. Tres actas van dirigidas únicamente a Bruno y dos, sólo a Lanuino. De estos diecinueve diplomas, hay cuatro que atribuyen a Lanuino un papel activo en la administración»*. Esto indica claramente que Lanuino desempeñaba junto a Bruno un papel que rebasaba incluso las funciones de un procurador al lado de su Prior. Lanuino era en los negocios y relaciones con el exterior, el alter ego de Bruno.

Que las tareas administrativas no eran del agrado de Bruno, lo prueba toda su vida, sin que sea necesario insistir. En Chartreuse, la caridad y habilidad del obispo Hugo de Grenoble paliaban esta deficiencia. Y la prisa que se dio en ceder totalmente y de inmediato a la abadía de Chaise-Dieu los terrenos de Chartreuse en el momento de la crisis provocada entre sus compañeros ermitaños cuando la llamada a Roma de Urbano II, indica que Bruno no tenía mucha perspicacia y agudeza para los negocios de este mundo. En la abundancia y complejidad de las donaciones de Calabria, era indispensable que dispusiera de una especie de hombre de negocios, de un compañero en quien descargar todas las preocupaciones de la administración. Y allí estaban Lanuino, ese normando que un día será su sucesor como *«Maestro del desierto»* y que parece haber gozado de un temperamento activo, dinámico, realista, y al mismo tiempo de innegables dones de contemplación. La Iglesia lo beatificará...

Este desdoblamiento, que sin duda imponían las circunstancias, no dejaba de tener graves inconvenientes. Por fiel y perfecto discípulo que se le suponga, un hombre encargado, como lo estaba Lanuino, de administrar considerables bienes, no podía tener la misma visión de las cosas de Bruno, el contemplativo, el pobre, el disponible. Y Bruno, con su finura espiritual, no podía menos de notar que tantas riquezas y preocupaciones armonizaban mal con su ideal de ermitaño.

Mientras él estuviera allí con su bondad, su equilibrio y su sentido de la vida puramente contemplativa, estas divergencias serían meros matices rápidamente ahogados por la influencia de la personalidad de Bruno. Pero ¿y el día en que éste faltara?...

Las cartas nos dejan entrever un tanto esta diferencia de actitud entre Bruno y Lanuino en punto a aceptar o solicitar alguna donación.

Ni una sola carta nos muestra a Bruno solicitando algo. Por el contrario, la famosa carta del asedio de Capua, que, a pesar de ser apócrifa manifiesta de algún modo la admiración popular hacia Bruno (fue escrita entre 1122 y 1146), nos lo presenta rehusando las fastuosas donaciones que quería hacerle el conde Rogerio: «Yo, Rogerio, le supliqué entonces -dice la carta- que aceptara por amor de Dios pingües rentas sobre mis tierras de Squillace, pero las rechazó. Me decía que había abandonado la casa de su padre y la mía, en la que había ocupado el primer puesto, para servir a Dios libre de las cosas de este mundo, que le parecían extrañas. Apenas pude conseguir que aceptara un modesto presente, y le concedí, a él y a sus sucesores, que gozara a perpetuidad y sin ningún censo, de las rentas del monasterio de Santiago de Montauro y otros muchos bienes con numerosos privilegios, cuyos documentos fueron redactados a tal efecto». Como la carta no es auténtica, este detalle no tiene más valor que el resto de la anécdota; pero las falsificaciones se suelen hacer con un fondo de verdad que las haga verosímiles. ¿Se hubiera admitido que Bruno rehusara las donaciones, si este desinterés no hubiera formado parte de su leyenda como personaje? En todo caso, se corresponde muy bien con lo que sabemos de su amor a la pobreza, de su total desprendimiento, del cuidado que ponía en evitar a sus hijos el mal de las riquezas, para que lo rechacemos de plano. ¿Habría escrito lo que escribió a Raúl le Verd sobre este tema, si hubiera aceptado de buen grado en Calabria tantas tierras y tantas rentas? ¿No sería esto una especie de hipocresía?

Pero veamos el reverso de la medalla: cómo se comporta Lanuino ante las donaciones. No sólo recibe las que le ofrecen, sino que las solicita. Es verdad que sus cuidados de lo temporal justifican, e incluso a veces exigen que mendigue. Parece, sin embargo, que tenía cierta predisposición natural que no pasó desapercibida al conde Rogerio. Por suerte poseemos una carta auténtica de 1096 en el que la sagacidad normanda de «fray Lanuino del desierto» se enfrenta con la sagacidad no menos normanda del conde Rogerio. Se trataba de un molino y de un salto de agua. Pero dejemos la palabra al «Placitum» del conde Rogerio. Ningún resumen será tan sabroso como el relato directo:

«Un día, yo, Rogerio, por la gracia de Dios conde de Calabria y de Sicilia, me paseaba a caballo en compañía de N. N... Era después de la hora nona y marchábamos en dirección de Santángelo, cuando he aquí que nos encontramos con fray Lanuino del Desierto, que subía hacia la gran explanada junto al camino de Gramático. Lanuino nos acompañó a caballo hasta pasar Santángelo. Entonces me rogó que me detuviera un poco. Tenía que hablarme -me dijo- de un asunto interesante. Hicimos alto en el montículo que se encuentra más allá de Santángelo, delante de la capilla de San Dimas. Como no hacía sino repetir las mismas palabras de Bruno, hombre de quien me dejaba convencer fácilmente, me rogó le diera para los pastores de Montauro (?) uno de mis molinos de Squillace. Por deferencia a Maestro Bruno le respondí amigablemente: «Fray Lanuino, por la gracia de Dios eres hábil artífice y gran constructor de monasterios. Ponte al trabajo y date prisa en construir el molino en los terrenos de Arsafia que te concedí cerca de Severatum. Allí hay un magnífico salto de agua». Al oír estas palabras, Lanuino se acordó de un viejo molino que había existido allí. Dio gracias a Dios y me pidió que hiciera constar mi decisión y donación en una carta, sellándola con mi sello. Así lo hice, teniendo por testigos a todas las personas que me acompañaban y que yo había llamado para ello. Más tarde, la condesa Adelaida, mi esposa, manifestó su acuerdo en el transcurso de un gran festín en el palacio de Malta, durante el cual fray Lanuino y Malgeri, mi hijo, recibieron esta carta... Tanto los convidados, como los coperos y escuderos de servicio, respondieron a una: Amén, fiat, fiat¹¹⁴».

Esta carta merecía un estudio detallado. Refleja un ambiente muy característico y define mejor que cualquier análisis las relaciones del conde Rogerio con Bruno y Lanuino. En el acta jurídica se percibe cierta sonrisa divertida y gentilmente irónica. El conde Rogerio no se deja engañar por las marrullerías monacales de Lanuino, pero cede por deferencia a Bruno... Lanuino, de todos modos, se nos revela de cuerpo entero, tanto por las palabras del conde: «*bonus laborator... egregius monasteriorum aedificator*», como por sus reacciones personales. ¡Qué diferente de Bruno! Esta carta, ciertamente auténtica, nos permite interpretar con mayor seguridad lo que hay de verdadero en la otra apócrifa, de que hablamos antes. En aquella carta, llamada del sitio de Capua, Bruno aparece como un hombre desinteresado, pobre, reservado ante unas donaciones demasiado fastuosas. Lanuino, por el contrario, acepta de mil amores lo que le ofrece el conde, e incluso insiste en dos ocasiones para que los regalos fueran aumentados y redondeados... Este sentido del negocio, este arte de

¹¹⁴ **Placitum C. Rogerii.** Tromby, Storia... T. II. Apéndice, p. LXXV, nº XI.

traficar, son indudablemente las notas del «*Lanuino legendario*», así como el celo por la pobreza caracteriza al «*Bruno de la leyenda*»¹¹⁵.

Dicho sea de paso y con todas las reservas que impone la inautenticidad de la carta relativa al sitio de Capua, pero es curioso y conmovedor que las distintas actitudes de Bruno y Lanuino se nos presenten así con motivo de una donación relativa a las tierras de Squillace. Porque estas tierras que Bruno habría rehusado el 2 de agosto, fueron donadas de hecho a los ermitaños, parte el 15 de agosto (1094 ?), parte el 16 de junio de 1109... Y precisamente en Montauro, en la región de Squillace, el 27 de enero de 1114, erigiría Lanuino con la autorización del Papa un *coenobium* bajo la regla benedictina, iniciándose entonces una evolución que arrastrará al eremitorio de Santa María de la Torre muy lejos del ideal de Bruno hasta transformarlo en monasterio cisterciense.

Esta divergencia de enfoque y de actitud entre Bruno y Lanuino no podía pasar desapercibida a la comunidad de Calabria. Era inevitable entre los religiosos un desacuerdo que estallaría inmediatamente después de la muerte de Bruno a propósito de la elección de su sucesor. Muchos vacilaban en nombrar a Lanuino Prior de Calabria. El asunto fue tan grave y se prolongó tanto, que fue necesaria una intervención pontificia. Pascual II encargó al cardenal Albano, en calidad de legado, que estudiara la situación y restableciera la paz. Finalmente, Lanuino fue elegido «*Maestro del desierto*» y todos los religiosos le prestaron obediencia. Pero, en las cartas que escribió a los ermitaños para celebrar el restablecimiento de la paz, el Papa juzgó oportuno invitar a Lanuino a imitar las virtudes de Bruno y especialmente su fidelidad a la vida eremítica... Pero esto pertenece ya a otro tema.

¹¹⁵ Bruno y Lanuino ante el conde Rogerio hacen pensar en Eliseo y Giezi ante Naamán: Eliseo, completamente desinteresado, su criado Giezi, se va tras los dones de Naamán.

Capítulo X

Muerte de Bruno

La muerte va a asestar duros golpes entre los amigos y conocidos de Bruno. En menos de dos años verá desaparecer tres personajes estrechamente relacionados con él: Urbano II moría el 19 de julio de 1099; Jerusalén había sido liberada por los cruzados catorce días antes, pero los mensajeros de Godofredo de Bouillon llegarían demasiado tarde a Roma para que el Papa conociera la noticia antes de morir. Rainier, antiguo monje de Cluny, cardenal presbítero del título de San Clemente, le sucedía con el nombre de Pascual II (14 de agosto de 1099). Era amigo de Bruno y tenía en gran aprecio su fundación. En julio de 1101, Pascual II confirmaría las donaciones del conde Rogerio a los ermitaños de Calabria.

En septiembre de 1100 le iban llegando a Bruno una tras otra las noticias de la cautividad, liberación y muerte de Landuino. La fidelidad de éste al Papa legítimo debió de colmarle de alegría y santo orgullo. Su muerte le resultó muy dolorosa: Landuino era el compañero de primera hora, el amigo fiel, el confidente de sus penas y alegrías, el discípulo en cuyas manos había podido dejar con plena confianza su fundación de Chartreuse en el dramático momento de su partida a Roma. Además, si Landuino moría así, lejos de su Padre y de sus hijos, ¿no era porque, en un arranque de fidelidad filial, había emprendido aquel largo y peligroso viaje para volverle a ver?

También el conde Rogerio, guerrero afortunado y gran administrador, muere a su vez el 21 de junio de 1101. Toda la fundación de Calabria está vinculada a su nombre. Indudablemente, fue para Bruno un mecenas insistente, casi demasiado generoso; pero con una generosidad sincera, nacida de un verdadero deseo de asegurar por largo tiempo la presencia de los ermitaños en Calabria.

¿Qué probabilidad podía tener en el futuro el deseo que manifiesta Bruno al final de su carta a la comunidad de Chartreuse: «*En cuanto a mí, hermanos míos, sabed que mi único deseo después de Dios es el ir a veros. Y lo haré en cuanto pueda, con al ayuda del Señor*»? Sin duda, no se hacía ilusiones. Sólo le quedaba el deseo, ese gran deseo que, según su propia expresión, le había hecho vivir en la soledad como «*un centinela divino*», su deseo de Dios...

De la enfermedad que se le llevó, no sabemos nada. Por la Carta encíclica que escribieron sus hijos encabezando el «*Rollo de difuntos*», sabemos solamente que su muerte fue muy serena:

En la semana que precedió a su muerte, Bruno quiso hacer su profesión de fe, según costumbre muy extendida en aquella época. «*Dándose cuenta, dice la citada Carta, de que se le acercaba la hora de pasar de este mundo al Padre, (Bruno) convocó a sus hermanos y fue evocando las distintas etapas de su vida desde la infancia, recordando los sucesos más notables de su tiempo. Después expuso su fe en la Trinidad mediante una alocución profunda y detallada, y concluyó así: «Creo también en los sacramentos que cree y venera la Iglesia, y expresamente que el pan y el vino que se consagran en el altar son después de la consagración el verdadero cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, su verdadera carne y su verdadera sangre, que recibimos en remisión de nuestros pecados y como prenda de la vida eterna». El domingo siguiente su alma santa se separó de su cuerpo; era el 6 de octubre del año del Señor 1101*». Ante tal sencillez huelgan los comentarios.

Durante mucho tiempo el texto íntegro de su profesión de fe permaneció olvidado. Lo encontró Dom Constancio de Regetis en los archivos de Santa María de la Torre. Por desgracia, el manuscrito estaba muy deteriorado, carcomido y difícil de descifrar en varios pasajes. Dom Constancio transcribió el texto y lo envió al General de los Cartujos en 1522. He aquí la traducción del texto latino publicado en la edición crítica de *Sources Chretiennes*:

A modo de prólogo, los Hermanos de Calabria pusieron estas conmovedoras palabras: «*Hemos cuidado de conservar por escrito la profesión de fe de Maestro Bruno, pronunciada ante todos sus hermanos reunidos en comunidad cuando sintió que se le acercaba la hora de dar el paso que espera todo mortal, porque nos rogó con harto encarecimiento que fuésemos testigos de su fe ante Dios*».

Sigue la profesión de fe:

«1. *Creo firmemente en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo: Padre no engendrado, Hijo unigénito, Espíritu Santo procedente de ambos; creo también que estas tres personas son un solo Dios.*

»2. *Creo que el mismo Hijo de Dios fue concebido del Espíritu Santo en el seno de María Virgen. Creo que la Virgen fue castísima antes del parto y que en el parto y después del parto permaneció siempre virgen. Creo que el mismo Hijo de Dios fue concebido entre los*

hombres como verdadero hombre sin pecado. Creo que este mismo Hijo de Dios fue apresado por odio de los pérfidos judíos, tratado injuriosamente, atado injustamente, escupido y azotado. Creo que fue muerto y sepultado, que bajó a los infiernos para librar de allí a los suyos cautivos. Descendió por nuestra redención, resucitó y subió a los cielos, de donde ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

»3. *Creo en los sacramentos que cree y venera la Iglesia, y expresamente en que lo consagrado en el altar es el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de nuestro Señor Jesucristo, que nosotros también recibimos en remisión de nuestros pecados y como prenda de salvación eterna. Creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna. Amén.*

*4. *Confieso mi fe en la santa e inefable Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios natural, de una sola substancia, de una sola naturaleza, de una sola majestad y potencia. Creemos¹¹⁶ que él Padre no ha sido engendrado ni creado, sino que es ingénito. El mismo Padre no recibe su origen de nadie; de él recibe el Hijo su nacimiento y el Espíritu Santo, la procesión. Es, pues, la fuente y el origen de la divinidad. El mismo Padre, inefable por esencia, engendró inefablemente de su substancia al Hijo, pero sólo engendró lo que él es: Dios engendró a Dios-, la luz engendró a la luz-, de él, pues, procede toda paternidad en el cielo y en la tierra. Amén¹¹⁷.*

Al leer este documento, se advierten dos cosas. Una, respecto al plan de la profesión de fe. Si comparamos este texto con las indicaciones de la Carta Circular de los Hermanos de Calabria que citamos antes, vemos que ésta acaba con una declaración sobre los sacramentos, y aquella con una exposición sobre la paternidad de Dios y la Trinidad. Tal cambio sería de poca importancia, si, por otra parte, esta última declaración no reprodujera, palabra por palabra, un pasaje del XI Concilio de Toledo (7 de noviembre del 675). Porque surge una duda: ¿insertarían más tarde en la profesión de Bruno ese pasaje? Creemos que no. La Circular de los Hermanos de Calabria no pretende darnos el conjunto de la profesión de fe, ni en su texto ni en su orden. Allí mismo se dice que Bruno «*expuso su fe en la Trinidad en una alocución detallada y profunda*», como si este hecho hubiera llamado la atención de los que presenciaron la escena; ahora bien, el acto de fe en la Trinidad con que se abre la profesión de Bruno, por firmes que sean sus fórmulas, no aparece como «*una alocución detallada y profunda*»; pero sí, en cambio, el pasaje sobre la Paternidad divina. ¿Qué tiene de particular que Bruno,

¹¹⁶ A partir de este lugar el santo “recita” la profesión de fe del Concilio XI de Toledo. Esto explica que el pasaje esté en primera persona del plural, como el Credo de dicho Concilio. (Cf. Denz. n. 275).

¹¹⁷ *Lettres des Premiers Chartreuse, I*, pp. 90-93.

para expresar su fe, se sirviera de un texto conciliar, por otra parte espléndido? Es natural que en tales circunstancias utilizara las palabras mismas de la Iglesia católica.

Tenemos ya camino abierto para hablar de la segunda cuestión. Esta profesión de fe de nuestro santo es la de un gran contemplativo y viene a completar admirablemente lo que ya sabíamos de la vocación original de Bruno por las cartas a Raúl le Verd y a la comunidad de Chartreuse. En ella podemos apreciar los pensamientos más elevados que animaban la contemplación de Bruno en el desierto. Su alma se orientaba, con todo el peso de su admiración y de su amor, hacia los cuatro misterios más profundos de la vida cristiana: la Paternidad divina, la Eucaristía, la Encarnación y Pasión, y, finalmente, María, la madre siempre virgen. En este clima Bruno encontró su gozo, su vida, su plenitud. Espontáneamente, a la hora de su muerte, su última mirada se dirige, se fija en estos tesoros de la Revelación; sus labios cantan lo que había vivido. Más que una profesión de fe, sus palabras son una profesión de amor. Bruno quiso morir en la Luz que había iluminado toda su vida.

El 6 de octubre de 1101 moría Bruno. Tenía algo más de 70 años, y hacía 17 que había fundado el eremitorio de Chartreuse.

Apenas se conoció la noticia de su muerte, la gente de Calabria e Italia corrió a venerar sus restos mortales. Se cuenta que los cartujos tuvieron que dejar expuesto tres días el cadáver antes de enterrarlo.

Cuando moría un personaje importante, era costumbre enviar a las Iglesias y monasterios donde le conocían un mensajero para notificar su muerte y pedir sufragios y oraciones por el descanso de su alma. Este mensajero llevaba colgados al cuello generalmente, largos rollos de pergamino, *Rotuli*¹¹⁸, de donde le venía el nombre de *Rolliger* o *Rotuliger*. En estos rollos, los que habían conocido directamente o de oídas al difunto escribían el elogio que les parecía mejor,

¹¹⁸ Sobre los **Rollos de difuntos**, ver L. Delisle en la **Bibliothèque de l'École de Chartes**. T. III, 2ª serie, p. 371 ss. -Todavía quedan en pie varios problemas difíciles con respecto al Rollo fúnebre de Bruno: fue hallado en la Cartuja de Calabria a raíz de la recuperación del monasterio en 1514. Al año siguiente, 1515, Dom Francisco Du Puy lo editó en Amerbach, Bâle. Pero no consta que el manuscrito esté completo. Además, el orden de los títulos ¿es el original? ¿No ha habido interferencia con otros rollos fúnebres, sobre todo con el del Bienaventurado Vital, muerto veintiún años después de Bruno? ¿Cómo se introdujeron los siete famosos versos de los ermitaños de Calabria "Laudandus Bruno..."? No es éste el lugar de resolver estos problemas. De todos modos, nuestro Rollo fúnebre es ciertamente auténtico, y esto nos basta.

prometiendo oraciones. Estos textos nos han llegado bajo el nombre de *Títulos fúnebres*.

Así ocurrió con Bruno. Después de su muerte, los ermitaños de Calabria enviaron un *Rolliger* -probablemente un Hermano converso- a todas las iglesias, abadías y conventos que le conocían. Este mensajero llevaba consigo la Carta circular que «*anunciaba el fallecimiento de Maestro Bruno y pedía sufragios por su alma*».

Nos han llegado ciento setenta y ocho de estos Títulos fúnebres. Gracias a estos documentos podemos reconstruir, valga lo que valga, el itinerario del *Rolliger*, o al menos, jalonar sus etapas. De Calabria subió hacia el norte de Italia. Pasó por Lucca, en Toscana, y luego por Piacenza. Dirigió entonces su ruta hacia el oeste, llegando a los Alpes en Susa. ¿Por qué puerto atravesó los Alpes? Lo volvemos a encontrar en Oulx, en el Delfinado. Por fin llegó a Grenoble y luego a la Chartreuse. En el Rollo de difuntos los ermitaños de Chartreuse escribieron estas sentidas y afectuosas palabras: «*Nosotros, los Hermanos de Chartreuse, quedamos afligidos y desconsolados como nadie al enterarnos de la muerte de nuestro Padre Bruno, cuya celebridad es tan grande. ¿Cómo poner límites a lo que haremos por un alma tan santa y querida para nosotros? Los beneficios que le debemos quedarán siempre por encima de cuanto podamos hacer. Rogaremos, por él, ahora y siempre, considerándolo nuestro único Padre y Maestro. Como buenos hijos, no dejaremos de aplicar las misas y sufragios espirituales que solemos ofrecer por los difuntos*».

Después el *Rolliger* visitó el priorato de Cornillon, dependiente de Chaise-Dieu, el priorato mayor de los Canónigos de San Rufo, en la cuesta de San Andrés, cuyo Título es muy afectuoso, Lyon, Cluny, Cîteaux, Molesmes, donde probablemente redactaría el título San Roberto, París, Chartres, Reims, que le dedica cinco elogios diferentes, Troyes, Laon, Rouen, Soissons, Arras, Orléans, Auxerre, Bayeux, Caen, etc.. -De Francia, el *Rolliger* pasó a Bélgica y recorrió luego una parte de Inglaterra. ¿Volvió por tierra o por mar? ¿Por qué no pasó por Colonia y regiones vecinas? Lo cierto es que terminó su viaje en Santa María de Tropea, Calabria. Dos versos del Título que le dedicaron entonces a Bruno dicen que el Rollo fúnebre es ya tan largo y pesado que el *Rolliger* viene con el cuello magullado y no puede seguir llevándolo:

*"Inde cutis colli teritur prae pondere rolli. Rolligeri collum nequit ultra tollere rollum"*¹¹⁹.

¹¹⁹ P.L. 152, 605.

Aun descontando las exageraciones del género literario, siempre nos queda en estos textos un testimonio irrecusable: Bruno apareció ante sus contemporáneos como una persona excepcional, «luz del clero», «intérprete de las Escrituras», «guía de santos», «doctor de doctores» y otros elogios más que podríamos ir espigando en los Títulos fúnebres. Pero cuando el autor del elogio -bien sea un grupo o un individuo- ha conocido a Bruno o le ha tratado, o ha tenido al menos algún contacto con él, entonces la admiración, por grande que sea, cede al afecto, al agradecimiento, a la ternura.

Creo que un resumen muy bueno de los diversos elementos que integran esa impresión de extraordinaria bondad que irradiaba de Bruno lo tenemos en los versos que le dedicaron los ermitaños de Calabria: «*Por muchos motivos merece Bruno ser alabado, pero sobre todo por uno: Fue un hombre de carácter siempre igual, siendo ésta su característica. De rostro siempre alegre, era sencillo en su trato. A la firmeza de un padre unía la ternura de una madre. Ante nadie hizo ostentación de grandeza, sino que se mostró siempre manso como un cordero. Realmente fue en esta vida el verdadero israelita del Evangelio*». Más tarde, Lamberto, tercer «Maestro del desierto» de Calabria, cuando redacte las *Constituciones*, recordará todavía esta bondad de Bruno...

¿No es significativo que el lema preferido de Bruno para la contemplación y alabanza de Dios, según dicen, -«O Bonitas! ¡Oh Bondad!¹²⁰»- corresponda exactamente con la idea que de él nos han conservado sus contemporáneos?

¡Misterio de la oscura y luminosa orientación de las almas! ¡Secreta atracción de todo nuestro ser, por la que el Señor guía a cada uno hacia su destino!

«...Bruno, hombre de corazón profundo...» Esta definición de Guigo, ¿no refleja en una sola palabra la plenitud vocacional de Bruno? ¿No indica justamente el don previo de la naturaleza, su vocación, su carisma, su exigencia radical esencial?... Bruno ama, y cuando el amor alcanza cierta profundidad, ¿dónde podrá saciarse mejor que en la soledad, el silencio y el don total de sí mismo hasta el sacrificio,

¹²⁰ No sabemos con exactitud en qué se funda la tradición que atribuye a Bruno esta exclamación. De todos modos, corresponde admirablemente a lo que conocemos de las tendencias espirituales de Bruno por los textos citados.

es decir, en esa simplicidad total del ser que en este mundo constituye la proximidad más segura con el Dios Vivo?

Después de su muerte Bruno fue enterrado, como los demás ermitaños, en el cementerio de Santa María. En 1121 ó 1122, el cuerpo fue trasladado del cementerio a la iglesia misma del eremitorio. El nicho, vacío entonces, existía todavía en 1514, cuando volvieron los cartujos. Hacia 1194, cuando se abandonó el eremitorio en beneficio del *coenobium* de San Esteban, el cuerpo de Bruno fue nuevamente trasladado de la iglesia de Santa María a la de San Esteban, colocándolo bajo el presbiterio. Hacia 1502 ó 1508, cuando los cistercienses trataron de hacer la retrocesión de su monasterio a los cartujos, el abad Dom Pandolfo de Sabinis sacó las reliquias de Bruno y las colocó muy cerca de allí, en un altar situado detrás y a la derecha del altar mayor de San Esteban. Cuando volvieron el 27 de febrero de 1514 los cartujos, trasladaron las reliquias a la sacristía; el reconocimiento oficial tuvo lugar el 1 de noviembre de 1514. Ese mismo día se colocaron en un relicario nuevo y se volvieron a poner sobre el altar en el que habían estado hasta febrero de 1514.

Entretanto el Papa León X había autorizado el culto de San Bruno por un oráculo de viva voz, como se dice en estilo de cancillería. El hecho nos lo cuenta en una carta el cardenal de Pavía, protector de la Orden de los Cartujos, que presidió estas gestiones. *«Su Santidad el Papa León X, nos dice el Cardenal, habiendo oído desde hace mucho tiempo grandes ponderaciones de la gloria y santidad del bienaventurado confesor Bruno, juzgó justo y razonable que quien había estado adornado de dones tan grandes y gracias tan excelentes y había recibido del Todopoderoso un corazón tan dócil para cumplir sus preceptos y guardar su ley de vida y santidad, fuera venerado y honrado con un culto digno de él, ahora que goza para siempre de la gloria divina»*. La autorización sólo se extendía a los cartujos. Por una bula del 17 de febrero de 1623, Gregorio XV extendió el culto de San Bruno a la Iglesia entera. Así quedaba fijado en adelante el destino de Bruno.

La Cartuja después de S. Bruno

Hacia 1120, se le presentaba a Guigo I, quinto Prior del desierto de Chartreuse, un problema delicado. Bruno había legado a sus hijos una realidad viva, pero no unas Constituciones. Hugo, obispo de Grenoble, que había ayudado a Bruno y a sus primeros compañeros en la fundación del primer eremitorio, tenía casi setenta años, y, movido sin duda por el deseo de dar unas estructuras durables a la obra de Bruno, cuya utilidad para la Iglesia comprendía, urgía a Guigo para que redactara por escrito una especie de código de la vida cartujana. Por otra parte, en 1115, dos monjes de la abadía benedictina de Ambronay, aconsejados por algunos religiosos de Chartreuse, habían inaugurado en Portes, cerca de Belley, un nuevo eremitorio. No lejos de Portes, en Saint-Sulpice-en-Bugey, otro grupo de ermitaños intentaba también vivir según el ideal de Bruno. Hacia 1116 se habían establecido otros cuatro grupos: les Ecouges, en la diócesis de Grenoble; Durbon, en la diócesis de Gap; Sylve-Bénite, de la diócesis de Vienne, en el Delfinado. Finalmente, en Meyriat, un canónigo de Lyon, Ponce de Balmey, había fundado a su vez un eremitorio, en el que Guigo había puesto como Prior a uno de los primeros compañeros de Bruno, Esteban de Bourg. Esteban murió en 1118, pero Ponce, que entretanto se había formado en Chartreuse, le reemplazó seguidamente... Las fundaciones parecían seguir multiplicándose. Y varios de estos eremitorios pedían un código escrito de la vida eremítica según el ideal de Bruno: Bernardo, Prior de Portes; Humberto, Prior de Saint-Sulpice; Milon, Prior de Meyriat después de la elección de Ponce al obispado de Belley, rogaban a Guigo que les diese una regla. A todas estas instancias se unían los consejos de Hugo de Grenoble.

Tanta insistencia le creaba a Guigo un verdadero problema de conciencia. ¿No había Bruno rehusado crear una Orden religiosa? ¿No había dejado siempre a Calabria vivir su vida propia sin anexionarla nunca a Chartreuse? ¿No estaba claro que cada eremitorio dependía de la jurisdicción del obispo del lugar? Por otra parte, algunos no pedían nada: ¿se iba a crear una distinción entre unos eremitorios y otros, siendo todos hijos de Bruno? ¿Y cómo él, Guigo, se atrevería a legislar cuando Bruno no lo había hecho? Es verdad que hacía ya once años que sus hermanos de Chartreuse le habían escogido como Prior, pero entonces sólo tenía veintiséis años. ¿Le permitían sus trece años de cartujo escribir una Regla para imponerla a religiosos que en algunos casos tenían una experiencia de la vida eremítica más larga y completa que la suya? Finalmente, con un temperamento tan distinto del de Bruno, ¿estaba capacitado para interpretar su

pensamiento? En el Prólogo de las *Costumbres* escribirá esta sincera frase: «*No me juzgo el hombre indicado para ejecutar tal obra*».

Por otra parte, si algún día se había de redactar un código de la vida eremítica según el ideal de Bruno, aquel parecía el momento favorable: allí estaba el obispo Hugo, para dar fe de las intenciones de Bruno y confirmar la autenticidad de su interpretación; todavía vivían algunos de los primeros ermitaños que habían conocido a Bruno y habían visto su estilo de vida. ¿No convenía aprovecharse de la presencia y recuerdos de tales testigos? Si el trabajo se realizaba ahora, tendría todas las probabilidades de ser fiel al ideal de Bruno.

Después de muchos titubeos, Guigo puso manos a la obra. Sin embargo, no legislaría, sino que codificaría lo que se hacía en Chartreuse. Escribirá «*las costumbres de nuestra Casa*» sin imponer sus puntos de vista personales. Transmitirá una tradición un poco al estilo de esos «*Hermanos*» que a veces enviaba el Prior de Chartreuse a las nuevas fundaciones para formar, según la experiencia cartujana, los candidatos a ermitaños. Su trabajo no revestiría la forma de una Regla, sino, más modestamente, el de unas *Costumbres*. Lo redactaría en forma de carta, dirigiéndolo solamente a los Piores que lo habían solicitado. Sin embargo, consciente de su responsabilidad, daría a su redacción unas bases de la mayor solidez posible, asentando firmemente la obra de Bruno. La emparentaría con las epístolas de San Jerónimo¹²¹, con la Regla de San Benito y con «*otros escritos de valor cierto y positivo*».

Y así, lo vemos emprender animosamente esta obra que habría de ser larga y espinosa. Aporta a su trabajo su erudición, su cultura considerable, su estilo literario tan original, su sentido innato del gobierno, su fidelidad y admiración por Bruno, su amor a la soledad y a la vida contemplativa. La gestación y puesta a punto de las *Costumbres* durará seis años, terminándose hacia 1127. Entonces Guigo entregará a sus hermanos de Chartreuse, de Portes, de Saint-Sulpice, de Meyriat, un código de vida eremítica del que todavía vive la Orden Cartujana...

No vamos a estudiarlo aquí¹²². Mas para nosotros, que intentamos penetrar lo más hondo posible en el alma y en la vocación de Bruno, la obra de Guigo

¹²¹ Guigo es autor de una edición crítica de las **Cartas de San Jerónimo**.

¹²² No es que nos falte el deseo de hacerlo, ni la admiración por Guigo. Sus **Costumbres** constituyen lo que podría llamarse un “himno a la vida contemplativa en la soledad”. Hay que leer capítulos como los de la **Elección de Prior** (XV), **Los pobres y las limosnas** (XX), **El novicio** (XXII), **El cuidado de los enfermos** (XXXVIII), **Por qué el número de ermitaños es tan pequeño** (LXXIX), y, sobre todo, el último,

tiene un interés considerable. En unos textos sobrios, incluso austeros, pero que a veces alcanzan en su desnudez una densidad y plenitud admirables, se nos proyectan las riquezas humanas y espirituales que habíamos visto, o al menos presentido, en Bruno. Y estos textos no han nacido en Guigo de una reflexión abstracta; por considerable que sea la documentación en que se apoyan, son, ante todo, la trascripción de una experiencia, de una experiencia colectiva que dura más de cuarenta años, de los que sólo seis estuvieron animados y sostenidos por la presencia de Bruno. Lo que éste supo infundir en sus hijos fue un espíritu; más aún que fundador de la Cartuja, es el inspirador de la vida puramente contemplativa. Aquí encuentra su plena significación la frase de Pío XI en la *Constitución Umbratilem*: «Dios, en su infinita bondad que nunca deja de proveer a las necesidades e intereses de su Iglesia, escogió a Bruno, hombre de eminente santidad, para devolver a la vida contemplativa el brillo de su pureza original».

Para terminar, permítasenos un bosquejo de lo que según Bruno y Guigo, es «la vida contemplativa en el brillo de su pureza original». Un bosquejo... porque decididamente hemos de renunciar a describirla. La contemplación es y será siempre una paradoja para el hombre carnal... Una paradoja y todavía más un «misterio». Se ha hablado, y la expresión es muy exacta, del «misterio monástico», a propósito de toda vocación contemplativa. Pero existe, al parecer, otro «misterio» más misterioso aún, el «misterio eremítico», es decir, la vocación de vivir la vida contemplativa en soledad y silencio de una celda. La historia y sus escritos, con los que sintoniza, a pesar de profundas diferencias de temperamento, la historia de Guigo, sus *Pensamientos* y sus *Costumbres*, nos permiten levantar al menos una punta del velo tras el cual se oculta ese «misterio eremítico».

Una palabra, tanto en Bruno como en Guigo, caracteriza ese «misterio»: *Quies*, que se podría traducir al español por «reposo» o «sosiego» pero sin llegar a abarcar su dimensión divina y toda su riqueza. La *quies* cartujana es a la vez un estado del alma y una fidelidad a las observancias externas. Señala la experiencia de esa plenitud espiritual del cristiano, que, ya en este mundo, se sitúa en Dios, «permanece en él» (Jn. 1.a, 4, 15), viéndolo en todos los acontecimientos y circunstancias de la vida. Un versículo de las *Lamentaciones* (3, 28), que tanto le agradaba comentar a Guigo, significa muy bien por el contraste mismo de las palabras¹²³, esta doble pertenencia del contemplativo a la condición terrestre y a

Elogio de la vida solitaria, para comprender hasta qué punto coinciden el espíritu de Bruno y el de Guigo.

¹²³ Tropezamos aquí con una dificultad que conocen bien todos los que citan en su forma antigua textos bíblicos. Los progresos de nuestro conocimiento de la lengua hebrea nos permiten precisar el sentido

la vida sobrenatural: «*Sedebit solitarius et tacebit, quia levabit se supra se. El solitario se sentará callado y se elevará sobre sí mismo*». Esta *quies* incluye ciertamente todo lo que significan nuestras palabras «*reposo*» y «*sosiego*» -*sedebit*- es decir, la calma, el silencio, el orden en el pensamiento, el dominio de las pasiones del corazón. .., etc. Pero lo desborda y sobrepasa infinitamente, porque es un movimiento íntimo del Espíritu Santo en el alma. Disposición psicológica a la vez que don de la gracia; el alma se dispone con su esfuerzo a merecerlo, pero sólo Dios lo concede.

La *quies* no puede venir al alma sino de un amor, total y exclusivo, del Dios vivo, del «*Padre, fuente y origen de la divinidad, de quien el Hijo recibe el nacimiento y el Espíritu Santo la procesión*¹²⁴»; de un amor que se apoya en una fe radical en la Palabra y en la Salvación de Jesucristo. Al que posee esta *quies* Guigo lo llama «*Christo quietus*», «*sosegado en Cristo*», porque está envuelto e irradia el gozo y la paz de Cristo resucitado.

Quia levabit se supra se. Llega con Cristo a esa «*libertad de los hijos de Dios*» de que habla San Pablo (Rom. 8, 21). La ha conquistado ya, pero al mismo tiempo no deja de avanzar en su conquista, porque esta presencia de Dios en él le invita a la soledad y al, silencio, *solitarius, tacebit*; y, a su vez, el silencio y la soledad favorecen en él un progreso en la intimidad divina.

Si este análisis es exacto, la *quies* nos aclara un gran principio de la espiritualidad de Bruno y de Guigo: la virginidad espiritual. Virgen es el alma que se une tan íntimamente a Dios que se desprende de todo lo que no es El. Por el contrario, es idólatra, «*prostituta*» según la enérgica expresión de la Biblia, el alma que se apega a algo fuera de Dios.

Aquí importa mucho no falsear la ascética que se nos propone. No se trata de que el alma, en una especie de etapa previa se despoje primero del mundo y después se una a Dios. Se trata de decidirse por Dios en un solo y único movimiento de preferencia, de «*consagrarse a la búsqueda de los bienes eternos*»,

original de tales textos. Hoy el versículo de las Lamentaciones a que hacemos alusión no se traduce ya: “El solitario se sentará en silencio y se elevará sobre sí mismo”, sino: “Que el hombre se siente solitario y se calle, cuando Yavé le impone su yugo”. Nosotros, claro está, conservamos aquí el sentido que Guigo da al versículo, siguiendo a los Padres de la Iglesia. Sobre todo, porque no lo utilizamos como un argumento escriturístico, sino como una feliz expresión de una realidad mística.

¹²⁴ Profesión de fe de Bruno. Cf. P. 147.

volviendo la espalda a las «*sombras fugaces*» de las cosas terrenas. Ahí vemos la moción del Espíritu Santo que dio origen a la vocación de Bruno: en el jardín de la casa de Adam, Bruno, Raúl le Verd y Fulcuyo le Borgne «*ardían en el amor divino*», y de este amor brotó la resolución radical, confirmada con voto, de «*abandonar las sombras fugaces del siglo para consagrarse a la búsqueda de los bienes eternos*».

¿Es en el fondo esta elección una gracia excepcional? Sí, indudablemente, en el grado en que la experimentó Bruno. Pero también se puede decir que es la opción fundamental que debe hacer todo cristiano el día en que se decide a vivir plenamente su Bautismo: «*El alma humana, escribe Guigo¹²⁵, vive atormentada siempre que se mete entre espinas, es decir, cuando busca algo fuera de Dios*». Dios no admite corazones partidos. Cada cual realizará bajo distintas formas, según su vocación personal, esta exigencia de desprendimiento y entrega; pero la exigencia en sí misma se impone; es ineludible. Ningún cristiano, más aún, ningún «*alma humana*» escapa a esta ley.

Optimam partem... Esta *quies* es presentada por Bruno y Guigo como aquella «*mejor parte*» escogida por María cuando Jesús se detuvo en Betania, en casa de Lázaro, la víspera de la Pasión. El contraste entre la contemplación de María y la actividad de Marta es un tema tradicional en los Padres de la Iglesia. Guigo lo vuelve a tratar en las *Costumbres*, pero dándole un sentido y una emoción que lo renueva. En nombre de las palabras mismas del Señor, reivindica para el cartujo el derecho a vivir una vida tan puramente contemplativa que se mantenga, si no totalmente alejada, como María a los pies de Jesús, por lo menos a buena distancia de las actividades más legítimas y santas de Marta, como la hospitalidad, la limosna temporal, el servicio de las almas: «*María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada. Al decir la mejor, el Señor no sólo la elogia, sino que la antepone a la inquieta actividad de su hermana. Al decir que no le será quitada, la defiende y dispensa de mezclarse en las inquietudes y turbaciones de Marta, por legítimas que sean*»¹²⁶.

¹²⁵ Pensamiento 399.

¹²⁶ Merece subrayarse este comentario de Guigo al “*non auferetur*”. Tanto los Padres latinos como los griegos habrían dado a esta promesa un sentido escatológico: en la vida futura, decían, no le será quitada a María esta mejor parte. Sólo Guigo le da un sentido de actualidad con tanto rigor y fuerza: ya en este mundo María puede y debe conservar la mejor parte, es decir, la contemplación del Salvador.

¿Huida ante los trabajos, angustias y preocupaciones del mundo? No; este rigor lógico se apoya en una visión de fe muy profunda. Guigo, lo mismo que Bruno, piensa que es indispensable para el vigor espiritual y la eficacia apostólica de la Iglesia que algunas almas se entreguen de manera purísima a la vida contemplativa, aunque viendo sólo «*como por un espejo y oscuramente*» según las limitadas posibilidades de la percepción de Dios en este mundo. «*María ruega tanto por sí misma como por todos los demás que están entregados, como Marta, a otras ocupaciones*».

Lo mismo ocurre con aquellos cuya vocación es unir en su vida a Marta con María; es María la que da a Marta su más profunda eficacia espiritual.

Para terminar este estudio de la *quies* cartujana, conviene destacar dos rasgos muy característicos, tanto en la fisonomía de Bruno como en la de Guigo: el equilibrio y la sencillez. *Quies* y equilibrio son casi sinónimos. Pero la misma pureza del ideal contemplativo, cual lo practica y propone Bruno, con toda su hermosura y grandeza, podría hacer creer -y temer- que tal equilibrio es algo excepcional, extraordinario. Evidentemente, la vocación del cartujo es algo original y poco común, para la que se necesita un llamamiento claro del Señor. Pero esto no quiere decir que tal ideal esté sólo reservado a almas extraordinarias. Lo que requiere el equilibrio cartujano no son dones excepcionales de naturaleza, ni siquiera de gracia, sino la sencillez del niño, la de lo; «*ptokoi*» o gentes humildes del Evangelio; sencillez amasada en rectitud y fe, en desprendimiento y esperanza, en ingenuidad y amor... Es la sencillez que brilla en la carta de Bruno a la comunidad de Chartreuse, y que Guigo pide en todas las observancias de las *Costumbres*.

En el fondo, al optar por la soledad, el silencio y la separación del mundo, Bruno, paradójicamente, se introduce en lo más profundo del corazón de las masas humanas. Satisfacía en sí mismo, y para ejemplo de todos, ese deseo que en el fondo lleva todo hombre en este mundo: el deseo de escapar de lo efímero y asirse a un punto estable, firme, eterno. «*Fugitiva relinquere... aeterna captare...*».

Dos de sus compañeros, Raúl y Fulcuyo, sintieron vivo en sus conciencias este deseo aquel día, lo mismo que él. Pero sólo Bruno supo seguirlo hasta el fin, llegando a experimentar la plenitud del gozo: «*Cuánta utilidad y alegría divina producen la soledad y el silencio del desierto en quien los ama, sólo lo saben quienes lo han experimentado*». La *quies* cartujana es un misterio que nadie puede describir perfectamente; sólo la experiencia lo revela a «*quienes la aman*».

«Como una sílaba en un poema, dice Guigo en uno de sus pensamientos, *cada cosa tiene su lugar y tiempo en el correr del mundo*». ¿Quién se atreverá a fijar a Bruno su «lugar y tiempo» en el poema de la Redención¹²⁷? ¿No es uno de esos hombres cuya experiencia espiritual trasciende lugares y tiempos, a quien el mismo Padre ha colocado, con su Hijo Jesucristo, en el centro inmóvil y eterno de la historia del mundo?

STAT CRUX DUM VOLVITUR ORBIS

(LA CRUZ PERMANECE EN PIE, MIENTRAS EL MUNDO DA VUELTAS)

¹²⁷ Pensamiento n° 181: “Quod syllaba, hoc loci aut temporis obtinet unaquaeque res un mundano discursu”.